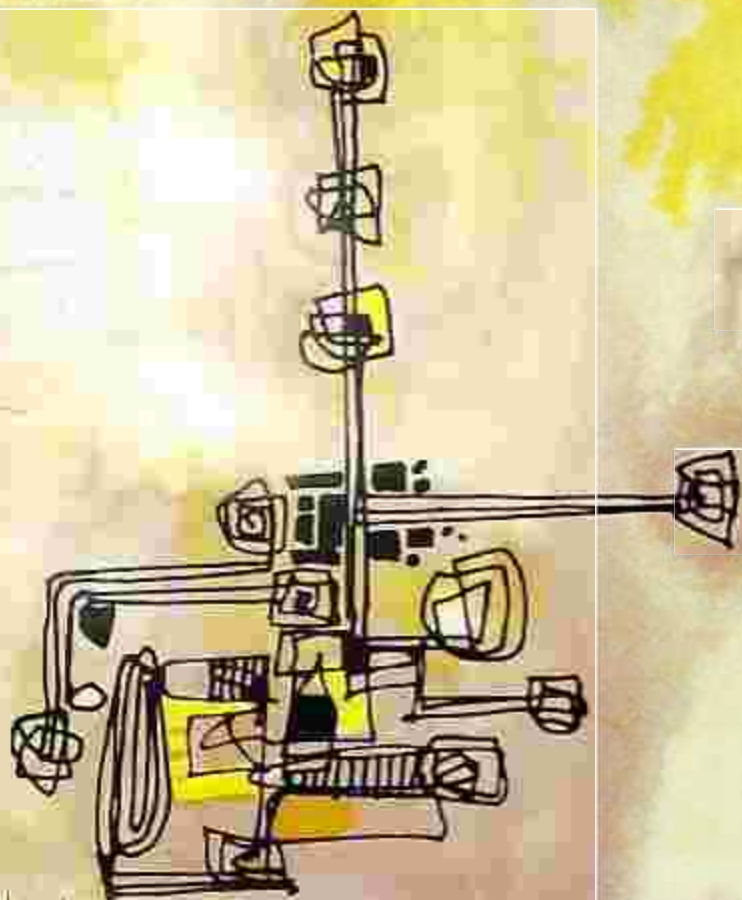


RESUMEN Y ANTOLOGIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA



*Edgar
Avila
Echazú*

Poeta y pintor, cuyas aportaciones creadoras en ambas esferas artísticas, han sido destacadas por la crítica extranjera —debido a su profunda originalidad— EDGAR AVILA ECHAZU, sin embargo, es más conocido en su patria como ensayista que no se ha limitado a exponer sus opiniones, basadas en un acucioso estudio de los temas tratados, no solamente en el terreno de la investigación estética, sino que ha abarcado, como lo testimonian sus múltiples escritos publicados en revistas especializadas de Bolivia, Venezuela, Cuba, Francia, Alemania y Estados Unidos de Norteamérica, la sociología cultural, la interpretación histórica y la crítica literaria. Incluso una de sus primeras obras, "Revolución y cultura en Bolivia" (1953), que enjuicia y valora la producción cultural nacionalista, ha servido de tema de estudios en algunas universidades de los Estados Unidos, y sus planteamientos pueden ser considerados, hoy, como precursores de otras ensayos político-sociológicos de mayor difusión.

Después de haber estudiado pintura, literatura y filosofía en Bolivia, la Argentina e Italia, AVILA ECHAZU se dedicó —con verdadera pasión reivindicacionista nacional— a valorar y criticar nuestro quehacer cultural, como lo demostró su anteriormente mencionado estudio y sobre todo su "RESUMEN DE LA LITERATURA BOLIVIANA" (publicado en 1964 por nuestra Casa Editora), además de contribuir a la creación poética con poemarios que, como "Memoria de la Tierra", merecieron incluso una especial audición de la Radiodifusión francesa, en 1969, además de envidiosos elogios de críticos nacionales y extranjeros, en igual forma que sus poemas "Habitante Fugitivo", "Mañana" y "En cantivosueños encarcelada".

A instancias de nuestra Editorial, AVILA ECHAZU ha aceptado refundir su "Resumen de la Literatura Boliviana" con su vasta "HISTORIA Y ANTOLOGIA DE LA LITERATURA BOLIVIANA", para darnos

(Sigue en la solapa posterior)

RESUMEN Y ANTOLOGIA DE LA
LITERATURA BOLIVIANA

Edgar Avila Echazú

**RESUMEN Y ANTOLOGIA DE
LA LITERATURA BOLIVIANA**

GISBERT Y CIA. S. A.

Libreros - Editores

La Paz - Bolivia

1973

Es propiedad del autor, quedan reservados los derechos, por los Editores, bajo el Registro de propiedad D. L. L. P. N° 1230/72.

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia
Primera edición enero 1973

Editores: Gisbert & Cía. S. A. La Paz
Impresores: Cooperativa de Artes Gráficas E. Burillo Ltda.

Capítulo Primero

LA CULTURA AYMARA - QUECHUA

ANTECEDENTES:

1) Los orígenes.

El aislamiento geográfico ha marcado con ciertas peculiaridades el desarrollo cultural y económico de las primeras sociedades antecesoras a las civilizaciones andinas. Esto se refleja principalmente en sus producciones estéticas. En las cosmogonías que conocemos hoy, se pueden advertir nociones que son características de todas las sociedades primitivas: el immanentismo mágico, por ejemplo, que entre los incas se convertiría en una especie de determinismo trascendente.

Lo que llama la atención en las leyendas anteriores al incaico, es ese supremo valor que se le daba a la naturaleza. Por eso se puede decir que en la mentalidad indígena primitiva domina un determinismo fundamentado en las creencias mitológicas, aunque el desarrollo material de los conglomerados étnicos que dieron origen a las culturas preincaicas se oponga a esas concepciones. El dominio de la naturaleza hostil y la lucha constante contra ella es una demostración de que, pese al temor que se le tenía, se había logrado desentrañar no pocos de sus misterios que fueron una fuente posterior de sabiduría aplicada en la vida diaria para aplacar sus furias.

El profundo conocimiento del medio físico, la capacidad biológica y la ciega fe en las enseñanzas de tipo religioso, así como una asombrosa unidad de acción y pensamientos colectivos, fueron los factores primordiales para el desarrollo de aquellas sociedades. Las leyendas que nos ilustran sobre la relación de los primeros habitantes andinos con la naturaleza (1), dan una particular importancia al pensamiento determinista, como se evidencia en los relatos referentes a la creación del mundo por fuerzas sobrenaturales que ejercían una acción benéfica, y maligna también, sobre lo huma-

(1) Se trata más bien de relaciones mitológicas debidas a los primitivos aymaras.

no. La obediencia a sus leyes era el origen de toda sabiduría, según los postulados morales que se desprenden de esas leyendas.

a) **Las Culturas Pre-inaicas.**— La moderna investigación arqueológica está llegando a la conclusión de que el origen de las culturas pre-inaicas es de raíz autóctona; descontándose el aporte de las migraciones orientales. Los restos arquitectónicos de esas épocas demuestran el adelanto técnico asombroso, la capacidad creadora y la originalidad de que hicieron gala los artífices collas, confirmando que el desarrollo económico y social ha debido ser el resultado de una fuerza cohesionadora moral, basada en una rígida organización de las tareas agrícolas. Esta base económica, precedida de una etapa pastoril, dio lugar al afianzamiento de las sociedades teocráticas cerradas, formadas por estamentos escalonados de acuerdo al trabajo que realizaban. De la etapa pastoril, que ya implicaba una jerarquización de tipo militarista, se pasó a los organismos agrícolas propios de las clases dirigentes de sociedades con economías dirigidas; clases estas que fundamentaron su dominio por medio de las creencias mítico-religiosas heliocéntricas, dogmáticas y deterministas. Por eso las castas militares y las sacerdotales son los pilares de esa civilización, y lo seguirán siendo en el incario; aunque entre los quechuas la clase religiosa conforma una especie de superestructura que es la culminación jerárquica social.

El realismo mágico que se encuentra en las producciones artísticas de los collas testimonia la evolución del pensamiento sistematizado por una idea muy original del papel creador de la colectividad, que ya ha dejado muy atrás las creencias míticas que, pese a todo, perviven en una cohesionadora unidad espiritual, justificando el poderío económico de las clases productoras dirigentes.

b) **La Cultura Tiahuanacota.**— Casi al mismo tiempo que se desarrollaban las dos más importantes culturas andinas: la Chimú, en el norte del Perú, y la de Paracas, al sur, en el Altiplano boliviano nacía el Imperio Tiahuanacota de los collas.

Felizmente se ha sobrepasado el pseudo cientificismo en el que primaba la fantasía literaria con referencia a Tiahuanaco o Tivwanaku, que parece que tuvo, como ciudad sagrada del imperio colla una duración de más o menos 1500 años, desde sus primeras fundaciones en el siglo VII o VI a.C., hasta su extinción, en el siglo VIII d.C.

Lo fundamental es el importante papel que los collas tuvieron en la formación del imperio incaico; sobre todo si se considera

que los incas se esforzaron por oscurecer todo rastro de comunicación con aquéllos, cosa no lograda del todo.

En Tiahuanaco se han encontrado y todavía se siguen hallando, cerámicas, tejidos y hasta esqueletos momificados pertenecientes a las sociedades pre-collos e incaicas. Por las características del estilo arquitectónico que crearon, los tiahuanacotas han debido organizarse bajo leyes y normas éticas rígidas provenientes de un poder central teocrático. La geometría implacable en sus construcciones monumentales, de una fuerte originalidad conceptual, es la natural consecuencia de las nociones metafísicas de la realidad, que dieron una jerarquía espiritual al sentido trascendente de lo colectivo. Ese estilo que simplifica y esencializa la forma humana en su significación atemporal, la abstracción formal y el hieratismo hermético, son el resultado de un concepto muy alto del arte que era la expresión de un valor esencial sobre el tiempo, tal como lo demuestran también algunas leyendas de aquellas épocas.

2) Los Fundamentos Sociales y Económicos del Imperio Incaico

Las cosmogonías, las leyendas y las referencias fabulosas creadas por la mentalidad indígena del incario, con su velo místico, dificultan sobre manera la averiguación concreta de los verdaderos orígenes del imperio; aunque son el material más rico en cuanto a una interpretación filosófico-literaria de los primeros tiempos de esa civilización. Al tiempo de crearse esas leyendas y sistematizarse los dogmas religiosos, se iba construyendo los fundamentos materiales. Se forjó, de esa manera, una admirable unidad de fines sociales que no hizo otra cosa que asentar el poderío de las clases dominantes, a imagen de la organización social-religiosa de los collos.

Pero, para llegar al imperio, fueron necesarios varios siglos de luchas continuas entre las dos razas que habían alcanzado a organizar los reinos más poderosos de aquella época: el aymara y el quechua. Esto se logró después que los quechuas vencieran respectivamente a los atacamas, los changos y los urus, dominados también gracias a un gradual aglutinamiento, dadas las características sociales comunes y las mismas bases somáticas-étnicas.

Por el estudio de la lengua aymara nos damos cuenta de los innumerables términos técnicos y palabras abstractas que provienen de una elaborada cultura, basada en una evolución económica y social bastante elevada. Pero al ser vencidos y superados por los quechuas, los aymaras terminaron por someterse a la superioridad

cultural de aquéllos, los que supieron armonizar las diferencias sociales de los pueblos que anexaban a su imperio por determinación de la influencia geopolítica, por la homogeneidad cultural sustentada por las creencias míticas y religiosas afines, precedidas por un origen totémico y por la fuerza de las armas.

Este principio totémico, a su vez, había ya conformado las primeras células andino-altiplánicas; es decir, a la gens primitiva o marka. La etapa posterior fue la creación del ayllu como una comunidad agrícola, base económica y social del imperio incaico. De estos ayllus es que salieron los primeros jefes o gobernantes que supieron conciliar admirablemente el espíritu de autoridad con el interés colectivo. Esta supeditación del interés particular al colectivo, es el principal postulado ético que trasunta la fuerza del incario y reglamentaba también estrictamente las tareas económicas y las relaciones espirituales y sociales. Todo esto está expresado de manera sobresaliente en la producción cultural, sobre todo en la literatura quechua.

La economía del imperio estaba sustentada por la producción agrícola, perfectamente delimitada con un cabal conocimiento de las posibilidades territoriales. Así, cada familia se ocupaba de cosechar lo que le era indispensable; la distribución de la tierra, por eso, se realizaba de acuerdo a sus necesidades. Esta parquedad en el sustento material, explica la lucha y la consecuente victoria sobre el medio hostil en donde se edificó aquel imperio. Y refleja, al mismo tiempo, el triunfo de las características físicas y psíquicas de sus moradores, bajo la sabia dirección de los incas que supieron vencer la indolencia y la taciturnidad naturales de los diversos grupos étnicos que poblaron su territorio. El esfuerzo continuo y el combate perenne contra los factores físicos exteriores y biológicos interiores, condicionó ese sentido heroico de la vida perteneciente a los aymaras y quechuas. Si querían vivir, había que vencer antes la escasez de alimentos, de agua, de animales destinados a la producción; además de los accidentes naturales: páramos de arena y roca y un clima hecho sólo para la resistencia de hombres de hierro.

Sobre el colectivismo agrario de los ayllus, los constructores del imperio elaboraron un sistema económico y social con algunas características socialistas, que partía de las mismas jerarquías religiosas. (1) Pero este sistema estaba dirigido hacia la superviven-

(1) Sobre este aspecto aún existen contradictorias opiniones, tanto entre los sociólogos como entre los historiadores contemporáneos. Nosotros pensamos que la tesis más correcta es la expuesta por Jorge Ovando Sáez en su estudio

cia de las clases gobernantes, las que justificaban su dominio por la jerarquización espiritual. Así, por ejemplo, la nivelación intelectual era poco menos que incompatible con tal principio. Sin embargo, el colectivismo agrario y económico contemplaba algunos casos extraordinarios en el reparto de la producción, aunque ésta se la hacía con miras de igualdad y de acuerdo a las necesidades de cada estamento social. Las élites, como es natural, eran las principales beneficiarias. Lo más notable es que a consecuencia de la planificación productiva, se llegó a suprimir el hambre y la miseria, cosa no lograda por ningún Estado de aquella época. En el plano social esto produjo una total absorción del individuo por el estado y la dependencia absoluta a éste, origen cierto de la gradual pérdida de la iniciativa individual entre las masas. Toda rebelión contra este orden era reprimida violentamente, máxime si provenía de los pueblos que aún no se habían integrado en el dominio quechua, como sucedió por largo tiempo con los collas.

La creación de la mita, por ejemplo, tiene sus causas en esas circunstancias. Los enormes trasplantes de contingentes humanos hacia tierras extrañas de su procedencia, para reatizar trabajos forzados en las minas, dieron lugar a una explotación despiadada que luego fue ampliamente superada por los conquistadores españoles. Todo esto está magníficamente expresado en la lírica quechua popular. El sentimentalismo exacerbado que domina en ella, trasunta un estado social muy peculiar.

La historia del incario tiene su inicio desde los primeros años del siglo XII con datos más o menos fidedignos. Perduró hasta principios del siglo XVI. El siglo XIII seguramente estuvo ocupado en la organización del imperio y la estabilidad, por la fuerza, de las clases gobernantes; el XIV se logró la unificación política, afirmándose en el siglo XV la planificación administrativa, económica y social, a la vez que comienza una etapa de franca expansión imperialista, determinada posiblemente por ciertas necesidades económicas y políticas. Cuando los primeros conquistadores españoles arribaron a la América, el imperio incaico recién entraba a su era de apogeo.

3) Los Fundamentos Culturales

La organización de cierto carácter socialista realizada por los primeros gobernantes quechuas, fue también un sólido funda-

dio "Las leyes económicas generales de la historia de Bolivia": libro que conocemos fragmentariamente a través de lo publicado en "Cultura Boliviana".

mento para el desarrollo cultural del imperio. La unidad de las concepciones religioso-míticas, fue también un elemento principal con el cual se conformó un ámbito propicio para las labores artísticas. La valorización moral de los intereses generales, y la idea aceptada de que lo individual no era algo sustantivo, aún en el plano de la creación, le dieron a ésta una característica muy especial.

Sin embargo la jerarquización clasista y la moral diferenciadora son los puntos básicos de aquella concepción tan típica de la realidad. Lo que para la colectividad tenía un valor primordial, no era más que una manifestación circunstanciada para las élites. Los círculos cerrados de los diferentes estamentos sociales fueron elaborando cada uno de sus diferencias en cuanto a la ética y sobre el papel dado al arte en general. Una y otro, tienen dos sentidos entre las mayorías y las élites. Para el pueblo el arte tenía que ser una expresión espontánea de los sentimientos individuales, los cuales eran trascendidos siempre en vista al interés colectivo. Las creaciones debidas al pueblo eran realizadas partiendo del punto de vista rector de que debían poseer un contenido moralizador cumpliendo así una función social. En cambio entre las élites, es seguro que el arte poseía un carácter más gratuito y adquirió un sentido menos utilitario, destinado al goce estético.

Esto se explica por las bases mismas de la educación dada a las mayorías y a las castas gobernantes. Al considerársela el medio más eficaz de dominio, ella era necesariamente un privilegio exclusivo de las élites. El refinamiento educacional, las condiciones de vida en que reinaba un ocio propicio para el goce estético, y la dedicación a las tareas artísticas, fueron las causas principales para que se creara un arte más libre entre las clases altas. Los amautas, o educadores del imperio, eran los que sistematizaban esas manifestaciones, de manera especial la instrucción de toda la sociedad incaica. Entre ellos también existía una jerarquización, pero menos rígida, puesto que se refería solamente a la división del trabajo. Así los *haraves* o *harawicus*, especie de poetas áulicos encargados de componer los cantos líricos o épicos destinados al pueblo, provenían de entre los mismos amautas. Entre ellos también se reclutaban los escribanos, los encargados de las estadísticas y de la contabilidad, los cronistas pintores y todo ese contingente de artistas-artesanos que estaban al servicio de las élites.

a) El Arte.— Pocos son los testimonios que actualmente poseemos sobre el arte del Incaico. La destrucción de las obras artísticas fue debida a la ignorancia y codicia de los primeros conquista-

dores, al fanatismo religioso de los sacerdotes y también a los mismos nativos que, a la llegada de los españoles, ocultaron y destruyeron sus tesoros para que no cayeran en poder de aquéllos. De ahí que no poseamos casi nada de la pintura incaica y muy poco de la escultura religiosa.

Respondiendo al espíritu que alentaba en la organización política y social, la arquitectura era de un carácter monumental y de un gusto estético rigidamente formal. Por eso domina en ella una armónica y severa disposición de sus elementos. La belleza abstracta, desdeñosa de los accesorios que contrastarían con la majestuosa pureza lineal de las masas arquitectónicas, evidencia un conocimiento admirable de la técnica. La escultura parece que fue un arte poco difundido y tuvo un carácter puramente ornamental y netamente religioso. Se conocen algunas piezas de orfebrería realmente admirables por su realismo sin afectación.

El realismo incaico proclama una valorización del ser humano, considerado, a la vez, reflejo y copartícipe de la divinidad que se manifestaba así en la tierra. Si bien existían moldes y cánones artísticos fijos, encontrados después de un largo aprendizaje y dominio de los materiales con que se expresaron los artistas del imperio, aquéllos fueron implantados por las individualidades que, dentro de las élites destinadas a la creación, sintieron la necesidad de manifestar, por medio de esas formas, los valores elaborados en el seno de la comunión espiritual entre lo individual y colectivo.

b) El idioma.— El idioma quechua, al igual que el aymara, es, sin lugar a dudas, el monumento más grande debido a los constructores del imperio incaico. Pese a que ha perdido mucho de su pureza originaria, como es natural, aún hoy se puede comprobar su riqueza, que hace de él una de las lenguas más ricas y expresivas. Lo que explica en gran parte el poder altamente artístico de la producción literaria. Necesariamente, su evolución ha debido ser larga y constantemente enriquecida por los hallazgos estéticos debidos a las élites y al pueblo en general.

Entre las grandes cualidades de su estructura formal, se encuentra la capacidad para traducir, con una riqueza y con una variedad inigualable de imágenes y acepciones, la realidad exterior. En cuanto a lo meramente estético, es difícil encontrar en otro idioma una musicalidad tan espontánea en la expresión de todos los estados de ánimo humanos. El idioma literario oculto era denominado entre los incas como "runasimi". Su colorido verbal se comprueba en la asombrosa diversidad de sus agentes onomatopéyicos, de-

rivados de la profusión de adjetivos que se unen a la infinita gama conjugable de sus verbos, lo que hace muy flexible la construcción gramatical. Poseyendo todas estas cualidades, se comprende que fueron muchas las producciones en donde mostró sus posibilidades expresivas. A la vez que los moldes formales, por más convencionales que hayan sido, debieron poseer una flexibilidad que nacía —precisamente— de lo dúctil del idioma.

Pero, como en todo orden de cosas, las leyes sociales del incario estaban aquí manifestadas a través de la supremacía jerárquica de las clases gobernantes. Es dable suponer, por eso, que el idioma hablado por ellas era más elaborado y lleno de sutilezas formalistas que, seguramente, se reflejaban en las producciones literarias destinadas a la nobleza. En cambio, el lenguaje utilizado por el pueblo —que es el que conocieron los cronistas españoles—, era más dinámico, menos ritual y más ricamente expresivo por la carencia de las reglas obligatorias.

Muchos investigadores niegan que los incas tuvieran un sistema de escritura, y, por lo tanto, que hubiese existido una literatura, porque no tenemos hoy en día vestigios relativos a este problema. Se quiere desconocer que los khipus, considerados sólo como un sistema de contabilidad y de estadística, hayan constituido un método regular de escritura. La noción que sostiene que la literatura implica necesariamente una escritura para expresarse ya no es sostenible en la actualidad. Puesto que ese fenómeno debe tomarse en su más amplio sentido, esto es, como una verdadera expresión verbal estética. Sabidoses que los pueblos primitivos son también creadores de formas literarias tan valdezas como las elaboradas por los que poseen una escritura. El hecho de que no poseamos en la actualidad un medio simbólico con caracteres de expresión continua o permanentemente, no significa que no haya existido una auténtica literatura por medios orales.

El único problema reside en que los khipus, como sistema permanente y simbólico de expresión artística, ya no pueden ser descifrables (1); pero es imposible negar que sirvieron como un medio comunicativo destinado a la perennización de las expresiones orales aunque sólo haya sido utilizado por las élites. No se comprendería entonces por qué los conquistadores tuvieron que haber

(1) Aunque últimamente algunos investigadores alemanes y soviéticos están llegando a descifrarlos, confirmando las opiniones de que constituían un sistema de escritura. Las investigaciones de LABA y OBLITAS POBLETE, merecen, por eso, considerarse más seriamente de lo que hasta ahora se lo ha hecho,

destruido todos los edificios donde se encontraban esos khipus, ya que, como afirma Jesús Lúa: "si ellos servían apenas para expresar un poco de aritmética, por qué el clero tomó la destrucción de esos cordelos como un medio eficaz para suplantar las viejas creencias con las católicas en la conciencia del pueblo?". Por otra parte, los testimonios de varios cronistas, —tratados con desprecio por el oficialismo histórico español—, es irrefutable, aparte de aquellos conocidos y apreciados hoy por su objetividad como los de Garcilaso, Herrera, Guamán Poma y Morúa.

4) La Producción Literaria

En las leyendas y cosmogonías de las culturas y sociedades pre-incaicas, todavía no hay un carácter esencialmente estético. Ya que la religiosidad, el ritual mágico y las mismas mitologías en toda sociedad en formación son elementos sociales del conocimiento en donde ciencia y ficción se confunden. Pero en ellas se encuentran los orígenes de la posterior elaboración artística. En las cosmogonías y leyendas, de lo que se trata es de dar a conocer las nociones y conceptos relativos a la relación entre hombre y naturaleza, y después —una vez que se organizan las primeras naciones— de relatar con fines pedagógico-políticos las hazañas y el origen de los dioses tutelares así como los actos de los semidioses y los grandes héroes que fundaron las nacionalidades.

El ritual religioso nace de la danza, que expresaba un estado de ánimo colectivo que estaba en relación con la experiencia sensorial e intelectual de la naturaleza. La música hecha danza, unida a la palabra, al canto, dan origen a las demás formas literarias. Ese significado eminentemente social es el que perdura en el arte del Incaico, en todas sus manifestaciones. Así, pues, ya existe una característica perenne en el arte incaico, puesto que los valores sobre lo exterior y la pura manifestación estética de la comunidad estaban tan unidos, que es empresa ardua deslindar dónde comienza a predominar el uno sobre la otra. La segunda peculiaridad será referir a esa indisoluble unión entre música y poesía, entre música y lenguaje.

a) La Música y la Poesía.— Incurren en un error aquellos que consideran a la música quechua y aimara como particularmente "quejumbrosa y triste, monótona y dura". La que conocemos actualmente ya no es la que se producía en el Incaico. Las circunstancias sociales e históricas, el contenido que posee y la misma utilización de determinados instrumentos, han condicionado que ella ten-

rivados de la profusión de adjetivos que se unen a la infinita gama conjugable de sus verbos, lo que hace muy flexible la construcción gramatical. Poseyendo todas estas cualidades, se comprende que fueron muchas las producciones en donde mostró sus posibilidades expresivas. A la vez que los moldes formales, por más convencionales que hayan sido, debieron poseer una flexibilidad que nacía —precisamente— de lo dúctil del idioma.

Pero, como en todo orden de cosas, las leyes sociales del incario estaban aquí manifestadas a través de la supremacía jerárquica de las clases gobernantes. Es dable suponer, por eso, que el idioma hablado por ellas era más elaborado y lleno de sutilezas formalistas que, seguramente, se reflejaban en las producciones literarias destinadas a la nobleza. En cambio, el lenguaje utilizado por el pueblo —que es el que conocieron los cronistas españoles—, era más dinámico, menos ritual y más ricamente expresivo por la ausencia de las reglas obligatorias.

Muchos investigadores niegan que los incas tuvieran un sistema de escritura, y, por lo tanto, que hubiese existido una literatura, porque no tenemos hoy en día vestigios relativos a este problema. Se quiere desconocer que los *khípus*, considerados sólo como un sistema de contabilidad y de estadística, hayan constituido un método regular de escritura. La noción que sostiene que la literatura implica necesariamente una escritura para expresarse ya no es sostenible en la actualidad. Puesto que ese fenómeno debe tomarse en su más amplia sentido, esto es, como una verdadera expresión verbal estética; Sabido es que los pueblos primitivos son también creadores de formas literarias tan valiosas como las elaboradas por lo que poseen una escritura. El hecho de que no poseamos en la actualidad un medio simbólico con caracteres de expresión continua o permanentemente, no significa que no haya existido una auténtica literatura por medios orales.

El único problema reside en que los *khípus*, como sistema permanente y simbólico de expresión artística, ya no pueden ser descifrables (1); pero es imposible negar que sirvieron como un medio comunicativo destinado a la perennización de las expresiones orales, aunque sólo haya sido utilizado por las élites. No se comprendería entonces por qué los conquistadores tuvieron que haber

(1) Aunque últimamente algunos investigadores alemanes y soviéticos están llegando a descifrarlos, confirmando las opiniones de que constituían un sistema de escritura. Las investigaciones de JARA y OBLITAS POBLETE, merecen, por eso, considerarse más serenamente de lo que hasta ahora se lo ha hecho.

destruido todos los edificios donde se encontraban esos khipus, ya que, como afirma Jesús Larus "si ellos servían apenas para expresar un poco de aritmética, por qué el clero tomó la destrucción de esos cordeles como un medio eficaz para suplantarse las viejas creencias con las católicas en la conciencia del pueblo?". Por otra parte, los testimonios de varios cronistas, —tratados con desprecio por el oficialismo histórico español—, es irrefutable, aparte de aquellos conocidos y apreciados hoy por su objetividad como los de Garcilaso, Herrera, Guzmán Poma y Morúa.

4) La Producción Literaria

En las leyendas y cosmogonías de las culturas y sociedades pre-incasas, todavía no hay un carácter esencialmente estético. Ya que la religiosidad, el ritual mágico y las mismas mitologías en toda sociedad en formación son elementos sociales del conocimiento en donde ciencia y ficción se confunden. Pero en ellas se encuentran los orígenes de la posterior elaboración artística. En las cosmogonías y leyendas, de lo que se trata es de dar a conocer las nociones y conceptos relativos a la relación entre hombre y naturaleza, y después —una vez que se organizan las primeras naciones— de relatar con fines pedagógico-políticos las hazañas y el origen de los dioses tutelares así como los actos de los semidioses y los grandes héroes que fundaron las nacionalidades.

El ritual religioso nace de la danza, que expresaba un estado de ánimo colectivo que estaba en relación con la experiencia sensorial e intelectual de la naturaleza. La música hecha danza, unida a la palabra, al canto, dan origen a las demás formas literarias. Ese significado eminentemente social es el que perdura en el arte del Incaico, en todas sus manifestaciones. Así, pues, ya existe una característica perenne en el arte incaico, puesto que los valores sobre lo exterior y la pura manifestación estética de la comunidad estaban tan unidos, que es empresa ardua deslindar dónde comienza a predominar el uno sobre la otra. La segunda peculiaridad se refiere a esa indisoluble unión entre música y poesía, entre música y lenguaje.

a) La Música y la Poesía.— Incurren en un error aquellos que consideran a la música quechua y aimara como particularmente "quejumbrosa y triste, monótona y dura". La que conocemos actualmente ya no es la que se producía en el Incaico. Las circunstancias sociales e históricas, el contenido que posee y la misma utilización de determinados instrumentos, han condicionado que ella ten-

ga como características predominantes esa tristeza y "monotonía". En el Imperio Incaico no era de esa naturaleza.

Los instrumentos más usados fueron los cobres y las maderas y los elementos de percusión, además de los vientos, como las famosas zampoñas. La mayor parte de la producción musical debió ser de carácter ritual, ya que utilizaban los instrumentos subordinándolos a las necesidades expresivas de la voz, o sea, de la palabra hecha poesía. En la música instrumental no existieron muchas combinaciones tonales: su riqueza residía y reside aún en su hondura, en su fuerza expresiva, en su sonoridad sin artificios y en su carácter circunspeto. En cambio la producción popular para las fiestas colectivas, era más expansiva, menos formalista, y sobre todo de una vitalidad y frescura y un dinamismo asombroso, lo cual se puede notar a través de las mismas letras de los cantos agrícolas.

b) Las Formas Poéticas.— La poesía unida al canto dio nacimiento a formas más convencionales, en donde la palabra y el contenido simbólico de ésta predominaban. Pero cantos y poemas en boca del pueblo adquirieron una amplia libertad formal, cosa que aún se puede advertir en los pocos testimonios que nos quedan. En éstos no hay una preocupación sustancial por el metro y la rima, tal como sucede con la poesía española. Sin embargo, ello no significa que el acto creador poético estuviera librado a un completo libertinaje formal. Toda elaboración artística, fruto de un largo proceso hecho de experiencias estéticas continuas, se refiere a una construcción y manejo estructural que no es nunca originado en el azar. Esto fue muy bien comprendido por los poetas del Incaico, puesto que encontraron que la fundamental diferencia entre prosa y poesía, entre lenguaje hablado y poesía, provenía de la elaboración específica que cada género precisaba.

La fluidez y la musicalidad extraordinarias inherentes al idioma, daban lugar a que la poesía emanara de él sin necesidad de grandes complicaciones estilísticas. La misma rima y el ritmo se formaban casi espontáneamente, dadas las características expresivas de la lengua quechua. La enorme cantidad de las palabras que poseen una terminación idéntica, la carencia de artículo y la formación del pronombre y los modos de conjugación, eran los factores determinantes de esa versificación rítmica libre de imposiciones artificiales.

Aún en aquellas producciones donde los cánones estéticos no variaban, como en la poesía religiosa, esa convencionalidad era sólo aparente, ya que la musicalidad del idioma permitía una varie-

dad expresiva sorprendente dentro de las normas de la composición. A los himnos o cantos religiosos se los denominaba "Jaillis"; pero también se calificaba así a algunos cantos guerreros y agrícolas. El origen campesino del quechua encontraba en estos himnos su expresión más fiel. El himno guerrero era llamado "Atuy Jailli" o "Jaiccha". Seguramente que entre ellos han debido existir grandes poemas épicos, pero no han sobrevivido a la conquista española. Los Jaillis agrícolas tenían como temas casi obligados la siembra, el crecimiento y la floración de las plantas y la anhelada cosecha, cantándolas durante todo el año, como una ofrenda colectiva a los beneficios de la Madre Tierra o "Pachamama", como así también a los dioses tutelares.

Los Jaillis dedicados al Sol abundaban, ya que era dios principal del Imperio. Su culto era efectuado a través de cada instante delavida del pueblo, pero de manera especial en su fiesta anual: el "Intiwaizai", la que duraba varios días y en donde era permitida toda expansión; los sacrificios humanos, por ejemplo, pesca las afirmaciones contrarias, parece que eran evidentes ahí. Lo que resalta en estos cantos es la profundidad mística que deviene de las creencias panteístas del Incaico y la belleza formal simple y muchas veces ingenua; especialmente en los Jaillis recolectados por los cronistas Cristóbal de Molina y Santa Cruz Pachacuti, esas características son las notas dominantes.

La única forma caiente de acompañamiento musical era el "Aráwvay", poesía para recitarse. Era una especie de verso narrativo, muy afín a la fábula o poesía humorística europea; de ahí también que se constituyera en la poesía más popular, recitándose generalmente entre las faenas agrícolas. Se expresaba por medio del Aráwvay el espíritu crédulo, fantasioso y juguetón de los pobladores del Incaico. Por término general los personajes más comunes de esas fábulas eran el mono, el zorro y el jaguar.

A la Elegía, que tuvo sus mejores expresiones durante los últimos años del Imperio, se llamaba "Wanka"; era el género lírico por excelencia. Poseemos algunos Wankas de una belleza singular, (la que canta la desaparición del Inca Atahualpa, por ejemplo). La mayoría de las canciones sobre el amor, se consideraban Wankas y en ellas el lirismo quechua alcanzó sus más elevados tonos poéticos. Después de la conquista el género elegíaco está presente en toda la lírica quechua y constituye el modo de expresión más usual, dadas las circunstancias que tuvo que sufrir la raza. La admirable unión entre música y poesía se encuentra presente en las demás formas poéticas, como en el "Arawi" y el "Wawaki", que eran

propiamente las canciones con palabras creadas por el pueblo. Las danzas en las cuales se entremezclaban canciones, es decir, los cantos bailables más populares, eran el "Wayñu", la "Samakueca", la "Qhaswa" y el "Qhaluyo", formas estilísticas que perviven aún en Bolivia y el Perú.

El Arawy era la verdadera canción lírica y, por su misma etimología, el nombre con que se designaba toda versificación cantable. Esa palabra proviene del verbo "Arawáy" que significa versificar; de ahí que al versificador o poeta se lo llamaba "Araway" o "Arawiku". Estos Arawy eran una sublimación del sentimiento amoroso y es de suponer que también del amor carnal. Estaban muy emparentados con la forma elegíaca, puesto que manifestaban, por sobre todo, la tristeza producida por los pesares amorosos; sin que por ello dejaran a un lado la alegría y la felicidad de tales afectos. Para cada estado existía una denominación especial de Arawy. Así, la canción doliente se llamaba "Jaray arawy", la canción expiatoria "Sankay arawy", y las canciones de alegría "Súmay arawy" y Warijsa arawy. La burla amorosa tenía su propia denominación: "Wakawy", que era una especie de diálogo cantado entre dos coros de hombres y mujeres, cuando se cuidaban las cosechas agrícolas.

Finalmente, el "Taky" (del verbo Takiy: cantar), admitía una mayor amplitud temática, puesto que expresaba los sentimientos particulares y colectivos ante la naturaleza. En esta forma, como en toda la lírica quechua, predominaba esa fuerza expresiva de la metáfora y la plasticidad musical de las imágenes que servían para realzar la expresión total, a la vez que se supereditaban en cierta forma a la función musical. Lo cual contribuía a hacer de toda la poesía una de las artes más explotadas por las diferentes capas sociales del Imperio.

c) El Teatro.— En la sociedad Incaica, el arte dramático era considerado como el vehículo expresivo más eficaz para la ejemplarización ética. Por ello mismo existían varias clases de dramas: unos de exclusivo goce de las élites y otros creados para las festividades públicas, con el objeto de mantener en alto la moral de las masas. Los encargados de componerlos, los amautas, resaltaban en ellos las virtudes del Inca, su sabiduría y bondad, al mismo tiempo que su total dedicación para lograr la felicidad de su pueblo. De ahí que los dramas históricos se constituyeran en la más alta función pedagógica de las élites gobernantes.

Los amautas, que eran además los historiadores oficiales, demostraron ser conocedores sabios de la mentalidad indígena, en

estas obras, al expresar los grandes anhelos sociales. Por eso el teatro alcanzó una influencia decisiva en el plano educativo de las mayorías, a la vez que cultivaban el gusto estético de esas clases. El papel pedagógico del arte dramático no admitía la creación de tragedias con el concepto occidental, y sólo se escribieron dramas y comedias. Esto fue debido, seguramente, a que las élites se dieron cuenta que en ese género era preciso un análisis más amplio y libre sobre los dogmas religiosos y sociales que engendran siempre una noción demasiado determinista de las acciones humanas. En cambio, el sentido vital y caricaturesco de la comedia, se adaptaba para la manifestación liviana que no tocaba fundamentalmente las normas éticas implantadas. Sin embargo, en cierto estadio de la evolución social del Imperio, el drama llegó a expresar un elevado concepto de crítica social que fue aceptado incluso por las mismas clases gobernantes, como se evidencia en el único drama auténtico que poseemos de aquellas épocas: el "Ollantay".

Las luchas civiles entre las clases superiores, casi al final del Incario, y el estado de depresión económica y moral, causada por las largas guerras de conquista de Tupac Yupanqui, fueron factores que incidieron en indudables reformas sociales, las cuales reflejaban un cambio, aunque no radical, de la mentalidad indígena, por lo menos entre las élites que tenían que compulsar todo fermento social.

A través de la delicada trama sentimental del "Ollantay", se puede advertir latente el principal problema que tiene que confrontar toda sociedad de las características del Imperio incaico: la rebelión de ciertas individualidades que expresan los anhelos de las clases oprimidas. El "Ollantay" fue transcrito al español por un cura de Sicuani de apellido Valdés, quien alteró la forma para adaptarla a los moldes teatrales españoles de la época, sin lograr transformar los caracteres de los personajes y el espíritu poético indígena, lo cual ha contribuido a la conservación de la frescura y espontaneidad que ha debido tener en su lengua de origen. Existe una admirable floidez en la exposición de las acciones, dado el carácter profundamente realista de la obra, y una medida objetiva que determinan su misma sencillez.

Al contrario de lo que sucede en el teatro español de aquella época, en éste los protagonistas: el valeroso general Ollanta y Cusi Coyllur, la hija del Inca Pachacutec, no están juntos sino cuando termina la acción. Las intromisiones que el cura Valdés hizo en la pieza, sólo se refieren a algunos retoques en la estructura lingüística, pero no pudo variar su contenido ni su carácter, cosa com-

probable al estudiar las reacciones y los diálogos de los protagonistas. Es allí donde residen, además, las mejores cualidades estéticas del drama, puesto que la lírica quechua tiene en los monólogos de Ollanta una de las muestras de mayor jerarquía artística.

d) La Prosa Didáctica.— Se puede considerar como prosas didácticas a la serie de leyendas, cuentos y fábulas, así como a algunas relaciones que seguramente pertenecieron al género histórico ejemplarizador, creadas por los amautas. Los testimonios que poseemos en la actualidad son escasos, pero también son suficientes para mostrarnos esa asombrosa vitalidad imaginativa que está siempre al servicio de una pedagogía política destinada a un interés colectivo, en primer término. Poseen elementos correspondientes a la mitología y al folklore, ya que explican ciertos hechos naturales por medio de los mitos y por la imaginación heredada y aumentada a través de los tiempos.

Este género literario ha sido uno de los más populares en el Imperio Incaico. En él la fantasía, el sentimiento de hondo apego a la tierra natal, el candor imaginativo y la insagotable fuerza creadora de los indígenas están expresados maravillosamente a través del lenguaje rico en hallargos estéticos y lingüísticos, elementos que todavía se puede encontrar entre muchas de las leyendas que perviven por medio de la tradición oral, con algunas impurezas originadas en la lenta evolución mental y en los factores impositivos provenientes de los dogmas religiosos coloniales.

Desde el primer tiempo de la Conquista, los sacerdotes se dieron cuenta que en esas leyendas y mitos, en las fábulas sobre todo, podían encontrar un poderoso aliado para realizar su obra catequizadora, motivo por el cual incitaron a los indígenas a seguir creando esas narraciones con los imprescindibles aditamentos moralizantes que se les indicaba. Pero en el Imperio Incaico tenían también la misma función moralizadora, aunque su creación estaba condicionada por una necesaria libertad que era la concedida a la fantasía popular.

e) Valorización.— Pese a que ya no nos quedan testimonios de consideración sobre Literatura del Imperio Incaico, desconfiándose las obras ya mencionadas, debidas la mayoría a los amautas y arawicus oficiales, podemos sin embargo considerarlas altamente valiosas, no solamente en cuanto a su indudable calidad artística, sino también como dignas manifestaciones del pensamiento quechua que expresó allí sus conceptos sobre la realidad (1).

(1) Así como una prolongación o desarrollo de las herencias aymaras.

El sentido estético innato entre los pobladores del Imperio, su profundo conocimiento del carácter conformativo colectivo, que veía en la tierra su fuerza plasmadora y su fuente de energía vital, y que consideraba ante todo el interés general del grupo social, antes que el particular; la supeditación absoluta de lo individual en vistas de una moral rígida, originada en la obediencia ciega a las leyes que conformaron al Imperio; el sentimiento ingenuo, fantástico, crédulo y pleno de intuiciones sobre lo exterior, y un elevado concepto de la labor artística, se hallan expresados de manera patente en las creaciones artísticas. Además de encontrarse ahí valiosos datos relativos a la vida social y a la misma historia del Incaico y a las épocas anteriores.

En lo que respecta a lo puramente estético, muy pocas literaturas de aquellos tiempos pudieron alcanzar la profundidad conceptual y la forma lírica perfecta que caracterizan a esas producciones. Si bien carecen de una variedad temática y de cierta objetividad formal, no se les puede negar su asombroso conocimiento de los elementos expresivos y su experiencia continua referente a la búsqueda de nuevos cánones que expresaran más libremente las nociones estéticas populares. La poesía quechua, por eso, es digna de figurar al lado de las grandes obras de arte debidas a la Europa y al Oriente de aquellos siglos. De ahí que el estudio científico y la paciente investigación de la Cultura Incaica (1) importa para nosotros una fuente de inagotables manifestaciones creadoras, tanto en el campo literario como en las artes plásticas, a la vez que fundamentarían ciertas supervivencias mentales de nuestro pueblo.

(1) Y, más que nada, de la Aymara como fecundadora de la quechua.

LECTURAS RECOMENDADAS

- Dick Edgar Ibarra Grasso: "Prehistoria de Bolivia" "La verdadera historia de los Inkas" (Ed. Los Amigos del Libro).
- José Fallman Velarde: "Los Imperios Andinos"
- Enrique Obitias Poblete: "El idioma secreto de los incas" (Los Amigos del Libro).
- Rigoberto Paredes: "Mitos supersticiones y supervivencias de Bolivia".
- Cristóbal de Molina: "Ritos y fábulas de los incas" (Ed. Futuro — Bs. As.)
- Jesús Lefa: "La Literatura de los Quechuas" (Ed. Juventud).
- "Ritos, leyendas y mitos de los Quechuas" (Amigos del Libro).

Capítulo Segundo

LA CULTURA COLONIAL

1) La Conquista

La Conquista de América por la Corona Española fue, principalmente, un hecho, económico. Sus proyecciones engendraron algunos fenómenos sociales, económicos y culturales que dieron comienzo a una nueva etapa de la vida americana y europea. El choque entre dos concepciones de la vida diferentes trajo una serie de problemas que hasta el día de hoy no han encontrado solución.

Para España la conquista sustentó sus principios de gran potencia imperialista de la época. Las tierras ganadas a costa de sacrificios humanos nunca vistos hasta entonces, se convirtieron en depósitos inagotables de las materias primas destinadas a satisfacer las necesidades económicas que el mercantilismo naciente exigía. Todo esto fue logrado después de la más bárbara explotación de los habitantes de América, con el sistema del trabajo forzado para alcanzar las ganancias provenientes de los productos descubiertos, minerales principalmente. El imperialismo monárquico europeo, que daría lugar a la creación de las nacionalidades, pudo asentarse luego del triunfo sobre la nobleza terrateniente y la aristocracia feudal. La mantención de la burocracia administrativa, se la realizó no sólo con las concesiones nobiliarias, sino con la amplia posesión de las tierras conquistadas y con el dinero en efectivo. Por eso la apertura de los grandes mercados que se llenaban con las materias primas de América, dieron origen al creciente desarrollo de la industria europea a raíz de la explotación industrial de las minas de oro, de plata y de carbón.

A consecuencia del cambio en la mentalidad reinante nace el racionalismo opuesto al rutinario y estático concepto del mundo feudal. Todo cede paso a la imaginación, a la aprehensión racional de la realidad, sobre todo, y al dinamismo de las nuevas formas de vida. Es por eso que en la conquista y la colonización española de América existen tantas contradicciones, producto precisamente de

ese cambio de la mentalidad y de las mismas nociones éticas y sociales que aparecen. Respondiendo la conquista a esos fenómenos, coexisten en ellos, en sus proyecciones, otros de índole moral y cultural, como su justificación espiritual, o sea la propagación de la fe católica y la salvación de las almas de los indígenas "bárbaros".

a) **Mentalidad de los Conquistadores.**— Los primeros conquistadores pertenecían a las clases más bajas de la sociedad española de aquella época, cuando no eran descendientes de hidalgos empobrecidos; la mayoría carecía de una mediana cultura e instrucción, por eso tenían un concepto primario de la realidad sustentado por los dogmas religiosos y por la creencia absoluta en la superioridad de la raza blanca. Aparte de la carrera de las armas, para encontrar su sustento se ocuparon en mil menesteres nada honrosos, hasta que llegaron a las Indias. Los que poseían algunos conocimientos, no pasaban de algo de latín, un poco de humanidades, pero sí mucho de geografía de Europa y Africa, puesto que por naturaleza eran andariegos impenitentes. La ambición de riquezas, cargos y títulos, presidía casi todos sus actos, cosa natural en una sociedad como la española de entonces. El dogmatismo religioso y la asombrosa capacidad física de esos "infantes de hidalgos empobrecidos" y de los simples soldados, fueron dos factores decisivos para que se emprendiera la conquista con tanta decisión.

Para explicarse esto hay que considerar las cualidades de tipo moral que casi todos ellos también tenían, como por ejemplo, esa innata sed de grandeza y ese apasionamiento y fe en las virtudes nacionales, consecuencia de un agudo individualismo. Pero en éstese hallaban las partes contradictorias y las mismas virtudes de los conquistadores. Esa famosa noción de la honra, espíritu de enormes sacrificios, de empeñamientos increíbles que redundaron en hechos admirables, era a la vez el camino derecho hacia la fantasía desordenada, al vuelo imaginativo que retarda la acción y el fanatismo ciego. Y ese fanatismo, en lo relacionado con la religión, no hacía otra cosa que alimentar las pasiones frías y crueles hasta lo infinito, como así también engendraron esos monstruos de avaricia, sensualidad y maldad. Sin embargo, al lado de esos caracteres, existían almas nobles, iluminadas por un fervor puramente idealista, tal como los prototipos de los cuales Cervantes se sirvió para crear su "Don Quijote". La probidad natural del español, fue un elemento constitucional que no era raro encontrar en aquellas gentes.

b) **Papel de la Iglesia en la Conquista.**— No pocos de los rasgos característicos de los conquistadores se hallaban entre los mismos sacerdotes que los acompañaron. El fanatismo en éstos se traducía en un misticismo fiero, lindante a veces con la locura. El papel que la Iglesia Católica y especialmente el clero español se habían propuesto precisaba de esta clase de elementos. La justificación espiritual de la conquista, la catequización de los infieles, era necesario realizarla por medio de ese dogmatismo. El que la tarea apostólica de los sacerdotes sirviera a fines diferentes a los cuales se entregaban éstos, no constituía un factor disgregador de su misión, y para la mentalidad reinante entre ellos no era un impedimento para realizar su obra. La mayoría no comprendió con exactitud su tarea evangelizadora, puesto que la miopía para juzgar lo que sus ojos asombrados contemplaban en estas tierras, se originaba en una estática y retrógrada aprehensión racional de la realidad proveniente de su educación.

Pese a ello, llama la atención esa admirable objetividad patente en algunos de los cronistas religiosos, que está por encima de su dogmatismo intelectual, y demuestra un espíritu de justicia muy raro dados sus temores naturales a ponerse en entredicho con la jerarquía y la misma censura eclesiástica, y más aún con la Inquisición. Pero éstos eran, en su mayoría, "hombres de letras", humanistas en todo el sentido de la palabra, que tomaron su labor como una elevada misión cultural, antes que nada. A ellos se deben las grandes obras intelectuales y pedagógicas de la Colonia. Como un reverso de la medalla se encuentran los vandálicos actos que los mismos sacerdotes cometieron en sus sañudas campañas por "extirpar las idolatrías" de los indios.

2) Los Cronistas

Desde que los misioneros llegaron a estas tierras, sintieron nacer en ellos al ser que deseaba testimoniar con la palabra perdurable todo lo que iban descubriendo, todo lo visto, lo oído y vivido. Esto contribuyó a que las páginas escritas bajo ese imperativo sean admirables por su espontaneidad, aunque también exista en ellas mucho de oscuro por el estilo enrevesado y el poco dominio lingüístico que demuestran; el mismo desarrollo reciente del idioma nos explica la poca pericia de algunos cronistas con respecto a la claridad en el manejo del lenguaje.

Los libros de viaje, las viejas consejas, las novelas de caballería, ya habían predispuerto a estos cronistas para la aprehen-

sión de lo maravilloso. De ahí que en sus escritos resaltan las descripciones coloreadas, la imaginación exuberante y lo fantástico, lo cual en la realidad confrontada no dejaba de ser cierto para ellos. Pero también su desfiguración estaba realizada por otros intereses; esto es presentar los hechos vividos a la luz de los dogmas religiosos y políticos imperantes. Los claros inexplicables, las referencias sumarias, dejaban entrever la ocultación de cosas o sucesos que no convenía que se conocieran por temor, principalmente, a la censura eclesiástica y también porque no fueron comprendidos en todo su valor. Esto se ve de ver sobre todo con referencia a la cultura del Imperio Incaico.

Por otra parte, tanto entre los cronistas cultos y aquellos que no lo eran, se nota la utilización de un método propio para interpretar lo relacionado con la historia del incario. La valorización de ésta se la hace desde el punto de vista de sus creencias morales y de sus intereses políticos; cosa natural sabiendo que no podían haber procedido de otra forma, dada su mentalidad. De ahí que exista cierta dificultad para averiguar lo que hay de verdadero y lo que responde a sus prejuicios culturales en sus escritos.

En la siguiente reseña crítica de las obras producidas durante el periodo de la conquista y los primeros tiempos del coloniaje, sólo haremos mención de los autores en cuyas crónicas existen relaciones referentes a la cultura incaica y con lo que entonces se conocía como Kollasuyo y que, más tarde, iba a denominarse el Alti Perú.

Los Cronistas de los siglos XVI y XVII:

a) Juan de Betanzos, Pedro de Cieza de León, Juan Polo de Ondegardo, Pedro Sarmiento de Gamboa, Martín de Morúa y Cristóbal de Molina.— Sin duda alguna una de las crónicas más apasionantes para el historiador, así como para el escritor o novelista, es la de Juan de Betanzos (1510-1576), intérprete oficial, quien había venido al Perú con Pizarro y casó con una hija de Atahualpa. Con los datos logrados en sus viajes y sus relaciones con los pobladores del antiguo imperio, escribió su famosa "Suma y Narración de los Incas que los indios llamaron Capaccuna, que fueron Señores de la Ciudad del Cuzco y de todo lo que a ella Sujetó"⁽¹⁾ una de las obras más consultadas por los estudiosos de

(1) Publicada en el tomo V de la Biblioteca Hispano-Ultramarina de Marcos Jiménez de la Espada, en Madrid, 1886.

nuestra historia, por su sencillez y objetividad, por la límpida exposición de lo visto y oído.

El primer cronista que tiene un estilo original, muy suyo, es Pedro de Cieza de León (1518-1560), famoso en varios países en donde residió, valiente soldado y excelente conocedor de las cosas del Tahuantinsuyo. Su libro "La Crónica del Perú" (1553), dividido en tres partes, es una de las obras más importantes para aquel que desee tener un conocimiento cabal de la historia y la geografía del incario, así como de las costumbres de sus pobladores.⁽²⁾ Posee curiosos detalles recogidos en sus largos viajes por nuestro territorio. El realismo objetivo y detallista de Cieza de León tiene algunos hallazgos descriptivos sorprendentes por su espontaneidad y fluidez. Este cronista fue saqueado por varios autores posteriores, entre ellos Herrera, que se valieron de sus aportaciones para escribir capítulos íntegros de sus libros.

Uno de los grandes admiradores de la civilización Incaica, fue el famoso Corregidor de Charcas, Juan Polo de Ondegardo (1514-1570), que había realizado, antes de venir al Alto Perú, importantes descubrimientos arqueológicos en el Cuzco, los que le sirvieron para escribir varias cartas de informaciones a la Corona. Lo más conocido de Polo de Ondegardo son sus "Relaciones", sobre todo su "Relación de sus Fueros". Su estilo algo enrevesado, sin embargo es llano y aunque exige alguna atención no deja de tener cierto encanto. Lo principal en esas Relaciones son los datos que ahora sirven al arqueólogo, al artista, al novelista, tanto como al investigador de nuestro pasado.

La "Historia de los Incas", o "Historia General Llamada Indica", de Pedro Sarmiento de Gamboa (1587), escrita por encargo del Virrey Toledo para refutar a Las Casas, es demasiado parcializada y se nota en ella una marcada animadversión hacia los pobladores del antiguo imperio, pero contiene datos valiosísimos que nos sirven para esclarecer algunos hechos que sólo están rápidamente mencionados o a los cuales no se hace referencias en las demás crónicas. Por su objetividad descriptiva y su claridad se lee con placer. Máxime cuando revela algunos aspectos que ahora están siendo aceptados respecto a la vida del incario.

De especial interés para el conocimiento del régimen social y económico, poco mencionado en las obras precedentes, es la

(2) Ración desde el capítulo XXXVI de su obra. Cieza de León se ocupa de varios aspectos del incario.

"Historia del Origen y Genealogía Real de los Reyes Incas del Perú, de sus Hechos, Costumbres, Trajes y Maneras de Gobierno", del padre mercedario Martín de Morúa; aunque por sus continuas repeticiones y una que otra contradicción no es de fácil acceso para quien no procede como un investigador. Sin embargo, por los datos que aporta debe considerársela imprescindible para el historiador y el sociólogo. Guamán Poma se sirvió de muchos datos de esta obra, así como muchos cronistas posteriores.

Por espacio de varios años existió una lamentable confusión con las obras de los dos cronistas del mismo nombre: Cristóbal de Molina. Nacido el uno en España y autor de una "Relación de la Conquista del Perú", y el segundo, que es el que nos interesa, nacido en el Cuzco donde fue cura de esa ciudad por varios años, escribió una "Relación de las Fábulas y Ritos de los Incas" (1591), que es uno de los más completos estudios sobre la religión y las costumbres del tiempo de los incas. Es una fuente valiosísima para la creación artística en especial. Este cronista americano posee realmente una maestría admirable para lo descriptivo. Aparte de ello su obra es de una veracidad inigualable, de ahí que constituya una obra de consulta histórica de gran importancia en lo que se refiere a la cultura del incario. Se desconocen las referencias sobre el nacimiento y la muerte de Cristóbal de Molina.

b) La Crónica Jurídica: Fernando de Santillán y Juan de Matienzo.—Al mismo tiempo que los cronistas escribían sus obras, una vez consolidada la conquista y luego de las luchas civiles entre los encomenderos y conquistadores, cuando se inaugura la era de la Colonia, España se vio obligada a fundamentar jurídicamente sus dominios, a la vez que administrarlos. Una serie de letrados se trasladó entonces hasta "las tierras de Indias" para ejercer sus funciones y vigilar la correcta implantación de las leyes referentes a sus pobladores. Entre ellos existían algunos funcionarios de una probidad admirable y de una gran visión de futuro, que supieron ver la trascendencia de todo acto político de la Corona. Son innumerables los informes que se poseen sobre la labor desplegada por ellos, en los que se puede encontrar muchos datos para la historia española y americana de aquella época.

Entre estos cronistas jurídicos, Juan de Matienzo (1520-1580), realizó una obra de gran relieve en lo que respecta a su labor como oidor de la Real Audiencia de Charcas. Su libro "Gobierno del Perú", asombra por el conocimiento que demuestra sobre los problemas políticos, económicos y sociales que se venían desarro-

llando en el Alto Perú. Propone en él cambios radicales en la estructura administrativa española que, de haberse llevado a cabo, habrían mejorado las relaciones entre españoles y americanos. Si bien sus opiniones sobre el gobierno de los Incas son adversas y denigrantes, no por ello deja de reconocer algunas de las más admirables realizaciones efectuadas por aquéllos. El tono moralizador de sus escritos y la proyección de sus consejos, aparte de los ciertos estilísticos: una prosa clara y sugestiva, hacen de su "Gobierno del Perú" una obra de consulta indispensable.

Porsu espontaneidad, su prosa ágil y sugerente, la "Relación del Origen, Descendencia, Política y Gobierno de los Incas" de Fernando de Santillán (venido al Perú en 1550), constituye uno de los libros más interesantes sobre el incaato. En él se nos entrega una de las pocas interpretaciones críticas de las leyes y actos de los gobernantes quechuas, además de contener informes económico-sociales, como los referentes a la mita, la encomienda, las regalías, etc., referentes a la administración imperial.

c) José de Acosta, Santa Cruz Pachakuti Salkamaywa, Guamin Poma de Ayala, Garcilaso de la Vega y Fernando de Montesinos.— El jesuita José de Acosta (1540—1599), fue uno de los más esforzados defensores de las realizaciones debidas al incaato. Supo compenetrarse en la verdadera realidad de éstas y con una gran sagacidad y amplitud de miras compuso una obra en la que no encontramos las exageraciones ni las falsificaciones de que adolecen algunas crónicas de los misioneros españoles. Acosta cultivó una amistad valiosa con el famoso Blas Valera, de quien muy poco se sabe, a no ser que parece haber sido un guía espiritual, a través de su obra, de Garcilaso y de otros escritores importantes de la época. (1) Con Acosta escribió un "Catecismo de la Lengua Aymara". La obra fundamental de José de Acosta se intitula "Historia Natural y Moral de las Indias", (1590) de un elevado tono apologético y con preciosas referencias al Kolla-

(1) Según Antonio de León Pinelo, Valera fue el autor de la obra "De los indios del Perú sus costumbres y pacificación" y de acuerdo a los datos de Valentín Abocia Baldivieso nació en 1540, siendo hijo natural de un soldado español y de una india. Murió en España. La obra que se le atribuye "Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú", terminada en 1621, ha sido publicada en "Tres relaciones de antigüedades peruanas" (Madrid, 1879) de Jiménez de la Espada.

suyo. Su lectura es además, una de las más agradables por su vigor expresivo, su claridad y sencillez.

La famosa "Relación de Antigüedades desde Reyno del Perú", pertenece al indio converso Juan de Santa Cruz Pachacuti Salkamaywa, nacido en territorio alto peruano —en Santiago de Nanguaygu— más o menos hacia 1540, aunque no existen datos fidedignos sobre su vida y su muerte. Para nuestra literatura la relación de Pachacuti Salkamaywa es de profundo interés, ya que en ella hay innumerables ejemplos de la poesía incaica, especialmente de jallis dedicados a los dioses del imperio, así como otras referencias de los mitos del Tahuantinsuyo. Salkamaywa, al convertirse al catolicismo, renegó de sus antiguas creencias, pero ello no fue un obstáculo para que escribiera con indudable delectación sobre ellas. Su estilo es enrevesado por el poco dominio de la lengua, pero posee el don de interesar a sus lectores.

Pocos libros apasionan tanto como "La Nueva Crónica de Buen Gobierno", de Guamán Poma de Ayala, de quien se cree haya nacido en Guamanga, en el Alto Perú, en 1526, de ascendencia noble; posiblemente era nieto de curacas contrarios a los incas, por su enconado odio a éstos y su glorificación a las culturas patacaincas de que hace gala en su crónica, o *Coronica*, como él escribía. El manuscrito de su obra fue encontrado en la Biblioteca Real de Copenhague por Richard Pietsmann y fue publicado recién en 1936, en París. Literariamente carece de forma y está llena de errores provenientes de esa curiosa mezcla entre el quechua y el español. Lo más interesante son los dibujos que se encuentran en cada página, y que se cree fueron copiados por Guamán de algunos tapices o quizá de auténticas pinturas incaicas. Estas ilustraciones cumplen ampliamente con su cometido, ya que es evidente que Guamán Poma destinaba esa obra a los indígenas y especialmente a los españoles para que éstos se apiadaran de las tribulaciones de su raza. Precisamente lo que resalta en esa obra es el patético y desgarrador sentimiento de solidaridad para con los sufrimientos y desventuras de los indios oprimidos por la explotación de los españoles. La relación de Poma de Ayala es una de las más completas, puesto que abarca la historia del incario desde los orígenes del mundo, (1) haciendo conocer así una serie de mitos y fábulas interpretadas bajo el dogmatismo religioso católico, seguramente para no acarrear sobre sí los castigos de la inquisición. Para el historiador mo-

(1) Es posible que esas relaciones tengan origen ayмара.

demo contiene hallazgos inagotables, salvándose las contradicciones y anacronismos que reinan en ella.

Por sus valores literarios y su especial perspectiva histórica, los "Comentarios Reales" de Garcilaso de la Vega (1539-1616), merecen ser estudiados detenidamente por aquellos que se dedican a la dilucidación histórica de la cultura incaica. La amplia bibliografía sobre este escritor todavía no ha agotado el examen de todas sus aportaciones en este campo. En Garcilaso se reúnen dos concepciones casi antagónicas; el espíritu de sus escritos pertenece a su nota ascendente indígena, por la valorización que da al análisis de aquellos problemas relacionados con la historia y la cultura del Tahuantinsuyo, pero su formación intelectual es humanista y culterana. No en vano se lo considera como un precursor del sentimiento nacionalista literario, aunque en él se encuentran divergencias provenientes precisamente de su educación y de sus ancestros. A Garcilaso se lo puede considerar el primer humanista de raigambre americana, preocupado sobre todo por los grandes valores espirituales que el hombre construyó.

La educación de Garcilaso es la misma que recibieron en aquella época todos los intelectuales. Era un racionalista que se adhería al culterianismo existente, pero supo atenuar esto con un emotivo sentimentalismo casi ilógico por sus creencias religiosas. Por ello duda entre el sentimiento puro y el racionalismo intelectual. Precisamente de ahí parte esa "desgarradura" emocional e intelectual que se muestra en forma algo dramática en su obra. En ella la fusión patética entre dos razas, dos credos y sentimientos, se expresa de manera sustancial. Quizá por eso también es uno de los precursores de las modernas concepciones cíclicas de la historia, lo cual está atenuado por su estoicismo cristiano, elemento principal para combatir sus sentimientos raciales.

En cuanto a sus "Comentarios Reales", es asombroso cómo pudo acumular tantos recuerdos y datos, ya que los escribió mucha después de haber abandonado el Perú, donde vivió sólo hasta los veinte años. Si bien es cierto que cuando escribía aquéllos consultaba frecuentemente a viejas amistades de su patria, y posiblemente tuvo a mano algunas sugerencias de los escritores anteriores a su libro, como por ejemplo, la relación de Blas Valera, de quien se confiesa un ferviente admirador, todo ello no era suficiente para realizar una obra de tal magnitud. Hay que maravillarse ante esa memoria prodigiosa y ante los enormes méritos artísticos que se encuentran tanto en los "Comentarios", como en sus demás libros:

suyo. Su lectura es, además, una de las más agradables por su vigor expresivo, su claridad y sencillez.

La famosa 'Relación de Antigüedades desde Reyno del Perú', pertenece al indio converso Juan de Santa Cruz Pachacuti Salkamaywa, nacido en territorio altopernano —en Santiago de Nanguaygu— más o menos hacia 1540, aunque no existen datos fidedignos sobre su vida y su muerte. Para nuestra literatura la relación de Pachacuti Salkamaywa es de profundo interés, ya que en ella hay innumerables ejemplos de la poesía incaica, especialmente de jallis dedicados a los dioses del imperio, así como otras referencias de los mitos del Tahuantinsuyo. Salkamaywa, al convertirse al catolicismo, renegó de sus antiguas creencias, pero ello no fue un obstáculo para que escribiera con indudable delectación sobre ellas. Su estilo es enrevesado por el poco dominio de la lengua, pero posee el don de interesar a sus lectores.

Pocos libros apasionan tanto como 'La Nueva Crónica de Buen Gobierno', de Guamán Poma de Ayala, de quien se cree haya nacido en Guamanga, en el Alto Perú, en 1526, de ascendencia noble; posiblemente era nieto de curacas contrarios a los incas, por su enconado odio a éstos y su glorificación a las culturas preincaicas de que hace gala en su crónica, o Coronica, como él escribía. El manuscrito de su obra fue encontrado en la Biblioteca Real de Copenhague por Richard Pietsmann y fue publicado recién en 1936, en París. Literariamente carece de forma y está llena de errores provenientes de esa curiosa mezcla entre el quechua y el español. Lo más interesante son los dibujos que se encuentran en cada página, y que se cree fueron copiados por Guamán de algunos tapices o quizá de auténticas pinturas incaicas. Estas ilustraciones cumplen ampliamente con su cometido, ya que es evidente que Guamán Poma destinaba esa obra a los indígenas y especialmente a los españoles para que éstos se apiadaran de las tribulaciones de su raza. Precisamente lo que resalta en esa obra es el patente y desgarrador sentimiento de solidaridad para con los sufrimientos y desventuras de los indios oprimidos por la explotación de los españoles. La relación de Poma de Ayala es una de las más completas, puesto que abarca la historia del incario desde los orígenes del mundo, (1) haciendo conocer así una serie de mitos y fábulas interpretadas bajo el dogmatismo religioso católico, seguramente para no acarrear sobre sí los castigos de la inquisición. Para el historiador mo-

(1) Es posible que esas relaciones tengan origen aymara.

derno contiene hallazgos inagotables, salvándose las contradicciones y anacronismos que reinan en ella.

Por sus valores literarios y su especial perspectiva histórica, los "Comentarios Reales" de Garcilaso de la Vega (1539-1616), merecen ser estudiados detenidamente por aquellos que se dedican a la dilucidación histórica de la cultura incaica. La amplia bibliografía sobre este escritor todavía no ha agotado el examen de todas sus aportaciones en este campo. En Garcilaso se reúnen dos concepciones casi antagónicas: el espíritu de sus escritos pertenece a su neta ascendencia indígena, por la valorización que dá al análisis de aquellos problemas relacionados con la historia y la cultura del Tahuantinsuyo, pero su formación intelectual es humanista y culterana. No en vano se lo considera como un precursor del sentimiento nacionalista literario, aunque en él se encuentran divergencias provenientes precisamente de su educación y de sus ancestros. A Garcilaso se lo puede considerar el primer humanista de raigambre americana, preocupado sobre todo por los grandes valores espirituales que el hombre construyó.

La educación de Garcilaso es la misma que recibieron en aquella época todos los intelectuales. Era un racionalista que se adhería al culteranismo existente, pero supo atenuar esto con un emotivo sentimentalismo casi ilógico por sus creencias religiosas. Por ello duda entre el sentimiento puro y el racionalismo intelectual. Precisamente de ahí parte esa "desgarradura" emocional e intelectual que se muestra en forma algo dramática, en su obra. En ella la fusión patética entre dos razas, dos credos y sentimientos, se expresa de manera sustancial. Quizá por eso también es uno de los precursores de las modernas concepciones cíclicas de la historia, lo cual está atenuado por su estoicismo cristiano, elemento principal para combatir sus sentimientos raciales.

En cuanto a sus "Comentarios Reales", es asombroso cómo pudo acumular tantos recuerdos y datos, ya que los escribió mucho después de haber abandonado el Perú, donde vivió sólo hasta los veinte años. Si bien es cierto que cuando escribía aquéllos consultaba frecuentemente a viejas amistades de su patria, y posiblemente tuvo a mano algunas sugerencias de los escritores anteriores a su libro, como por ejemplo, la relación de Blas Valera, de quien se confiesa un ferviente admirador, todo ello no era suficiente para realizar una obra de tal magnitud. Hay que maravillarse ante esa memoria prodigiosa y ante los enormes méritos artísticos que se encuentran tanto en los "Comentarios", como en sus demás libros:

"La Florida del Inca", y la traducción de los "Diálogos de Amor", de León Hebreo.

Su historia está escrita con una prosa ligera, plena de una poesía ensoñativa, no exenta de una lógica que, sin embargo, deja de utilizar en la planificación total del libro, cosa evidente en el confuso ordenamiento de los capítulos y materias. Pese a ello, ahí mismo reside una de sus cualidades: la espontaneidad. Garcilaso escribe como si dejara que una corriente subterránea, largo tiempo detenida, se desbordara. Es sucederse de las relaciones, que son narradas con evidente placer, constituye un obstáculo para una síntesis expositiva. Hay también, a veces, una notoria ambigüedad conceptual, en lo que respecta al estilo: duda entre el culteranismo y la sencillez del lenguaje. Por encima de eso, no es exagerado considerar a los "Comentarios Reales" como uno de los primeros ensayos de novelización poética, realizado en base a elementos verídicos.⁽¹⁾

Al igual que Guamán Poma, Fernando de Montesinos (1602), es uno de los cronistas más discutidos por los investigadores de la literatura. Como Visitador de su Orden (la de los jesuitas), recorrió casi todo el territorio del virreynato, enterándose de todo lo relacionado con la historia y la cultura del Imperio incaico.

Como hubo logrado una gran ascendencia entre los nativos, dado su carácter, ya que lo temían y admiraban por igual, alcanzó a recolectar datos muy importantes; éstos fueron considerados largo tiempo como fantásticos, pero la moderna ciencia arqueológica y sociológica, así como los estudios históricos más recientes, han terminado por conceder una absoluta veracidad a lo que Montesinos expuso sobre el incario y las culturas precedentes. Entre las afirmaciones de Montesinos, de importancia para nosotros, están la de que los incas poseían un sistema de escritura. Muy pocas son las crónicas que superan a la de Montesinos en cualidades estilísticas. En su obra más conocida "Memorias Antiguas Historiales y Políticas del Perú" (1652), semuestra un profundo observador de la realidad, la cual es expresada con hábiles descripciones, en una de las prosas más ágiles, más vividas y plenas de claridad, emoción y belleza formal. Es también autor de una "Historia del Perú".

(1) En los últimos años la crítica histórica se ha mostrado más severa con la obra de Garcilaso, comprobándose que ha embellecido y desfigurado muchos sucesos del incario.

d) **La Poesía Quechua en este Período.**— Según el testimonio de Blas Valera, después de la conquista, algunos historiadores o amautas del incario —que se habían refugiado en montes inaccesibles con el resto de la familia real de Atahuallpa, una vez que lograron escapar de la furia de los soldados españoles—, prosiguieron escribiendo sus crónicas y produjeron varias obras de teatro referentes a esos sucesos. Ellas se han perdido. Pero es dable suponer que la literatura quechua en ese período debió de sufrir una especie de paralización, a no ser las contadas expresiones debidas a la lírica popular que, como es sabido, florece con fuerza y pasión en tales épocas de crisis; máxime si se considera que entonces se lucha más que nunca por preservar los valores creados en tiempos de paz, por mantener la fe de las masas, sobre todo.

Varias canciones folklóricas conservan aún esas supervivencias y tienen como lemas los sucesos ocurridos entonces. Son flores ya marchitas donde se expresa dolorosamente el sentimiento lírico quechua. El tono elegíaco, imperante en ellas, será la primordial característica de toda la poesía indígena. Pese a las "ingerencias" formales que se originan en la imposición mental, procedente del conquistador, mantiene todavía muy vivo el sentimiento autóctono. Estas formas tradicionales, al iniciar su metamorfosis estilística, es decir cuando comienza a actuar sobre ellas elementos nuevos y hasta disgregatorios, no dejan de patentizar muchos de los componentes que antes les alimentaban y servían de fundamentación ideológica; hecho comprobable en todos los cambios formales de la historia del arte. Se descubre cómo el sentido creador va sufriendo un proceso de búsquedas conceptuales tanto como proplamente artísticas que se encaminan a expresar nuevas realidades también. En la poesía quechua de la Colonia, se puede verificar todo eso a través de un análisis minucioso de sus componentes. El folklore andino, que tiene sus fuentes en esa época, evidencia de manera sobresaliente todo lo anteriormente afirmado.

3) **La Organización Social y Económica en la Colonia.**— **El Régimen Administrativo**

La colonización fue una vasta empresa organizativa de tipo económico y político, lograda por la fuerza y el empuje espiritual que la Iglesia dirigió. Gracias a ello el Imperialismo español logró asentarse por el oro de las Indias Occidentales, pero éste se constituyó en exclusivo beneficio de las potencias rivales más que de la misma España. Pero como eran de tal magnitud los caudales que

se recogían de las colonias y los nuevos descubrimientos metalíferos se sucedían día a día, la Corona se vio obligada a dedicar toda su atención a la explotación científica y sistemática de ellos, para lo cual era imprescindible implantar un régimen administrativo fuerte entre los pobladores de las tierras americanas, de manera especial en aquellas donde existían esos yacimientos.

Allí la agricultura, que hasta entonces había sido el primordial sustento económico de esos pueblos, tuvo que sufrir un lento retroceso debido a la prioridad dada a la minería (1). Muy pronto surgieron en los centros o campamentos mineros las primeras ciudades y villas, e inmediatamente una larga caravana de agentes administrativos y de empresarios se establecieron en aquellos poblados. Los españoles que vivían en esos centros se dividieron en dos clases: los poseedores de minas y los que no la tenían. Como lógica consecuencia surgieron las primeras disensiones entre éstos y aquéllos, iniciándose así las famosas guerras civiles, en las cuales la Corona se vio en la necesidad de intervenir, para salvaguardar sus propias ganancias.

Los dueños de las minas, en su generalidad encomenderos también, y los jefes administrativos de la Corona, formaron pronto una alianza de la que nació una especie de oligarquía. El proceso material de las colonias, desarrollado a través del comercio y de la explotación minera, produjo un cambio socio-cultural que adquirió ciertas características propias. La lenta separación de clases y castas, —que hasta después de la conquista sólo se concretaba a la diferenciación de conquistadores y conquistados—, originó también algunos fermentos y choques entre ellas, pero nunca se contempló la suerte de los que habían sido reducidos a la última escala social, es decir a los indígenas que se encargaban de los trabajos forzados en las minas.

La administración colonial respondía en todo el principio del absolutismo y estaba sustentada por la teoría del Derecho Divino. El Rey era una sola cosa con la existencia de la nación sobre la cual reinaba. Ese mismo derecho era la base ideológico-política del Imperialismo español. Pero, más que eso, eran los intereses de las clases gobernantes las que dirigían la política económica del Estado. La nobleza española y los intereses internacionales, sobre todo la banca alemana e italiana, fueron los que lograron una real utilidad de las riquezas extraídas de América.

(1) Sin embargo hay que anotar que en tiempos del Incario existía una explotación intensiva de las minas de oro y plata.

El régimen administrativo colonial se lo ejercía a través de la creación de un organismo supremo encargado de las relaciones con América: el Consejo de Indias, creado en 1511, que controlaba todas las actividades jurídicas, religiosas y económicas. Era tal su poder que incluso podía suspender y no hacer efectivas las ordenanzas reales y hasta las bulas papales siempre que considerara su inaplicabilidad en las colonias. Este Consejo reglamentaba también las relaciones sociales impuestas desde el primer instante de la conquista. La diferenciación social, por ejemplo, era algo que estaba por encima de las leyes y las reglamentaciones jurídicas, las cuales habían terminado por sentar el reconocimiento de la igualdad legal de indios, mestizos y criollos, considerados ante todo como súbditos del Rey. Pero en la práctica no sucedía lo mismo. Todos los cargos administrativos eran regentados solamente por los españoles o por los descendientes de los conquistadores y de los encomenderos. El indio era considerado como un "menor" que la ley del monarca protegía.

En cuanto a los mestizos, llegaron a tener ciertas prerrogativas por la importancia económica alcanzada o por los méritos extraordinarios prestados a la Corona. Esta clase fue la que se convirtió en terrateniente, e iba a ser la principal sostenedora de la lucha por la Independencia después. Su mayoría, en número y en grado de riquezas fueron factores para que poco a poco se convirtiera en la clase que dio un decisivo empuje a todas las actividades, desde la industria a la artesanía. Con la creciente crisis económica española del siglo XVIII, nacida de las guerras emprendidas, y a consecuencia del contrabando y los mismos desmanes producidos por los bucaneros y piratas, se tuvo que acordar la concesión de cargos a esta clase. Así, pues, los criollos enriquecidos podían comprar ciertos cargos, menos —naturalmente— los de justicia.

Aparte de la máxima autoridad colonial, el Virrey, el Consejo de Indias podía también nombrar a los Visitadores investidos de amplios poderes para remover autoridades y modificar impuestos. El clero poseía una importancia fundamental en toda la vida colonial. Su influencia era tanta o más que la del Virrey y de los administradores de justicia. Hay que tener en cuenta que estaba concedido cobrar tributos de las rentas fiscales, para explicarse que esa influencia llegara a tanto, máxime si se habían constituido en los únicos sostenedores del orden cultural. Si a esos diezmos y primicias, se agregaban las continuas donaciones territoriales y los tributos particulares de que eran objeto, se compren-

de las realizaciones y el poderío que lograron, por ejemplo, las misiones jesuitas.

La diferenciación social y el especial régimen administrativo fueron dando una fisonomía propia a cada ciudad o villa. Tal el caso de Charcas, fundada con la intención de que constituyera un bastión para contener los avances de las tribus salvajes del Chaco. Más tarde, debido a su proximidad con Porco y Potosí, fue la residencia de los mineros enriquecidos en esas dos ciudades. Estos antecedentes dieron lugar a la creación de la famosa "Real Audiencia de Charcas", que originaría a su vez, al establecimiento de las autoridades administrativas y jurídicas del Alto Perú. Así, pues, se fueron diferenciando las clases sociales: Los mineros y terratenientes españoles formaron la casta gobernante y privilegiada que vivía del trabajo de los mestizos e indios; los mestizos, como artesanos, y los indios como agricultores, mineros y sirvientes, sustentaban toda la economía de la colonia. Por eso se puede afirmar que los españoles que realmente trabajan eran aquellos que, no poseyendo propiedades o minas, se dedicaban a los cargos administrativos.

Los órganos administrativos más importantes eran las famosas Audiencias, tribunales de justicia y órganos de administración política. Allí donde existían gobernaciones, capitánías y virreynatos, las audiencias cumplían únicamente sus funciones jurídicas. Pero en ciertos casos sus poderes rebasaban esos marcos, obteniendo una autonomía excepcional. En orden jerárquico le seguían los Corregimientos (cargos obtenidos por compra) y las Intendencias, etc. Si las leyes referentes a la administración colonial española y a la atribución de los funcionarios, eran más o menos justas y bien meditadas, respondiendo a una implantación idealmente justiciera dentro del marco de la explotación imperia- lista de la Corona, en la práctica muy pocas veces se pusieron en plena vigencia, pese a la labor administrativa de uno que otro funcionario honrado.

4) La Labor Cultural de la Iglesia

En los primeros años de la Colonia, toda labor cultural fue subordinada a las exigencias de la reglamentación administrativa y económica por parte de la Corona española. Pero, a medida que las ciudades se iban poblando y las riquezas dejaban algunas utilidades entre los que las explotaban, se formó lentamente la organización civil, ornamental y educativa de los centros que, al nacer, habían sido poco menos que campamentos mineros.

La educación estuvo dirigida hacia las clases altas coloniales. Aparte de la labor desplegada por la Iglesia para integrar a los indígenas dentro de los beneficios que traía la cultura importada de Europa, los misioneros y sacerdotes españoles se esforzaron en primer término por armonizar algunos esenciales valores con los que se trataba de imponer a través de las enseñanzas del catolicismo. Esa pedagogía conciliatoria pronto daría sus primeros frutos en aquellas manifestaciones híbridas debidas al sentimiento indígena y al formalismo europeo. Al lado de aquéllas la literatura y la creación artística de los españoles es considerable.

Los misioneros españoles, comprendiendo la emotiva sensibilidad indígena para todo aquello relacionado con la creación artística, se preocuparon por conciliar los valores culturales proclamados por éstos y los que ellos introdujeron en la mentalidad mestiza. Así sus mayores esfuerzos estuvieron dirigidos hacia la producción plástica. Para ello muchas veces tuvieron que hacer concesiones relacionadas con una no muy fuerte ingerencia de los dogmas religiosos.

Los colegios y fundaciones dedicadas a la enseñanza, que esos misioneros organizaron, pronto se esparcieron por todo el territorio del Alto Perú. Ellos fueron verdaderos centros rectoros de la producción cultural y, como es natural, de allí provienen también las más importantes obras literarias e histórico-pedagógicas debidas a las diversas órdenes. Entre las que más sobresalieron por la tarea realizada fueron las de los jesuitas y los franciscanos, aunque la de los agustinos no quedó atrás en la labor positiva dentro del marco educativo.

a) La Literatura Conventual.— Los conventos y misiones de los jesuitas, franciscanos y agustinos fueron los centros propagadores de cultura en el Alto Perú. Allí nacieron las primeras crónicas, ya examinadas. Las que continuaron escribiéndose tienen ya, si comparado de aquéllas, características que las hacen diferentes. En éstas predomina un sentido más limitado, porque son más bien disertaciones místico-teológicas e informes de tipo jurídico y fundamentación dogmática que estaban destinados a un selecto grupo de eruditos. Fuera de ellos realmente asombrosa la cantidad de obras dedicadas a la propagación de la fe y a la enseñanza idiomática. Los catecismos y las gramáticas escritas entonces pueden llenar varias bibliotecas, al igual que los sermones y las vidas ejemplares de santos.

En esos libros hay que encontrar ciertos fundamentos ideológicos que constituyen las bases de la estructura mental de la colonia y que ha a pervivir por mucho tiempo; puesto que tales obras se las dirigía especialmente a los criollos y mestizos, así como también a los mismos indígenas. La influencia ejercida en la mentalidad indígena se la puede comprobar al hacer una valorización crítica, por ejemplo, de las obras de Garcilazo, Guamán Poma, Santa Cruz Pachacuti y otros cronistas nativos.

La obra que caracteriza a estas producciones es la perteneciente al cronista oficial de la orden de los agustinos: fray Antonio de la Calancha (1548-1654), nacido en La Plata. En su "Crónica moralizadora del Orden de San Agustín en el Perú" (1638), demostró ser un excelente observador y un gran conocedor de las lenguas nativas, pero era demasiado crédulo y parcializado. Predominan ahí las desordenadas disertaciones e infinidad de cansadoras glosas sobre la historia universal, la teología, la geografía y los sucesos milagrosos. Cuando abandonaba su prosa gongorina, tenía muchos aciertos estilísticos. Pero siempre existen en ella giros extravagantes, imágenes rebuscadas e ingenuidades conceptuales increíbles. Posee ese libro, sin embargo, magníficas descripciones de la geografía, la historia y el carácter de los habitantes del Alto Perú de aquellas épocas.

Más que por su valor literario, la obra de fray Bernardino de Cárdenas (1580-1668), que llegó a ser Obispo del Paraguay, interesa como ilustrativa de la mentalidad conventual y por datos concernientes a las famosas luchas habidas entre los jesuitas y los franciscanos, que culminaron más de un siglo después con la expulsión de los primeros. Su labor misionera fue amplia y fecunda, pero no así su intervención política en esas luchas. La principal obra de este sacerdote es un interesante "Memorial y relación verdadera para el Rey N.S. y su Real Consejo de las Indias de las cosas del Reyno del Perú, muy importante a su real servicio y conciencia" (1634).

La mención de las crónicas conventuales, realizadas en ese tiempo, sería demasiado morosa y no interesa mayormente a las directivas de este ensayo. Igualmente sucede con las gramáticas, catecismos, sermones, vidas de santos, disertaciones teológicas, etc., que se escribieron en el Alto Perú (1). Pero es necesario nom-

(1) Sin embargo mencionaremos como de importancia las obras de Bernabé Cobo "Historia del Nuevo Mundo" que contiene datos arqueológicos, etnográficos e históricos de imprescindible consulta; de fray Reginaldo de Lizárra-

brar las más importantes obras sobre filología pertenecientes a Domingo de Santo Tomás, Obispo de La Plata, autor de una "Gramática o Arte de la lengua general de los Indios y de los Reinos del Perú" (1560), y las muy significativas de Ludovico Bertonio uno de los más grandes lingüistas de su tiempo, que escribió innumerables tratados al respecto, entre ellos los que se destacan son su "Arte Breve de la Lengua Aimara" (1603) y el "Confesionario muy copioso en dos lenguas, aimara y española". El estudio de las lenguas de las tribus vecinas al Chaco y al Paraguay tiene también muchas apreciaciones de valía, como ser las obras de Pedro Marban, Ignacio Chome, Ruiz de Montoya, etc.⁽²⁾

b) **Los Jesuitas y su influencia Cultural.**— Muchas de las noticias vertidas en los libros antes mencionados, eran el producto natural de los dogmas dogmáticos y éticos provenientes de la educación medieval de sus autores, aparte del deseo de no contradecir las directivas del Santo Oficio, establecido en Lima desde 1569, el que se encargaba de la censura de todo escrito o informe salido de manos de los sacerdotes y de cualquier funcionario de la Corona. Los castigos impuestos a los que habían contradecido los dogmas o que trataban de realizar exámenes no autorizados de las cuestiones teológicas, podían ser desde la pérdida de los cargos, oficios y dignidades, hasta la confiscación de los bienes y la muerte en la hoguera.

Pese a ello, gracias a los jesuitas principalmente, las clases altas lograron adquirir una cultura de ascendencia humanista, más racional y libre que la impartida de acuerdo con la reglamentación gubernamental. En cuanto a la literatura propiamente dicha, por obra de ellos es que se alcanza en América esa transición, evolutiva del estilo conceptualista barroco hacia el neoclasicismo. Lo cual trajo como consecuencia la introducción y el conoci-

ga (1545—1615) "Descripción Breve de toda la tierra del Perú"; de Alonso Ramos Gavilán "Historia del célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacabana" (1621); de Anello Oliva "Vida de varones ilustres de la Compañía de Jesús" (1631) con referencias sobre la conquista.

(2) Ya al final del período colonial y a principios de la era republicana, escribieron sus obras dos importantes cronistas de la Orden de San Francisco en Terüja, el padre Antonio Comajuncosa (1749—1814), autor de un "Manifiesto Histórico", publicado en la historia del Colegio franciscano del padre Alejandro Corrado; al lado de la obra de Comajuncosa hay que mencionar también las monografías del padre Manuel Mingo, contemporáneo del anterior, de suma utilidad para los eruditos.

to de algunas obras que más tarde ejercieron un influjo decisivo en la mentalidad de los criollos que llevarían a cabo la Emancipación. A los jesuitas se debe ese espíritu enciclopédico y, se puede decir, democrático, referente a la educación. Pero quizá lo más importante que realizaron fue capacitar a los mestizos en las tareas organizativas nacionales, mediante el ejemplo de sus Misiones, puesto que la Orden era una especie de logia cultural, política y económica.

La difusión de las ideas científicas y filosóficas de la Ilustración, fue debida en gran parte a ellos. Todo ello redundó en el mayor prestigio de la misma iglesia y, sobre todo, en la preeminencia cultural y económica que tuvieron los Jesuitas. Basta comprender el desarrollo a que habían llegado sus misiones en el Paraguaray y en los departamentos de Santa Cruz y el Beni, en nuestra patria, por ejemplo, y parte de aquellas organizadas en la Argentina, para darse una idea de las vastas tareas emprendidas por esa Orden, origen de su expulsión de América por orden expresa de la Corona española. Desde entonces se puede afirmar que las labores pedagógicas, culturales y económicas decayeron en detrimento del propio progreso de estas colonias.

c) Los Historiadores y Juristas.— Aunque el examen de las crónicas debidas a los juristas de aquella época no es materia estrictamente literaria, vamos a mencionar sus principales características, puesto que en esos informes encontramos muchos de los factores constitutivos de la mentalidad heredada por las clases criollas que iban a hacerse cargo de la dirección cultural de las naciones formadas después de la guerra de la Independencia americana.

Como ya se ha mencionado, esos informes los realizaban los funcionarios de la Corona y versaban sobre la economía, los principales sucesos políticos y todo lo relacionado con la administración de la vida colonial. En su mayoría eran debidos a los jurisconsultos de Charcas. Ellos irían a dar nacimiento a todo ese contingente burocrático del cual se formó la aristocracia doctoral, dedicada en su mayor parte a la especulación "legalista" referente al sentido que era necesario dar al poderío naciente de la burguesía minera altoperuana. Las disertaciones bizantinas de las leyes que no contemplaban ya la realidad social y moral de los mestizos e indígenas explotados, así como la supervivencia de una mentalidad feudal y retardataria, son los claros antecedentes de ese espíritu temeroso por todo aquello nuevo relativo a cualquier cambio histórico, sustento del pensamiento burgués estático que sólo vive complacido en la quietud del pasado.

La ley abstracta rígida, la reglamentación formalista de todos los actos de la vida y la moralidad gazmoña, cerrada y llena de temores pseudomísticos, contribuyeron a que las leyes implantadas por estos juristas cercioraran de una elemental vitalidad que las capacitara para ser materia viva que tenía que compulsar realidades ineludibles y en continuo desarrollo; los criterios con que fueron creadas respondían a una ideal perfección, pero confrontadas con la realidad eran letra muerta, al igual que los mismos conceptos morales y sociales de aquéllos que debían aplicarlas. Esos togados, oidores y letrados, fueron los que, junto con los eclesiásticos, catedráticos, mineros enriquecidos, jefes administrativos y militares, dieron vida a las ciudades del Alto Perú, constituyendo las clases dirigentes que se alzaban en la escala social por encima de la gran masa de mestizos, artesanos e indios.

Todo ese espíritu retrógrado ya fue, sin embargo, criticado por algunos honestos juristas, que supieron hacerse eco de los sentimientos pertenecientes a las clases explotadas y que, con una previsora noción del futuro, se encargaron de redactar algunos informes a la Corona para denunciar ese estado de cosas. Tal el caso del Arzobispo de La Plata: fray Gaspar de Villarreal, notable autor de "Gobierno Eclesiástico Pacífico y Unión de los dos Cuchillos Pontificio y Regio" (1567), escrito en un tono crítico racionalista destinado a denunciar los excesos clericales y la organización colonial.

Posteriormente a Villarreal la obra de Victoriano de Villalva llama la atención precisamente por su espíritu reivindicacionista, propio de una sensibilidad aguda para comprender las realidades y problemas de urgente solución, encaminadas a evitar futuros convulsionamientos de las estructuras económicas y sociales de las colonias, donde más patente se hacía una inhumana explotación de los indios. Villalva es autor de un famoso "Discurso sobre la Mita de Potosí" (1797). En él hace un severo estudio de los aspectos jurídicos que sustentaban esa institución del trabajo colectivo e impositivo para los indígenas, desde el punto de vista del problema humano que implicaba. Pero lo principal de su obra son sus "Apuntes para la Reforma de España". En ella proponía inteligentes medidas revisionistas económico-políticas para transformar la vida social de la Colonia, fundamentándolas con la advertencia de que tales cambios propugnados no traerían ningún perjuicio para "el gobierno monárquico" ni para la misma religión. Las principales bases de Villalva eran las de dejar elegir al pueblo sus representantes administrativos y también ante el gobierno central español, los cuales estarían encargados de crear y cobrar los impuestos, a la vez que

to de algunas obras que más tarde ejercieron un influjo decisivo en la mentalidad de los criollos que llevarían a cabo la Emancipación. A los jesuitas se debe ese espíritu enciclopédico y, se puede decir, democrático, referente a la educación. Pero quizá lo más importante que realizaron fue capacitar a los mestizos en las tareas organizativas nacionales, mediante el ejemplo de sus Misiones, puesto que la Orden era una especie de logia cultural, política y económica.

La difusión de las ideas científicas y filosóficas de la Ilustración, fue debida en gran parte a ellos. Todo ello redundó en el mayor prestigio de la misma iglesia y, sobre todo, en la preeminencia cultural y económica que tuvieron los Jesuitas. Basta comprender el desarrollo a que habían llegado sus misiones en el Paraguay y en los departamentos de Santa Cruz y el Beni, en nuestra patria, por ejemplo, y parte de aquellas organizadas en la Argentina, para darse una idea de las vastas tareas emprendidas por esa Orden, origen de su expulsión de América por orden expresa de la Corona española. Desde entonces se puede afirmar que las labores pedagógicas, culturales y económicas decayeron en detrimento del propio progreso de estas colonias.

c) Los Historiadores y Juristas.— Aunque el examen de las crónicas debidas a los juristas de aquella época no es materia estrictamente literaria, vamos a mencionar sus principales características, puesto que en esos informes encontramos muchos de los factores constitutivos de la mentalidad heredada por las clases criollas que iban a hacerse cargo de la dirección cultural de las naciones formadas después de la guerra de la Independencia americana.

Como ya se ha mencionado, esos informes los realizaban los funcionarios de la Corona y versaban sobre la economía, los principales sucesos políticos y todo lo relacionado con la administración de la vida colonial. En su mayoría eran debidos a los jurisconsultos de Charcas. Ellos irían a dar nacimiento a todo ese contingente burocrático del cual se formó la aristocracia doctoral, dedicada en su mayor parte a la especulación "legalista" referente al sentido que era necesario dar al poderío naciente de la burguesía minera altoperuana. Las disertaciones bizantinas de las leyes que no contemplaban ya la realidad social y moral de los mestizos e indígenas explotados, así como la supervivencia de una mentalidad feudal y retardataria, son los claros antecedentes de ese espíritu temeroso por todo aquello nuevo relativo a cualquier cambio histórico, sustento del pensamiento burgués estático que sólo vive complacido en la quietud del pasado.

La ley abstracta rígida, la reglamentación formalista de todos los actos de la vida y la moralidad gazoniana, cerrada y llena de temores pseudomísticos, contribuyeron a que las leyes implantadas por estos juristas carecieran de una elemental vitalidad que las capacitara para ser materia viva que tenía que compulsar realidades ineludibles y en continuo desarrollo; los criterios con que fueron creadas respondían a una ideal perfección, pero confrontadas con la realidad eran letra muerta, al igual que los mismos conceptos morales y sociales de aquéllos que debían aplicarlas. Esos togados, oidores y letrados, fueron los que, junto con los eclesiásticos, catedráticos, mineros enriquecidos, jefes administrativos y militares, dieron vida a las ciudades del Alto Perú, constituyendo las clases dirigentes que se alzaron en la escala social por encima de la gran masa de mestizos, artesanos e indios.

Todo ese espíritu retrógrado ya fue, sin embargo, criticado por algunos honestos juristas, que supieron hacerse eco de los sentimientos pertenecientes a las clases explotadas y que, con una previsora noción del futuro se encargaron de redactar algunos informes a la Corona para denunciar ese estado de cosas. Tal el caso del Arzobispo de La Plata, fray Gaspar de Villarreal, notable autor de "Gobierno Eclesiástico Pacífico y Unión de los dos Cuchillos Pontificio y Regio" (1567), escrito en un tono crítico racionalista destinado a denunciar los excesos clericales y la organización colonial.

Posteriormente a Villarreal la obra de Victoriano de Villalva llama la atención precisamente por su espíritu reivindicacionista, propio de una sensibilidad aguda para comprender las realidades y problemas de urgente solución, encaminadas a evitar futuros convulsionamientos de las estructuras económicas y sociales de las colonias, donde más patente se hacía una inhumana explotación de los indios. Villalva es autor de un famoso "Discurso sobre la Mina de Potosí" (1797). En él hace un severo estudio de los aspectos jurídicos que sustentaban esa institución del trabajo colectivo e impositivo para los indígenas, desde el punto de vista del problema humano que implicaba. Pero lo principal de su obra son sus "Apuntes para la Reforma de España". En ella proponía inteligentes medidas revisionistas económico-políticas para transformar la vida social de la Colonia, fundamentándolas con la advertencia de que tales cambios propugnados no traerían ningún perjuicio para "el gobierno monárquico" ni para la misma religión. Las principales bases de Villalva eran las de dejar elegir al pueblo sus representantes administrativos y también ante el gobierno central español, los cuales estarían encargados de crear y cobrar los impuestos, a la vez que

de dictar leyes justas. La influencia de la obra de Villalva se puede comprobar de manera patente en la de los precursores de la Independencia que estudiaron en Charcas, como Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo y otros.

Al lado de la labor desplegada por los juristas, la que realizaron los cronistas e historiadores no carece de importancia, aunque hoy en día no poseamos muchos testimonios sobre ella. En esos estudios prevalece un estilo retórico, frondoso y verbalista que sólo puede interesar a los eruditos. Pero también existen algunas crónicas en donde están registrados los acontecimientos sobresalientes del desarrollo cultural y económico que no descuidaban, además, una cierta interpretación de esos hechos. Pero esto desde la perspectiva debida a la educación semifeudal. Por ejemplo, abundan las páginas referentes a nimios detalles de la vida de las ciudades, sobre las leyendas religiosas, consejas y creencias populares, que sólo importan para analizar la mentalidad colonial.

En toda alguna el principal historiador de esa época es Bartolomé Arzanz de Orsúa y Vela (1668-1736), profesor potosino que se dedicó a la recopilación de importantes datos para componer su vasta "Historia de la Villa Imperial del Potosí, Riquezas de su incomparable Cerro, Grandezas de su magnánima población. Sus guerras civiles y casos memorables", la cual comienza en el año de 1545, es decir, desde la fundación de Potosí. Se expresa en sus páginas, con delectación, ese providencialismo místico del siglo XVII; Arzanz de Orsúa y Vela escribe en un tono culterano, enrevesado, pero posee grandes dotes descriptivas y en algunos momentos alcanza algunas bellezas de forma que son raras en su tiempo.

a) La Literatura Indígena Colonial.— Conjuntamente con las poesías y dramas quechuas, realizadas bajo la dirección de los sacerdotes por los indígenas, éstos siguieron creando jaillis, arawis y wankas en su propio idioma. En esas poesías está patente un contenido social que se ha convertido en una exacerbada expresión del dolor, a la vez que con elevados tonos elegíacos cantan los sufrimientos individuales, generalmente bajo la manifestación de los temas amorosos. La inhumana explotación en las minas de los grandes contingentes de mitayos y la ninguna justicia de las leyes para con ellos, hicieron al quechua y al aymara seres desconfiados y derrotistas, encerrados en sí mismos y en sus penas. La poesía era la única salida emocional por medio de la cual podían comunicarse con el resto de sus hermanos. Por eso, el sentimiento subjetivo profundo está trascendido en esas producciones por esa comunión realizada a través de las desgracias colectivas.

La forma en que esos temas son tratados nunca rebasa los marcos de un patetismo espontáneo, hondamente sentido, aunque a veces se torna morboso y dramático, como en el famoso "Manchay Puito", sin lugar a dudas uno de los poemas más bellos que fueron escritos en aquella época. El amor vencido por la adversidad es expresado como un canto doliente de toda la raza, en imágenes únicas por sus hallazgos conceptuales y estilísticos. La desolación y la soledad del hombre ante la tierra muda, su esencial desamparo ante la muerte, son los dos temas expuestos con una fuerza y una plasticidad pocas veces lograda en la poesía americana. La angustia es también un elemento preponderante del poema y tiene una valorización que la emparenta con la moderna poesía existencial, porque trasciende lo puramente anecdótico y nos entrega un concepto sobre el hombre y la muerte.

En cuanto al teatro escrito por los quechuas, es la forma en donde más notoria se hace la imposición de cánones artísticos e imperencias en el mismo contenido. Posee a ello, conservan mucho de su originalidad tanto en lo formal como en la exposición típicamente indígena de la realidad. Poseemos testimonios de crédito que afirman la existencia de un teatro indígena colonial, pero sólo se conservan dos dramas en su transcripción al castellano: "Atahuallpa" y "Uska Páucar". Sobre el primero, que dramatiza la muerte del Inca Atahuallpa, se cree que haya sido escrito al poco tiempo de ese suceso, pero es más probable que tenga su origen en la Colonia; es una de las últimas muestras del teatro histórico quechua. El "Uska Páucar" proviene sin duda de los últimos tiempos del incario. Fue refundido por los misioneros bajo las formas de los autos sacramentales, sin que por ello pudieran quitarle su esencia indígena. Después de esta etapa, el genio artístico de la raza pudo evidenciarse plenamente sólo en la lírica.

5) El Arte Colonial.— Las Influencias Europeas: El Barroco

Es sabido que el humanismo renacentista español tiene un sello peculiar conformado por la supervivencia de las formas artísticas feudales, a la vez que un contenido idealista acentuado por el patetismo místico. El gusto conceptual por lo que de allí se deriva, lo sobrenatural que encierra el morboso sentimiento religioso de lo extraordinario y lo irracional, son las principales características del arte de ese tiempo, que fue traído a América para encontrar un terreno propicio en lo que se refiere a la valorización emoti-

va y dramática, a la vez que llena de ingenuidad, de las formas plásticas. El barroco español en las colonias americanas, de manera especial en el Alto Perú, amplía aún más un realismo artificioso y casi mágico, por el ámbito espiritual que domina en él. La Escultura, por ejemplo, se torna en una inacabada metamorfosis del adorno barroco que es realizada, pero, con un sentido más rudo y primitivo, más espontáneo, ya que la mayoría de las producciones fueron elaboradas por artífices indígenas y mestizos.

Las supervivencias de la mentalidad feudal, en plena etapa racionalista, el dualismo español: su ir y venir entre lo místico y lo real, se expresan a través del sentimiento mestizo en una ingenua aprehensión de la realidad. Por eso es que la arquitectura, la pintura y la escultura coloniales muestran una cierta ambigüedad que evidencia esa dicotomía estilística que todavía no ha logrado devenir en una creación original. Ahí hay que encontrar una secreta venganza psicológica de los indígenas contra la imposición cultural que jamás fue aceptada, sino es a través de lo puramente exterior. Muchas veces existe algo de caricaturesco en esas producciones.

Pero también se muestra, con una belleza sin par, esa enfermedad ensoñación mestiza y la indudable capacidad creativa, la fantasmagórica e ingenua manera de concebir el fenómeno artístico, en las portadas de los templos especialmente. El panteísmo animista del indio encontró en el barroco un molde formal ideal para manifestar sus nociones mágicas sobre lo exterior que se encuentran en contradicción con el conceptualismo español. Esa extravagancia estilística en la pintura se atenúa y se vuelve una candorosa representación de creencias sobrenaturales, no siempre logradas con la maestría debida. Lo patente en esas obras, tanto como en la música creada por los mestizos, es una acentuación de los sentimientos colectivos y una idealización de las creencias debidas a la cultura española. En Bolivia, el proceso artístico iniciado en la Colonia, que se encaminaba al logro lento de una originalidad buscada por medio de una síntesis conceptiva de las formas españolas y el sentimiento autóctono, no pudo definirse debido a las circunstancias históricas, económicas y sociales que se produjeron más tarde.

e) **La Poesía y el Teatro Español Coloniales.**— Los dos grandes estilos de la poesía española del siglo de Oro: el culteranismo y el conceptismo, tuvieron algunos representantes en el Alto Perú. El rebuscamiento de las metáforas, las exquisiteces de la forma y esa como obscuridad premeditada y el misticismo conceptual, son los elementos que predominan en las obras poéticas y teatrales que

realizaron algunos españoles que vivían en Potosí, generalmente. Fueron innumerables las poesías que esos españoles emigrados producían, especialmente en las diversas y muchas ocasiones en que se festejaban acontecimientos sociales e históricos; pero muy pocas son las que se pueden considerar como originales y valiosos en términos artísticos.

El único creador que merece una revalorización, hasta ahora no hecha, fue Luis de Rivera, nacido en Sevilla. Aparte de ello, no poseemos datos sobre su nacimiento y muerte, pero se cree que murió en Potosí a principios del siglo XVII. Su obra: "Sagradas Poesías", publicada en España, en 1612, demuestra indudables méritos literarios. Rivera es por sentimiento un seguidor de la poesía mística española, pero en cuanto a lo formal escribe bajo los cánones del conceptismo barroco. Se le deben algunos sonetos de una fuerza emotiva muy grande y de un cabal sentido estético.

Referente al teatro, la obra más valiosa es la perteneciente al religioso Diego de Ocaña. Su auto sacramental dedicado a los milagros de la Virgen de Copacabana, tiene aciertos expresivos y poéticos oscurecidos por la intrusión de elementos gongorinos mal utilizados y que, sobre todo, desmerecen la concepción general del drama.

(5) La Universidad de San Francisco Javier

Fundada en 1624, ha tenido un papel preponderante en la cultura no sólo del Alto Perú sino en todo el Virreynato, y de manera especial entre las clases criollas y mestizas que, por su posición económica, ya habían comenzado a ejercer cierta influencia en la vida colonial. Si bien es cierto que la base de sus enseñanzas la constituía una académica supervivencia del dogmatismo feudal, que no tenía ninguna relación con la vida de aquel entonces, también existían ciertas libertades en cuanto al aprendizaje retórico de principios filosóficos que, más tarde, se iban a convertir en los fundamentos de la emancipación política americana.

La cultura francesa y la influencia de las ideas filosóficas de la Ilustración, (1) comenzaron a hacer sentir su influjo dentro de las

(1) La Ilustración como movimiento filosófico ideológico expresó sus postulados en las obras de los famosos enciclopedistas del siglo XVIII: Diderot, D'Alembert, Helvetius, D'Holbach, que combatieron el dogmatismo religioso, las instituciones tradicionales, dando preeminencia absoluta en el pensamiento a la Razón y la lógica.

propias enseñanzas impartidas en la Universidad, en lo que se refiere a un examen de las doctrinas tomistas de la escolástica por parte de algunos estudiosos; de manera especial se criticó abiertamente las ideas provenientes del Derecho Divino, en un plano meramente especulativo; pero esto ya implicaba una actitud firme tendiente a la aceptación de aquellas ideas con respecto a la política absolutista de España. Pese a las prohibiciones aduaneras sobre los libros, algunos personeros administrativos lograron conocer los planteamientos ideológicos de la Ilustración; sucedía lo mismo con ciertos prelados que poseían bibliotecas privadas, donde eran comunes muchas obras de materias científicas y económicas que desarrollaban esas premisas y que tuvieron gran aceptación entre las clases universitarias, aunque preciso es decir que ellas no originaron una actitud de crítica revolucionaria y se concretaron a un cierto cambio en la mentalidad que, después, iba a traducirse en el pedido de algunas reformas educacionales.

En esa tarea, los que más se destacaron fueron algunos prelados que, como Moxó y Francolí, Obispo de Chuquisaca, habían propiciado esos cambios, sin que por ello tocaran las bases sustentadoras de la política colonial española. Matías Terrazas, canónigo de Charcas, hizo conocer muchas de las obras de los maestros de la Ilustración y de los economistas ingleses a los jóvenes doctores charqueños que supieron aprovechar muy bien las lecciones que se desprendían de los filósofos europeos. Así, los trabajos más notables, realizados bajo ese influjo, fueron los debidos a Mariano Moreno, en sus estudios económicos sobre la minería altoperuana.⁽¹⁾ Por aquella época se hicieron las primeras traducciones de libros europeos que tenían como tema la discusión de principios jurídicos, filosóficos y científicos conocidos entre la minoría de los intelectuales burgueses criollos. En ello hay que ver la influencia ejercida por las ideas políticas del tomismo jesuita que presentaban una nueva ordenación de la vida religiosa y moral. Pero en la misma Universidad persistía aún la enseñanza de la escolástica, que tan fuertemente marcó la mentalidad de los doctores, cosa que se advierte en aquellas especulaciones pedantes e interminables sobre aspectos relacionados con el Derecho.

(1) El estudio de Moreno se intituló "Disertación sobre el servicio de los indios en general y sobre el particular de los yanaconas y mitayos", y al igual que la "Guía de la Provincia de Potosí" del maquilavello paraguayo Pedro Vicente Caffete y Domínguez denuncia la inhumana explotación de los indígenas en las minas.

A principios del siglo XIX, las enseñanzas impartidas en las aulas de la Universidad ya no estaban en concordancia con el pensamiento de los nuevos doctores charquenses, representantes de una naciente burguesía criolla que anhelaba una mayor libertad cultural y política para América. El impacto producido en sus mentes por las revoluciones norteamericana y francesa fue de un orden irreversible y les animó a empeñarse en la solapada socavación de las estructuras políticas y económicas coloniales. Comenzaron a formarse centros de estudiantes en donde ya se discutían apasionadamente los cambios necesarios para cimentar una verdadera revolución en el pensamiento americano y en el mismo plano político. La Universidad dio cabida a la discusión pública de esos temas, pero siempre dentro de un plano académico y puramente retórico, convirtiendo ese espíritu de renovación en materia de especulaciones abstractas que, sin embargo, cumplieron una tarea eficaz en el desarrollo de las ideas libertarias, aunque sólo entre las clases universitarias y entre la nueva burguesía charquense.

LECTURAS RECOMENDADAS

- Ramiro Condarco Morales: capítulo II de la 2ª Parte de "Protohistoria Andina" (Ed. Universitaria de Oruro).
- Valentín Abecía Baldivieso: capítulo 10, y 20, de "Historiografía Boliviana" (Ed. Letras).
- Eduardo Quiroga Añez: "Historia de Bolivia — Siglo XVI" (Los Amigos del Libro)
- Alberto Crespo Rodas: "Historia de Bolivia—siglo XVII" (Los Amigos del Libro)
- José Felman Velarde: "Historia de Bolivia" (tomo I, Los Amigos del Libro).
- Gustavo Adolfo Otero: "La vida social del colonaje".
- Gabriel René-Moreno: "Últimos días coloniales en el Alto Perú" (Biblioteca Boliviana, Ministerio de Educación).
- Jesús Lara: "La Literatura de los Quechuas" (Ed. Juventud).

Capítulo Tercero

**LA REPUBLICA: ROMANTICISMO Y
POST-ROMANTICISMO**

1) La Emancipación: Antecedentes Sociales y Económicos

Las teorías filosóficas y políticas expresan una realidad y fundamentan los principios sobre los cuales los hechos históricos se desarrollan de acuerdo a los factores condicionantes. Los cambios sociales y políticos que precedieron al período de la Emancipación americana, responden a una inquietud intelectual que deviene de la crisis organizativa económica española en las colonias. Los movimientos ideológicos de la Ilustración y los principios liberales prepararon esa crisis al examinar las causas por las cuales el régimen político español colonial había llegado ya a una etapa en la que no era eficaz para solucionar la problemática del hombre americano de aquellos tiempos.

Como aquel fermento propugnaba grandes cambios en toda la estructura económica y social vigente hasta entonces, y dado el desarrollo que había adquirido la burguesía criolla que veía un peligro en que esas reformas lograsen su cometido, esta burguesía al tomar en sus manos la directiva de las luchas contra la opresión política de España, fue lentamente desvirtuando los postulados ideales de esas reformas. La clase criolla de los doctores charquenses que inició el combate contra el régimen metropolitano, se convirtió al llegar al poder —gracias a los sacrificios de las clases mayoritarias, especialmente de los terratenientes mestizos— en una oligarquía conservadora de los antiguos privilegios en su propio beneficio. Esta oligarquía estaba compuesta principalmente por los comerciantes y los funcionarios burócratas que mantuvieron la explotación de los indígenas, sobre cuyo trabajo se basaba toda la economía nacional. Para alcanzar su ascenso al poderse sirvieron de sus preeminencias sociales intocadas, gracias a su capacidad administrativa, en desmedro de los que verdaderamente habían logrado la independencia.

Todo esto explica en gran parte que en el Alto Perú la guerra por la emancipación del gobierno español se haya prolongado más que en ningún otro país americano, pese a que aquí se comenzó la lucha. La clase oligárquica burguesa pronto se convirtió en una aliada eficiente de las fuerzas armadas de España que se obstinaron en resguardar este territorio porque en él se encontraban las minas que acrecentaron su poderío militar. El monopolio comercial de la Corona española, por otra parte, habíase convertido en un factor favorable para aquella oligarquía de funcionarios y comerciantes criollos, aunque todavía no se les daba la posibilidad de tener en sus manos el poder político. Es por eso que, en los primeros tiempos de la Emancipación, combatieron al lado de los mestizos, tratando de dirigirlos para lograr sus propósitos. Cuando las masas indígenas comenzaron a intervenir en esa lucha, a favor de los criollos, se dieron cuenta del peligro que resultaba de ello y prefirieron ponerse de lado de los españoles, aunque apoyaron solamente las reformas puramente políticas. Los indios que no habían cesado de combatir a los españoles, con esporádicas rebeliones y continuas luchas aisladas en todo el territorio del virreynato, después de la sublevación de los Katari, habían terminado por abandonar todo intento reivindicacionista hasta la llegada de mejores tiempos. Estos se hicieron presentes con los primeros levantamientos contra el poderío español y durante las excursiones de los ejércitos auxiliares argentinos. Sin embargo, pronto terminaron por darse cuenta que lo que deseaban los componentes de la oligarquía criolla y muchos de los mismos terratenientes que peleaban contra España no convenía a sus anhelos.

El factor determinante del enriquecimiento y de la formación de la burguesía comercial criolla, hay que encontrarlo en el hecho de que la Corona española para combatir la política imperialista de Inglaterra, —que buscaba afanosamente mercados para sus productos, especialmente en América, propugnando para ello la independencia de estas colonias—, se vio en la necesidad de implantar algunas medidas que amparaban al "comercio libre", desde 1778, las que más tarde fueron levantadas o no puestas en vigencia. Para contrarrestar esa política comercial de los ingleses, basada en el contrabando, se tuvo que adoptar entonces acciones más severas. A través del contrabando es que los criollos pudieron obtener noticias e ilustrarse en las nuevas teorías revolucionarias filosóficas y políticas. En cuanto a la mutua ayuda entre altoperuanos y rioplatenses, durante la Guerra de la Independencia, es sabido que ella se basó sobre todo en un interés comercial de las castas oligárquicas

criollas. Potosí tenía un excelente mercado para vender su plata en Buenos Aires, y éste a su vez alcanzaba grandes ganancias con los productos ingleses que introducía por el contrabando.

Estas fueron, pues, a grandes rasgos, las causas económicas y sociales que contribuyeron a la formación de la oligarquía criolla; los motivos por los cuales se hicieron los levantamientos contra el régimen político, económico y social impuesto por España. Y todo ello explica también, en alto grado, esa mentalidad diferenciadora y retrógrada de las clases que más tarde iban a gobernar la flamante "República Bolívar". En el campo cultural, constituyen antecedentes de suma importancia que han conformado el pensamiento antinacional de que hicieron gala las castas intelectuales, a excepción —naturalmente— de aquellas individualidades que poseyeron una sensibilidad muy aguda para saber contemplar nuestras realidades.

a) Los Guerrilleros.— La diferencia de miras en cuanto a la solución del problema indígena, entre los criollos altoperuanos y los comerciantes y ganaderos rioplatenses que ya habían alcanzado el poder, fue un elemento decisivo para que el Alto Perú emprendiera su lucha por la Independencia por sí solo. El comportamiento de los ejércitos auxiliares argentinos no fue una causa de hermandad entre las clases mayoritarias, y entre los mismos terratenientes progresistas altoperuanos y argentinos, que pelearon juntos contra el poderío de las armas españolas, sobre todo en las provincias del sur de Bolivia y el norte argentino. Después de los primeros fracasos militares sufridos por las armas nacionales y argentinas, la lucha por la Independencia fue totalmente asumida por los guerrilleros altoperuanos, los más provenientes de la clase de terratenientes que deseaban, a toda costa, el poder político y económico, aún a costa de algunas concesiones futuras a los indígenas.

Junto a ellos los componentes del clero mestizo, que no poseían los privilegios de la clerecía española, pelearon denodadamente por la emancipación. Entre aquéllos existían algunos partidarios de realizar grandes reformas en el régimen agrario como, por ejemplo, el cura Muñecas, motivo por el cual se constituyeron en cierto momento en la avanzada revolucionaria de esa lucha y, dado su prestigio entre los mismos indígenas, lograron unificar enormes contingentes armados. Por esa circunstancia y porque ellos fueron los únicos que no descuidaron los quehaceres elementales de la cultura, al ejercer un influjo decisivo en la creación literaria popular entre indios y mestizos, su labor merece destacarse de manera preponderante, en un plano de igualdad con aquella realizada por los

primeros patriotas criollos que lucharon por las ideas revolucionarias entre la burguesía colonial.

b) La Creación de la República.— El Alto Perú fue el primer país de Sudamérica en iniciar la lucha contra España y el último en lograr su independencia; hecha efectiva en Tumusla, el 2 de abril de 1825. Este suceso, al de nuestra liberación política, fue un triunfo de los mestizos y criollos, pero quienes lograron los mayores beneficios y muy pronto se apoderaron del poder político y económico, fueron los doctores charquenses, los comerciantes y la aristocracia terrateniente; es decir, toda la burguesía colonialista que no había contribuido a la emancipación más que en muy contadas ocasiones. Los verdaderos creadores de la nacionalidad, los guerrilleros, quedaron relegados a un segundo plano y terminaron por alejarse a sus propiedades, aquellos que las tenían, y morir en la indigencia, los que nada poseían. Los comandos militares y la antigua burocracia se iban a encargar, desde entonces, del manejo administrativo y político de la nueva nación.

Si bien es cierto que fue por obra y gracia de esas clases, de forma especial la raíz de los manejos de los doctores charquenses, que se pudo crear la República contra la oposición del mismo Bolívar que contemplaba los intereses internacionales afines a su política, no es menos cierto que ellos instauraron una era particularmente desastrosa para el normal desarrollo de nuestra nacionalidad, aún contra las mismas medidas progresistas y los sanos intentos que ciertas mentalidades pertenecientes a esa misma burguesía quisieron implantar. Ello se debe también a la labor desarrollada, más por los mismos intereses clasistas, por las castas dirigentas. Ya que la diferenciación clasista se hacía efectiva sólo en el plano de las relaciones sociales y no en el manejo de las riquezas nacionales.

Al crearse la República, lograda ya la venia y vencida la oposición de Bolívar y de las armas venezolanas y colombianas y después de que las naciones limítrofes no podían objetar mayores justificaciones para que ello no fuera posible, los doctores criollos se dieron a la tarea de organizarla. Después del 6 de agosto de 1825, en que se promulgó la total independencia del Alto Perú, su principal objetivo fue, siempre, el de implantar leyes que defendieran sus propios intereses y contemplaran desde un punto de vista abstracto e idealista las realidades que no era conveniente poner en primer plano; ese aislamiento de las circunstancias vivas que conformaron la vida de nuestro pueblo está también reflejado y expresado en su misma producción cultural, como veremos más adelante.

2) La Producción Cultural Durante el Período de la Emancipación: La Poesía Quechua

Durante la Guerra de la Independencia las labores intelectuales quedaron poco menos que paralizadas, incluso la misma educación tuvo que reducirse a la enseñanza impartida en algunos conventos. La falta de imprentas fue otra de las causas determinantes para que en aquellos años no existieran verdaderas interpretaciones de tipo literario en cuando se refiere a los acontecimientos que se vivían. Una vez creada la República, recién comienzan a aparecer algunas publicaciones de carácter eventual, en donde domina ese estilo pomposo, verbalista y abstracto, tan afíja la oratoria de los doctores charquenses. Ellas interesan al erudito y no pueden considerarse dentro del campo literario que nos ocupa.

La mayor contribución literaria de aquellos años es la debida a los cantores anónimos indígenas, que prosiguieron creando sus maravillosas elegías y poemas, donde siempre predominaba esa especial característica que los había conformado en el pasado: la unión de la palabra y la música. Los indígenas que participaron en las luchas libertarias, entraron en contacto con un espíritu nuevo que les permitía una mayor libertad en sus relaciones con los blancos y mestizos, pero también tenían que abandonar sus tierras y todo lo que ella significaba, y la mayoría de las veces morir en los combates. Aquellos que no se alejaron de sus comunidades y pudieren escapar de los reclutamientos forzosos para el laboreo de las minas, vieron sin embargo arrasados sus campos y chozas por las tropas combatientes, sufriendo hambres y mil penalidades. Todas esas circunstancias están expresadas en sus cantos y aunque, hoy en día, son pocos los testimonios que nos quedan de esas creaciones, no se puede dejar de reconocer su procedencia. Por otra parte, como es natural, se advierte en ellas la ingerencia de elementos gramaticales nuevos, así también como una cierta diferencia conceptual con las poesías del período incaico y colonial. De manera especial se puede estudiar esto en la obra del poeta indígena Juan Wallparrimachi.

a) **Juan Wallparrimachi (1793-1814).**— Sobre Wallparrimachi han existido una infinidad de leyendas, las más relacionadas con su origen y su corta existencia; estas versiones novelescas fueron recogidas por varios historiadores e investigadores del pasado, aparte de las apasionadas reconstrucciones de su vida que hicieron algunos poetas y novelistas como Lindauro Anzoátegui de Campevo, por ejemplo. Lo único cierto es que constituye uno de esos raros

fenómenos literarios que se da muy de vez en cuando. Wallparrimachi es un indio puro; al quedar huérfano fue recogido por Manuel Ascencio Padilla, el que, junto con su esposa la famosa guerrillera Juana Azurduy de Padilla, se encargó de su educación. Tuvo, pues, dos influencias primordiales en su formación espiritual: la de su herencia india y la de su educación española. Sin embargo, lo más notable de su labor poética es esa espiritualidad netamente indígena.

Se puede afirmar que la poesía boliviana tiene en Wallparrimachi a uno de sus más grandes creadores. No existe un solo poeta de la era romántica y post-romántica que se le equipare en hondura conceptual y en belleza formal y, menos, en esa originalidad que es su mayor gloria. El sentimentalismo de sus poemas se emparenta con el carácter netamente romántico, pero éste nace evidentemente del lirismo conatural a la lengua en que se manifiestan sus canciones. El tema del amor individual, que está patente en todas sus poesías, expresa también visiones e imágenes debidas a un sentimiento general: el de su raza. Por eso es que Juan Wallparrimachi es el último cantor quechua. Después de él, la poesía en lengua quechua pierde sus grandes cualidades literarias y se convierte, poco a poco, en una manifestación híbrida en donde lo más valioso es el contenido social que ya está expresando una nueva realidad mestiza.

Se conservan solamente doce cantos de este extraordinario lírico quechua. Su musicalidad y su belleza estilística, tanto como los conceptos que evidencia, provenientes de una subjetividad herida que contempla el sentimiento colectivo, hacen de esos poemas la producción literaria más valiosa de esa época. Existen aún, en las canciones folklóricas debidas a la era republicana, algunas adaptaciones que tienen su origen en las poesías de Wallparrimachi, pero ya no conservan las cualidades que se muestran en aquellas que se sabe pertenecen a él.

3) La Estructura Social y Económica Republicana

Bolivia nació a la vida independiente con dos problemas que, a través de los años, no sólo se mantuvieron sino que fueron profundizándose: su mediterraneidad y su dependencia económica con los países vecinos. Si bien poseía territorios que daban al Pacífico, no existía un puerto de consideración ni tampoco una flota naval. Para exportar sus minerales y adquirir los productos indispensables, debía antes lograr la aquiescencia de las naciones que le rodeaban. Su potencial económico, sobre todo en cuanto a minerales,

la convertía en una codiciada presa, pero su absoluta carencia de medios de comunicación constituían un factor contrario que muy pocos podían vencer.

Este aislamiento geográfico influyó desfavorablemente en todo el desarrollo económico y en las mismas relaciones sociales de la era republicana, al crear una mentalidad cerrada y colonialista. Todo ello se encuentra reflejado incluso en el mismo pensamiento intelectual, puesto que desde entonces comienza a hacerse evidente ese complejo provincial entre las castas cultas que dejaron a las clases gobernantes explotar descaradamente a las mayorías mestizas. La economía del país se basaba principalmente en la agricultura y, después, a fines del siglo XIX, en la minería. Los terratenientes y luego los industriales mineros se constituyeron en los poseedores del aparato productivo, aliándose siempre con las castas militares y con los herederos de los doctores charquenses que, ya desde que se creara la República, se habían opuesto tenazmente a toda reivindicación de los indígenas.

El complejo colonialista se traducía en esa falta de confianza en los propios esfuerzos nacionales para introducir el progreso material y culturizar a nuestra nación. Se creía firmemente que el indio y el mestizo eran incapaces de conducir el desarrollo económico y no tenían cualidades para la consecuente organización del país, tarea que tenía que estar en manos de las élites burguesas que pactaron siempre con las oligarquías de los países limítrofes, para mantener tal estado de cosas. De ahí es que toda vez que surgían gobernantes con claros propósitos de realizar reformas, no sólo en la vida institucional sino en el orden material, la oligarquía de terratenientes recurría a la intervención extranjera, aplastando así todo afán reivindicacionista de las masas.

Este hecho nos explica que las teorías liberales no pudieron progresar, dados los intereses económicos de quienes detentaban el poder. Todas las leyes y decretos encaminados a cambiar las reglamentaciones económicas o las relaciones sociales cayeron en el vacío, primeramente porque aquellos intereses de casta no permitieron que prosperaran y, en segundo lugar, porque las masas que sostenían con su trabajo la economía nacional se encontraban aisladas por no gozar efectivamente de los derechos ciudadanos y por la constante política de mantenerlos en la ignorancia.

Algunos gobiernos fuertes que tenían, por su extracción clasista, una sensibilidad social muy pronunciada y se mostraron partidarios de hacer intervenir a las mayorías en la vida institucional, otorgándoles los beneficios democráticos estampados en la Consti-

tución, se vieron muy pronto cercados por los intereses dominantes contrarios. Esa actitud les obligaba muchas veces a realizar medidas demagógicas y de fuerza contra las clases altas, como las que adoptó el Presidente Belzu (propugnador de un socialismo intuitivo y anarquizante). El estado de anarquía que es común durante todo el siglo XIX, era debido principalmente a ese constante choque entre las castas gobernantes, la oligarquía colonialista y el mismo pueblo, lo cual necesariamente tenía que reflejarse en una natural falta de fe en las instituciones democráticas. La desobediencia a las leyes, por eso constituye entre los mestizos pobres y los indígenas explotados una actitud de rebelión, y entre las clases altas un signo de su desprecio hacia todo intento de cambiar la estructura colonial del país en la cual se encontraban a sus anchas.

Como los gobiernos no contaban con bases económicas fuertes para realizar el progreso nacional, debido a que los impuestos alcanzaban apenas a cubrir los gastos burocráticos, tenían que recurrir constantemente a los famosos empréstitos extranjeros, los cuales beneficiaban, a la postre sólo a las oligarquías encaramadas en el poder. De ahí ese estado de miseria y de pobreza cultural que caracteriza toda la era republicana.

a) La Mentalidad Burguesa Criolla.— El espíritu verbalista y escolástico que predominara en las enseñanzas impartidas en la Universidad de Charcas, había formado mentalidades retrógradas que combatieron, con las armas especulativas abstractas y sus relaciones dentro de las castas gobernantes, todo intento o afán reformista en cuanto a la cultura y la educación. El espíritu racionalista de la Enciclopedia que se encuentra reflejado en el pensamiento de algunos intelectuales que iniciaron el movimiento emancipatorio, no fue nunca aceptado entre la mayoría de los doctores charquenses que se convertirían en aliados y defensores de las prerrogativas oligárquicas para mantener una política de aislamiento educacional entre las masas.

A consecuencia de ello las actividades culturales fueron muy restringidas, y las pocas mentalidades que preocupáronse por difundir el pensamiento intelectual liberal imperante en Europa y en muchos países americanos, se encontraron con que habtaban en el vacío, siempre que no intervenían en la política de lado de los grupos gobernantes. Por eso toda labor intelectual se vio reducida a esos pequeños círculos literarios que no tenían ninguna ingerencia dentro de la vida institucional y que no hicieron ningún intento por influir ni en la educación de las masas ni en la organización pública

republicana, si se exceptúan los poquísimos esfuerzos de uno que otro intelectual por hacer conocer a los bolivianos, especialmente a la clase universitaria, los adelantos científicos y el desarrollo de las ideas culturales de la época.

Por otra parte, el individualismo romántico, proveniente del influjo ejercido por Rousseau entre nuestros intelectuales, a partir del siglo XIX; el verbalismo emocional y la abstracción especulativa de la realidad, fueron los elementos conformativos de una mentalidad que se complacía en un aislamiento muy propio de las clases cultas americanas de entonces. De ahí que, en términos generales, nuestros intelectuales siempre estuvieron dando las espaldas a la realidad vivida por las mayorías y sólo se preocuparon de cuestiones que no tocaban en nada a la estructura social y material opresiva y denigrante que aquéllas vivían. Sin embargo, existieron algunas personalidades que tuvieron una clara visión de esa realidad y, lo que es más importante, lucharon porque ésta sea conocida por sus compatriotas.

b) Vicente Pazos Kanky.— Entre esos intelectuales hay que señalar la obra y la labor de Vicente Pazos Kanky (1779-1845), de ascendencia indígena y eclesiástico hasta 1813. Kanky fue el prototipo romántico del espíritu liberal nacido de la Ilustración. Representante de las más altas virtudes mestizas que sobresalen cuando son propiciadas por una educación y una cultura amplias, supo armonizar perfectamente las dos fases del pensador y del hombre de acción, dando así un ejemplo que muy pocos pudieron seguir. Amigo de Mariano Moreno, de Bernardo Moateagudo y de los demás doctores que difundieron las ideas liberales emancipadoras, dedicó toda su vida al periodismo defendiendo estas ideas con un apasionamiento y un claro concepto de la hora en que vivía. Sus postulados éticos e intelectuales lo convirtieron en un voluntario y permanentemente desterrado de su patria, pero nunca dejó de ver y comprender sus problemas, a los cuales trató de dar solución con su labor en pro de una política auténticamente democrática.

Su obra "Cartas Sobre las Provincias Unidas del Río de La Plata" (1819) y sus "Memorias Histórico-Políticas" (1834), son demostrativas de ese espíritu independiente y avizor donde las ideas son siempre armas que deben promover actitudes encaminadas a modelar y reformar las realidades circunstanciales que viven las colectividades. Su estilo sobrio y objetivo, refleja fielmente su pensamiento en el que se nota también un idealismo humanista. Para él la literatura era un arma de combate, por eso de lo que

trataes de convencer, no de agradar o de realizar inútiles alardes verbales. Como es natural pocos fueron los que comprendieron su obra.

c) **Casimiro Olañeta.**— Al lado de Pazos Kanky, la obra y la personalidad del representante más sobresaliente de la burguesía doctoral charquense, Casimiro Olañeta (1796-1860), marca un profundo contraste. Ésta es una de las figuras más contradictorias de nuestra historia. En él se condensaron todas las desventajas de ese espíritu burgués colonialista, aunque en muchas ocasiones supiera trascenderlo y tomar actitudes que asombran por su profundo conocimiento de la realidad de la época y del mismo futuro de su patria. Muchos son los testimonios de que gracias a su influencia, y aunando sus esfuerzos con la de otros representantes de la burguesía criolla, llevó a cabo la independencia del Alto Perú. Desde luego que Olañeta como fiel intérprete de los intereses clasistas terratenientes tuvo un decisivo y largo influjo en la política nacional y ejerció en aquella hora una saludable influencia en el ánimo del Mariscal Sucre para que éste diera el paso que originó la constitución de la Asamblea de 1825 que declaró la Independencia altopereana, pese a la ambigua y contraria política bolivariana. Pero en otros aspectos su acción política fue nefasta.

Como escritor Olañeta es el prototipo del romántico grandilocuante y abstraccionista, frondoso, pero vacío. Era considerado el más grande orador de su época, precisamente porque en ese género podía dar libre expansión a ese verbalismo lleno de imágenes a gusto de la intelectualidad criolla y a ese barroquismo insustancial que cubría la realidad con un espeso humo para ocultarla a quienes estaban encargadas de realizar su examen. Hoy en día sus múltiples folletos, los más sobre asuntos jurídico-internacionales, interesan solamente a los eruditos.

d) **El Periodismo y las Ideas Pedagógicas.**— Si descontamos la labor de algunas pocas personalidades que, como Pazos Kanky, trataron de hacer de la prensa una guía rectora de la nacionalidad, se puede afirmar que ésta rebuyó desde un principio su misión directiva de la ciudadanía, porque siempre estuvo en manos de aquellos a los que sólo les importaba servir los intereses políticos de la hora, cuando no expresaba cabalmente el pensamiento progresivo de la burguesía criolla y de las castas gobernantes. Los intelectuales defensores de ese orden tenían en el periodismo un elemento precioso para mantenerse en toda hora al lado de los gobiernos fuertes. Poreso es que la prensa siempre fue oficialista, y cuando no lo

era se dedicaba a defender y descubrir los verdaderos postulados nacionalistas, defensa que siempre era obscurcida.

Contra el pensamiento colonialista de los dueños de la prensa, y de la clase culta altoperuana, resaltan algunas actividades liberales de algunos gobernantes y de ciertos intelectuales que desearon hacer de Bolivia un país modelo de democracia y de progreso. Su idealismo tropezó siempre con la sorda y permanente resistencia de los verdaderos amos del país. Esto ocurrió desde los primeros años de la República. Al respecto es significativo el fracaso de las reglamentaciones en materia educacional que quiso implantar Bolívar y el mismo Mariscal Sucre. Este último, al expropiar los establecimientos sacerdotales para convertirlos en escuelas, no hizo otra cosa que ponerse frente al poder del alto clero colonialista y de la reacción oligárquica. Lo mismo ocurrió con el intento de Simón Rodríguez, introductor del socialismo romántico en Bolivia, que se había propuesto crear una Escuela Modelo que iba a funcionar bajo las directivas espirituales de los postulados ético-pedagógicos de Rousseau y Saint Simon. Después de estos fracasos educacionales, los demás gobiernos sólo se limitaron a continuar con una política pedagógica rutinaria.

Sin embargo, en tiempos de Santa Cruz se pudo adelantar algo al realizarse algunas reformas en materia educativa y por el gran impulso que dió este gobernante a las Universidades. El principal factor por el cual la educación pública careció de bases sólidas, fue el concepto imitativo e idealizante que tenían los programas con respecto a nuestra realidad social. Este estado de cosas perduró hasta que el partido liberal subió al poder, y demuestró palpablemente el poco interés que las clases cultas y los gobiernos tuvieron con la educación del pueblo.

e) **Las Ideas Filosófico-Jurídicas.**— Sin duda alguna una de las teorías que más influyeron en el pensamiento jurídico y filosófico del siglo XIX en Bolivia, fue la famosa "Ideología" de Destutt de Tracy, filósofo europeo de tercer orden, quien consideraba que las ideas eran el principio de toda actividad humana. Esta teoría, tal como fue expuesta por Tracy y por sus discípulos bolivianos y españoles, justificaba la constitución de una aristocracia intelectual que estaría encargada de dirigir la sociedad moderna. Desde luego, esta enunciación fue gratamente acogida por las oligarquías sudamericanas. Sin embargo, algunas nociones que ya fueron sustentadas por la Ilustración, sirvieron para que la Ideología incitara al estudio de otras teorías que iban a crear un ambiente más o menos favorable para las tareas intelectuales.

Es de esa forma que en las Universidades bolivianas y entre los círculos literarios se comienza a estudiar todo lo relativo a la cultura francesa y las doctrinas filosófico-políticas y económicas inglesas. El romanticismo literario fue otro elemento que contribuyó al conocimiento de esos pensamientos, pero en un sentido regresivo, porque lo que acabó triunfando en la mentalidad burguesa fueron las doctrinas político-pedagógicas de Joseph de Maistro, Lamennais y Chateaubriand, que propugnaban un conservadorismo clerical. En este aspecto el tradicionalismo, y la fe en una moral idealista apartada de las realidades que confrontaba el país, debidas al escritor español José Joaquín de Mora, tuvieron amplia difusión entre la clase universitaria.

Otra escuela filosófica que tuvo adeptos de importancia entre los intelectuales bolivianos fue el Eclecticismo francés, inspirado en las doctrinas de la Escuela Escocesa que daba preeminencia a las verdades enunciadas por el sentido común. El introductor de este pensamiento fue Pedro Terrazas, quien hizo una traducción de la obra del fundador de aquella escuela Victor Cousin. Terrazas pensaba, como su maestro, que las teorías naturalistas habían causado la decadencia moral y la misma inestabilidad de los gobiernos. Este espiritualismo perduró en casi todas las concepciones jurídico filosóficas del siglo, como puede notarse en la obra de Luis Velasco, autor de un "Curso Completo de Derecho Natural" (1848), donde desarrolla postulados éticos basados en la moral de Kant.

Finalmente, entre las teorías más difundidas en el campo del Derecho, hay que mencionar la enorme difusión de la filosofía jurídica de Enrique Ahrens, divulgador de las doctrinas de Krausse que consideraba el Derecho una orientación moral de la vida individual y social. Este influjo permaneció incluso hasta bien entrado el siglo XX. Las mineras intelectuales no pudieron realizar una tarea amplia de difusión del pensamiento filosófico y jurídico debido a las especiales circunstancias que ya hemos examinado, por esa es que la vida cultural de la era republicana es tan pobre entre nosotros.

4) El Romanticismo Literario.

El espíritu romántico se lo puede encontrar no tan sólo en las obras literarias y filosóficas europeas, sino en el mismo ejemplo de las vidas de los Libertadores americanos, sobre todo en la desenfrenada oratoria charquense. Este subjetivismo patente en las acciones individuales preparó el terreno para que las creaciones literarias comenzaran a conformar esa especial mentalidad que en Amé-

rica aún predomina en muchos aspectos. Es sabido que el romanticismo constituye una rebelión del subjetivismo filosófico ante los resultados del capitalismo mercantilista y del cientificismo del siglo XVIII. El humanismo romántico tiene sus antecedentes en el mismo Renacimiento que dio origen a todo aquello que más tarde fue combatido por sus adherentes. No hay que desechar en esa reacción algunas supervivencias conceptuales provenientes del espíritu medievalista tan idealizado por los escritores del romanticismo literario.

En cuanto a la preeminencia que se le da a la naturaleza, a partir de esta escuela, no se trata más que de un retorno ideal hacia una hipotética Edad de Oro: el romanticismo ve en la naturaleza las virtudes estéticas conformadoras de una idealización de la realidad exterior; la vida del campo, el "alma" de lo popular, el folklore, etc., son los depositarios de las máximas cualidades humanas que se contraponen a la vida civil de las ciudades, de las fábricas y, sobre todo, de la mera utilización del hombre como un ente productivo. Por eso se da rienda suelta a lo instintivo, a lo puramente emocional, antes que a la razón. Lo formal, lo estatuido bajo reglamentaciones impositivas, eran cosas que el romántico abominaba, porque siempre las emparentaba con el espíritu burgués utilitarista. De allí partió ese su interés literario y moralista sobre las condiciones de vida de los "humildes" y desheredados.

En todo esto había una mística del ser que entregó una nueva vitalidad a las concepciones del cristianismo occidental. Esa metafísica les condujo a los artistas románticos a realizar una exploración de los sentimientos humanos hasta entonces ocultos, descubriéndose así el valor de los instintos, de "la vida subterránea", lo sobrenatural, que era aprehendido sólo por la intuición. El valor concedido a esa idealización ética y estética de la realidad, se traduce en la búsqueda y la expresión de lo irracional, de lo "alado". El sueño, la indecisión de sentimientos, la morbidez, lo místico de la naturaleza y, finalmente, la locura que nos da un sustancial conocimiento de los hombres a través de la videncia lograda ya sea por los sentidos o por el sentimiento místico de la divinidad, son los elementos primordiales que los grandes creadores del romanticismo se empeñaron en examinar. Pero en ese espíritu también se encuentra una mentalidad regresiva, conservadora, que les llevó a la abstracción de la realidad, en vista de una moralidad no muy bien definida que se basaba en una diferenciación clasista, pese a las declaraciones humanistas de interés por los desheredados.

En lugar a dudas lo que más resalta en las nociones estético-filosóficas del romanticismo es esa noble concepción de la realidad. La noción del "arte puro" sobresaliente desde las primeras obras románticas, y que expresa una ideología contrapuesta a los postulados burgueses, halla su antítesis en la elaboración del arte como un elemento de la lucha política, que nace en el sentimiento utópico de los primeros socialistas. Pero aún en esta última actitud existían los ingredientes de un idealismo subjetivista revolucionario en cuanto a lo formal, ya que sólo se pretendió reformar la mentalidad y el "espíritu de la época", sin preocuparse mayormente por las condiciones sociales y económicas. Esto se comprueba de manera especial en las obras y en las vidas de los escritores románticos americanos.

En cuanto a lo puramente literario, la gran aportación de esta escuela es la relativa a la inquieta búsqueda de un lenguaje nuevo encaminado a expresar también nuevas realidades que contenían pervivencias mentales de un pasado difícil de deshechar. El "escapismo romántico", nace ahí y no es nada más que un estado psicológico y mental propio de la aristocracia romántica que todavía nosa viene a integrarse al nuevo orden de cosas que se estaba gestando con el triunfo de la burguesía. Sin embargo, el romanticismo dio un poderoso impulso a la noción de que la sociedad, el hombre y su problemática moral, la evolución del pensamiento y de la vida espiritual y la misma transformación natural, son un constante *fleur* que afecta ya no sólo a la superficie, a lo exterior y a las actitudes del hombre como ente social, sino a la misma esencia creadora del ser.

En Bolivia el romanticismo afirmó, en cierta medida, el espíritu colonialista burgués, aunque implicó, al mismo tiempo, una tendencia hacia el redescubrimiento de la realidad nacional. El reconocimiento de la existencia de un "destino histórico" que conforma a las personas como seres circunstanciales, fue torcido por el pensamiento burgués criollo que veía en ese espíritu tan sólo la exteriorización de lo providencial que el hombre es incapaz de comprender y menos de combatir. En ese pensamiento se puede hallar una supervivencia mental del escepticismo indígena que se evidencia en ciertas nociones panteístas con respecto a la naturaleza, patente entre muchos poetas y novelistas. La inoperancia política de las nuevas élites gobernantes ahondó aún más ese pesimismo escapista de que hicieron gala los artistas románticos sudamericanos. A ello hay que añadir que las castas intelectuales bolivianas estaban formadas por blancoides ajenos a la sensibilidad social de las masas, y cuando

sucedía lo contrario, su "acercamiento" al pueblo no respondía más que a un interés doctrinario, ideal y moralizante, que no fue ciertamente positivo ni siquiera en el campo pedagógico. Las especulaciones literarias debidas a ellos no son más que meras imitaciones de la sensibilidad colonialista que cambió de lenguaje pero no de actitud ante una situación histórica producida y dirigida por sus abuelos y hermanos.

El mismo divorcio entre las clases cultas y la intelectualidad progresista que proclamaba, aunque sea retóricamente, un cambio de la estructura social, les llevó a estos escritores a renegar de sus postulados ideales, expuestos en sus escritos, para asumir actitudes contradictorias y muchas veces totalmente opuestas a lo deseado en un plano teórico. Pero también se notan algunos atisbos circunstanciales referentes a un descubrimiento y examen de nuestras realidades desde un punto de vista inequívocamente nacionalista, que se proponía la formación de una nueva mentalidad, para poder realizar recién los cambios materiales y espirituales que el romanticismo proclamaba como actos de fe futuros.

a) *La Historia en el Período Romántico.*— El género literario que mayores cualidades positivas posee, en cuanto al conocimiento de la mentalidad nacional y al mismo quehacer cultural, es el histórico. Los escritores que se dedicaron al examen y al testimonio de los sucesos de nuestra historia, encontraron que a través de la exposición de los hechos pasados y los que ellos estaban viviendo, podían realizar algunas críticas que no les eran permitidas proclamar en el campo de la poesía, la novela y el mismo periodismo. Estas son particularmente provechosas para nosotros porque nos demuestran muy a las claras los puntos de vista peculiares a la burguesía romántica criolla.

Pese a que los primeros historiadores bolivianos no hicieron más que recolectar datos pasados, constituyéndose en una especie de memorialistas de aquellos sucesos, entre ellos se pueda encontrar ya algunos escritores que se esforzaban no sólo por acumular relaciones consideradas históricas, sino que quisieron dar una interpretación del pasado y hasta del mismo presente, aunque más no sea que desde un punto de vista pedagógicamente moralizante, apoyado no en sus propios criterios sino en las nociones éticas debidas a la filosofía de la historia europea. Por eso se puede notar en estos escritores una exteriorización subjetiva de la moral idealista burguesa.

La falta de una concepción clara respecto al género y la pormenorización de los hechos históricos sin la correcta utilización de los documentos, inciden en que las historias escritas en este período constituyen más bien crónicas de algunos aspectos de la vida política y social. Por ello, más que interpretaciones o comentarios documentados del pasado, son monografías referentes a determinadas etapas de la vida republicana, ya que casi no se ocupan de las demás épocas. Aparte de las concesiones estilísticas dominantes entonces, sobre todo ese alambicamiento conceptual tan propio del espíritu charquense, en esas obras domina siempre un estilo narrativo claro y objetivo.

Uno de los primeros libros sobre la materia es el de Manuel Sánchez de Velasco (1792-1864), titulado "Memorias para la Historia de Bolivia, desde el año 1808", publicado en 1848. En él se clarifican muchos aspectos hasta entonces desconocidos o poco tomados en cuenta referentes al período de la Emancipación y a los primeros años de la República, de los que fuera actor y testigo Velasco. Esta obra no tiene pretensiones literarias, porque su autor solo deseaba hacer conocer los sucesos en una forma clara y concisa.

Siguiendo esa trayectoria de la objetividad documental y de la acumulación de datos pertinentes a los comienzos de la vida republicana y sus antecedentes, el "Ensayo sobre la Historia de Bolivia" (1846), de Manuel José Cortés (1815-1865), es una de las primeras intentos interpretativos del proceso histórico boliviano desde la Guerra de la Independencia. Cortés no sólo se concreta a revisar los documentos sino que hace algunas anotaciones y comentarios muy significativos por su afán moralizante. Interesa por las referencias a la vida cultural de aquellas épocas, ya que puede considerarse una especie de monografía sociológica: examina no solamente la vida política sino hasta las mismas costumbres. Su prosa debe mucho a la narrativa romántica, pero es sencilla y clara.

Sin duda el escritor que posee un mayor conocimiento de lo que en verdad persigue la Historia, es Juan Ramón Muñoz Cabrera (1819-1869), autor de varios libros del género, entre los cuales los principales son "La Guerra de los Quince Años en el Alto Perú" (1867) y "Vida y Escritos de don Bernardo Monteagudo" (1869). Fue uno de los pocos intelectuales que colaboró al gobierno de Isidoro Belzu y, luego, se atrevió a desafiar al mismo tirano Melgarejo al negarse a firmar, como diputado, los famosos tratados de límites con el Brasil de 1868, por el cual ese país se anexó gran parte del territorio Boliviano del oriente. Muñoz Cabrera puede considerarse, por eso, una de los precursores del nacionalismo boliviano y tuvo

una vasta actuación política y periodística. En sus obras existe una apasionada defensa de sus principios democráticos que la hacen sumamente valiosa, además de los datos que consigna en ellas. A pesar de escribir con esa manera oratoria propia del romanticismo, lo que le interesa, y consigue, es ser ampliamente comprendido por sus lectores.

Entre los demás historiadores de esta etapa cultural sólo existen memorialistas y acumuladores de datos y autores de monografías que interesan ahora a los que se dedican a la erudición. Sin embargo, hay que destacar los nombres de José Manuel Loza, de amplia actuación en la política de su tiempo y versificador de poca inspiración; Vicente Ballivián y Roxas, que inició la publicación del valioso "Archivo Boliviano", en los cuales se incluyó los llamados Anales de Arsanz de Orsúa y Vela y el "Diario del Sitio de La Paz", de Juan Sebastián de Segurofa; Manuel María Urcullo, autor de unos famosos "Apuntes para la Historia de la Revolución del Alto Perú", y redactor de la Asamblea Deliberante de 1825; los datos que consigna en su obra Urcullo son un testimonio de imprescindible consulta y han servido para la redacción de varias monografías posteriores.

b) El Ensayo.— Descontándose las alabanzas interesadas y las notas ocasionales de los periódicos, la crítica literaria apenas cuenta con un escritor que hubiese podido encauzar esa labor; pero dadas las circunstancias sociales vividas desde la República hasta que comienza a producirse las primeras producciones del período romántico, alrededor de 1840, cuando ya éste en Europa estaba siendo desplazado por el realismo, era difícil que surgiera en nuestro país algún crítico de importancia. Esta falta de interés o capacidad para tratar de esclarecer nuestros problemas culturales no fue una particularidad de las mentalidades cultas de aquella época, esta actitud ha perdurado incluso hasta nuestros días.

Así pues, las obras de crítica literaria escritas por Gabriel René Moreno, Santiago Vaca Guzmán y Manuel José Cortés, excepcionales intentos destinados a crear en Bolivia la inquietud intelectual que concite el conocimiento y halle nuevas perspectivas a la labor literaria, propagando al mismo tiempo las ideas propias o las búsquedas originales realizadas en ese campo por los escritores nacionales. El primer libro escrito con ésta intención fue el "Estudio de la Literatura Bolivia" (1860) de Manuel José Cortés, donde se hace una reseña de los escritores del primer tiempo del romanticismo. El gran historiador Gabriel René Moreno

escribió también, en 1864, una "Introducción al Estudio de los Poetas Bolivianos", que contiene una serie de notas y análisis literarios de las poesías románticas publicadas hasta entonces, en un sentido más laudatorio que crítico a no ser cuando se torna francamente lapidario.

El verdadero creador de este género, por la seriedad de propósitos, por su amplio conocimiento de la materia y por la originalidad de los planteamientos, así como porque expresa ya el decisivo influjo de la escuela romántica, es el novelista Santiago Vaca Guzmán (1847-1896), autor de "La Literatura Boliviana" (1882), obra de gran aliento para aquel tiempo. Sus juicios son de particular importancia para aquellos que quieren investigar el proceso cultural nuestro, puesto que Vaca Guzmán es el primero en darse cuenta de que en la literatura de su tiempo se había perdido ya toda influencia de la lírica quechua y que más bien había sido desdeñada, censurando de esa manera el pensamiento imitativo criollo.

c) **La Novela.**— La creación novelística en Bolivia fue de tardía aparición y es por eso que también han perdurado sus postulados estéticos hasta muy entrado el siglo XX, pues el Realismo no hizo otra cosa que ahondar y desarrollar ciertas directivas apenas esbozadas en las primeras novelas románticas. Estas últimas son, desde el punto de vista estrictamente literario, muy pobres en hallazgos originales y demuestran que sus autores tenían un desconocimiento abrumador de lo que el género es y pretende expresar; la ignorancia con respecto a la técnica y la estructura de la novela, es el origen de la endeblez conceptual que se halla en la mayoría de esos tanteos literarios.

Por otra parte el burdo remedo de las producciones de más baja calidad debidas al romanticismo español y al folletínismo francés, contribuyeron a que se hayan realizado esos insoportables melodramas en donde, sin embargo, se pueden encontrar atisbos temáticos que se originan en la utilización ingenua de muchas crónicas coloniales, a través de esa mezcla tan difusa de la evocación histórica fantástica y moralizante con la narración de algunos acontecimientos vividos seguramente por sus autores, todo ello en un estilo oratorio, convencional en grado máximo, que no hace otra cosa que perpetuar el verbalismo insustancial de los doctores charquenses.

La moralidad obligada de las novelas románticas bolivianas, se origina en el pensamiento estrecho del burgués criollo educado bajo el decisivo y fuerte influjo de los dogmas católicos, desfigura-

dos por un misticismo derrotista propiamente mestizo y por las leyendas y consejas coloniales, donde lo sobrenatural y maravilloso juega siempre un papel decisivo para afirmar el triunfo de esa moral diferenciadora y clasista. Los temas tratados están vistos desde el punto de vista sentimental y subjetivista de las clases oultas, y descubren una sensibilidad femenina muy sintomática, puesto que los creadores de esas obras, al escribirlas, estaban realizando un acto de escapismo intelectual que trataba de ocultar su incapacidad para reflejar la realidad que vivían.

Sin embargo, dentro de ese inmenso mar de melodramatismo resultan algunas novelas que contienen no sólo temas de interés (aunque estén mal explotados), sino uno que otro atisbo de la realidad nacional, aparte de ocasionales hallazgos formales. Así "La Isla", novela de Manuel María Caballero (1819-1866), es un vano intento por abandonar la falsa exterioridad retórica del romanticismo, pero no carece de algunos pasajes en que el lenguaje se torna sumamente expresivo por su claridad, aunque los diálogos no contengan ningún aliento de vida real.

El escritor más consecuente en el género y a quien se deben también las mejores novelas de ese período, excepción hecha de la obra de Nataniel Aguirre, es el ya mencionado Santiago Vaca Guzmán. Publicó, desde 1867 hasta 1891, cuatro novelas que poseen algunos aciertos estilísticos y conceptuales, como ser el vigor positivo y cierta espontaneidad. Seguramente por su corta existencia dedicada a múltiples quehaceres, —escribió poesía, historia, derecho, ensayos económicos, políticos, textos de geografía e innumerables artículos de prensa—. Vaca Guzmán no pudo entregarnos una verdadera creación original valedera a través del tiempo, para lo cual sin duda estaba capacitado. Lo principal de sus cuatro novelas, desde "Ayes del Corazón" (1867), "Días Amargos" (1886), "Su Excelencia y Su Ilustrísima" (1889), hasta "Sin Esperanza" (1891), es la incidencia en el análisis psicológico.

El gran creador de la novela romántica boliviana fue Nataniel Aguirre (1843-1888), autor de "Juan de la Rosa" (1885). Esta obra conteniendo todos los ingredientes típicos del romanticismo sentimental, es sin embargo la que perdura aún hoy en día tanto por sus valores literarios como por su penetración psicológica. Aquí se está en presencia de un verdadero novelista que sabe manejar sus elementos y que, además, los utiliza con una espontaneidad y sencillez admirables, productos ciertamente de su amplio conocimiento de lo formal. Así, por ejemplo, será muy difícil encontrar entre todas las novelas de su época y aun en aquellas posteriores,

caracterizaciones más nítidamente reales que los personajes de la novela de Aguirre. La prosa serena, emotiva, llena de sugerencias, demuestra una habilidad nada común para las descripciones y para los análisis psicológicos.

Aparte de sus méritos estilísticos, lo que sobresale en "Juan de la Rosa", es ese espíritu atento a una sensibilidad social e histórica que pocas obras nacionales poseen; además es la primera obra en la que el paisaje nativo contribuye al conocimiento del ámbito en el que se desarrollan las acciones propiamente novelescas. El tema realista es expuesto sin grandes exageraciones líricas y sin la insostenible adjetivización frondosa de los románticos. Aguirre escribió también excelentes cuentos y narraciones que son modelos de su género, como por ejemplo "La Bellísima Floriana".

d) La Poesía.— Donde más se hace patente la falta de imaginación creadora, el espíritu imitativo y la sensibilidad exacerbadamente sensiblera que no hace otra cosa que expresar artificiosos estados de ánimo, temas superficiales y el verbalismo oratorio de la peor poesía española y francesa de aquellos tiempos, es la producción lírica de los años correspondientes al período romántico. Las poesías escritas entonces podrían llenar varios volúmenes, y no hay escritor o periodista, no hay persona culta que no haya versificado, por lo visto. Da la impresión de que el hacer poesía en aquellas épocas para los bolivianos instruidos era una obligación o una forma de escapar a la monotonía de sus vidas, cuando no a las amargas realidades que se vivían. Todas estas características se patentizan en las obras de Néstor Galindo, Mariano Ramallo, Manuel José Tovar y Daniel Calvo.

Es natural que, de entre esa inmensa producción, se puede encontrar algunos versos que poseen un deseo genuino de expresión poética, y que tienen además uno que otro mérito literario, pero sería tarea ardua emprender esa búsqueda. Por eso hay que contentarse con mencionar sólo dos nombres que, en cierta medida, rebasan los marcos de los simples versificadores, ellos son los de María Josefa Mujía y Ricardo José Bustamante.

En la ciega María Josefa Mujía (1813-1888), existió un real temperamento poético natural que fue acallado por las circunstancias adversas de su vida que no le permitieron desarrollar todas sus facultades. En ella, por lo menos, el dolor y el escepticismo romántico es algo auténtico y se expresan por medio de la poesía para desear una comunicación humana fraternal muy femenina y no exenta de patetismo, aunque en lo formal no tengan ningún hallazgo de valor. En cambio en Ricardo José Bustamante (1821-1886),

la preocupación por los moldes formales le impide, pese a sus aciertos, la expresión espontánea y vigorosa de un espíritu épico de gran aliento que no fue ampliamente desarrollado. El lirismo de Bustamante es más objetivo que subjetivo y, a través de las concesiones conceptuales y estilísticas a la versificación romántica, se puede encontrar en sus poemas, principalmente en el "Preludio al Mamoré", el antecedente más firme para la creación de la poesía nacional.

5) El Post-romanticismo

La principal característica que define al post-romanticismo, más que los temas que entonces se incorporaron a la novela, el cuento y la poesía, es la preocupación entre los escritores por crearse un lenguaje propio a través de un mayor cuidado y atención por lo formal. Desde la Guerra del Pacífico (1879), la burguesía se dio cuenta de su aislamiento con el resto de los países americanos y trató de ponerse a la altura de ellos, al mismo tiempo que comenzaba a volver los ojos sobre los problemas de su patria. Con la subida al poder del partido Conservador, la lenta institucionalización nacional y la creciente participación en la política de las clases mestizas, se fueron originando nuevas problemáticas sociales que la literatura se empeñó tímidamente en reflejar, siempre con el espíritu romántico como guía conceptual.

Junto a eso, afirmábase otra corriente que tenía un poderoso antecedente entre la burguesía culta: la tendencia extranjerizante de las clases gobernantes. El complejo colonialista se agudizaba entre ellos, a raíz del desastre de la Guerra del Pacífico; pero también les impulsa al estudio y la capacitación cultural. Algunos intelectuales, pese a su educación europea y a sus resabios clasistas, adquirieron una sensibilidad social digna de encomio. El influjo de la literatura Realista europea, sobre todo de la novela rusa, es un elemento decisivo para esta actitud. Como siempre en el campo de la Historia es donde se nota mayormente estas preocupaciones y, en segundo término, en la novela y el cuento.

a) La Historia.— El sentimiento nacional herido con la derrota del Pacífico y la decidida confrontación de las circunstancias que dieron origen a nuestra nacionalidad, conforman los temas básicos de la investigación histórica, aunque se continúe con la simple acumulación de datos y la constante repetición de conceptos, errores e interpretaciones equívocas sobre el pasado, sin un claro criterio de lo que debe tratar de mostrar la tarea del historiador. La

creciente culturización de los intelectuales, su tendencia a demostrar la capacidad creadora del pueblo boliviano, al mismo tiempo que su increíble desprecio por nuestros orígenes pre-coloniales, el activismo político de muchos de ellos, se reflejan en los nuevos libros sobre historia, aún en las variadas monografías que se publican por aquellos años, carentes de una noción científica en cuanto a la utilización de los documentos.

Merecen anotarse, por eso, las apasionadas búsquedas de nuestro pasado que pocas individualidades realizan, con un sentido muy romántico y literario sobre las consecuencias de su labor; con todos sus defectos, sus obras, aunque no pasen de sanas intenciones, son las precursoras de la moderna investigación histórica nacionalista. Aá al tiempo que Vicente Ballivián y Roxas, ya mencionado en el anterior período, estudiaba la arqueología precolombiana, Agustín Asplazu (1826-1897), dedica constantes estudios al derecho y a los problemas científicos y geográficos; mientras Emeterio Villamil de Rada (1804-1880) se empeñó en justificar científicamente sus sueños referentes a la prioridad de la lengua aymara en el tiempo, ubicando el Paraíso Terrenal en nuestra patria para probar la autoconía del hombre americano.

En el campo propiamente histórico tienen valor las monografías de Sabino Pinilla (1851-1909), uno de los primeros en afirmar que Bolivia había nacido pese a los deseos de su presunto creador: Bolívar; las de Valentín Abecia, continuador de la obra de G. R. Moreno, autor de una importante "Historia de Chuquisaca"; Miguel de los Santos Taborga, Arzobispo de Sucre, que contribuyó a la investigación histórica con valiosos datos respecto a los tiempos coloniales y los primeros tiempos de la Emancipación; Manuel Vicente Ballivián, erudito y precursor de los estudiosos de la arqueología, que escribió ensayos de gran importancia en una serie de revistas y periódicos con un estilo claro e imaginativo; la obra de Modesto Omiste (1840-1898), en cambio, participa de aquél género entre histórico y tradicionalista que ahora interesa más al novelista, aunque hay que destacar su ejemplar dedicación a la enseñanza y su fervor reivindicacionista de nuestra historia.

El primer historiador que se aparta de las tendencias colonialistas románticas y del mismo concepto historicista de esa escuela, es José Rosendo Gutiérrez (1840-1883), de equívoca vida política, autor de dos bien documentadas obras: "La Revolución del 16 de Julio" y "Vida del Capitán Alonso de Mendoza". En la primera reivindica la memoria de Pedro Domingo Murillo y hace resaltar la importancia del movimiento libertario de

1809 de La Paz; y en la segunda realiza uno de los estudios mejor documentados de la colonia y, sobre todo, de las Guerras civiles entre los conquistadores; Gutiérrez poseía un estilo vigoroso y claro que muy pocos pudieron igualar.

Una de las figuras más valiosas e importantes de nuestra literatura y particularmente del género histórico, es Gabriel René Moreno (1836-1908), autor de dos obras clásicas: "Últimos días coloniales en el Alto Perú" y "Las Matanzas de Yáñez", aparte de la que mayores méritos tiene en el campo de la historiografía "Biblioteca Boliviana". La sola enumeración de los libros de Moreno abarca bastante espacio, pero no así la reseña de su vida: nacido en Santa Cruz de la Sierra, de una familia española, cuyos preceptos morales parece que influyeron definitivamente en su existencia, así como en sus nociones raciales, viajó muy joven a Chile donde se radicó, haciendo ocasionales visitas a su patria; pero la única actividad pública de su existencia la constituyó su labor como profesor del "Instituto Nacional de Santiago" y Director de su Biblioteca. Una de las vidas más recoletas que imaginarse pueda, dedicada completamente a una sola pasión: la recolección de todo papel impreso referente a su patria, abominada por sus luchas políticas bastardas y por sus gentes.

La educación positiva preparó a Moreno en la aguda percepción de la realidad que fue mirada por él como el producto de causas bien delimitadas; su erudición asombrosa y la pasión por el detalle esclarecedor, sin embargo, no están al servicio de una interpretación totalizadora del fenómeno histórico; lo que a él le interesa es la dilucidación de los hechos circunstanciales más que una confrontación de la realidad en sus aspectos ejemplarizadores. Admirador de la cultura europea, despreciaba los productos mestizos intelectuales, aunque no deja de señalar que ellos obedecen a una especial mentalidad. Por eso se dedica a exhumar todo lo referente al espíritu colonialista en una de las prosas más bellas que ha producido la literatura americana, en la que no falten los aciertos psicológicos en el examen de las personalidades; los hechos en ella son reflejados con una maestría descriptiva que habría dado sus mejores frutos en la creación propiamente literaria. Su labor bibliográfica es enorme y de ella sobresalen los sagaces comentarios y glosas de su mencionada "Biblioteca Boliviana" y del "Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos", así como sus libros dedicados a las relaciones internacionales e históricas entre "Bolivia y el Perú", "Bolivia y Chile" y "Bolivia y la Argentina", libros que es necesario

conocer para valorizar debidamente su apasionante labor ejemplar. (1)

b) **La Novela y el Cuento.**— La principal tendencia en estos dos géneros fue la exploración literaria de una temática nacional, realizada con las nociones estéticas debidas al Realismo y al Romanticismo europeos. Los más altos representantes de la intelectualidad criolla, se dieron cuenta de que para ser originales y concitar una verdadera labor nacionalista era preciso ver a su alrededor y tratar de comprender las motivaciones espirituales y materiales que crearon el clima en donde se desenvolvía la vida de las ciudades y del campo boliviano, con la exacta descripción de sus tipos humanos y sus consecuentes pasiones.

Por eso, la leyenda y el cuento contienen los mayores aciertos en esa dirección, aparte de sus positivos méritos literarios, los cuales aún conservan mucho del espíritu romántico por el colorismo exterior y el psicologismo superficial, no exentos de la antigua verbosidad. Hay sí una mayor conciencia de lo que el fenómeno literario implica y un deseo patente por encontrar un estilo propio, tal como se lo estaba logrando en las demás literaturas americanas. Los primeros esbozos novelísticos de este período corresponden a Rodolfo Soria Galvarro (1855-1916), autor de "Los caballeros de la noche" (1889), novela escrita con cierta corrección y con positivas cualidades narrativas; y a Isaac G. Eduardo (1861-1924), que nos dio en "Corazón Enfermo" (1891) una interpretación romántica de un tema típico, iniciando el estudio de la prosa poética en la novela.

Considerado como el introductor del realismo en Bolivia, Julio César Valdés (1862-1918), maneja una prosa ágil y sugerente sin los lirismos románticoides que aún perduran. Es el creador de la novela costumbrista y del psicologismo realista que no produjo, sin embargo, más que intentos no bien definidos. Su novela, no acabada, "La Chabelita" está escrita con un tono satírico, burlón y desdeñoso, pero de gran colorido para mostrarnos las costumbres de su tiempo; fue también autor de varios cuentos donde se realizan verdaderos estudios críticos sociales como "La Revolución y Picadillo". Al lado de las obras de Valdés, las de Tomás O'Connor D'Arlach (1855-1932) perduran en la exposición realista desde el

(1) Merece destacarse aquí también la Historia del Colegio Franciscano de Tarija y sus misiones (1883) del padre Alejandro Corrido, un pulcro y excelente prosista que incorpora en esta obra la del padre Comajuncosa, además de darnos datos y relaciones de gran valor para el conocimiento geográfico, etnográfico e histórico del Chaco.

punto de vista literario del romanticismo; sus libros o biografías históricas son los antecedentes del género novelístico con temas de la historia nacional, donde lo anecdótico tiene preeminencia. Sus obras más conocidas y que han merecido varias reediciones son "El General Melgarejo" y "Juana Sánchez".

Poseedor de un estilo irónico, lleno de sugerencias y mordaces interpretaciones sobre la realidad de su tiempo y del pasado, con algunos resabios espirituales románticos que le hacen inclinarse a la exploración de los temas coloniales, Julio Lucas Jaimes (1845-1916), de popular actuación en el periodismo (hizo famoso su pseudónimo *Encha Gorda* a través de sus notas en "La Nación" de Buenos Aires), y vasta labor política y educacional, fue uno de los mejores cultores del cuento, especialmente de la leyenda costumbrista, además de autor de las novelas "Hogar en Ruínas" y "Delia Castro"; poco conocidas. Su obra mejor es el conjunto de tradiciones y leyendas: "La Villa Imperial del Potosí", escrita con un estilo barroco, grato para los amantes de las reconstrucciones colonialistas. Labor sobresaliente desarrollaron en esta época e incluso posteriormente varios y acuciosos investigadores de nuestro pasado que aunarón lo folclórico, la anécdota y la leyenda moralizante en sus obras, como por ejemplo, Samuel Velasco Flor, don Luis Subieta Sagrúnaga, Alfredo Jáuregui Rosquellas, Plácido Molina y el historiador José Macedonio Urquidí.

El temperamento netamente romántico que se revisió con el formalismo temático realista, tuvo en Lindaura Anzoátegui de Campero (1846-1898), a una de sus representantes más originales. La Anzoátegui de Campero manejaba una prosa típicamente romántica, pero sencilla, y poseía grandes capacidades para la descripción y el análisis psicológico. Es autora de varios cuentos y novelas escritas con un patetismo oratorio entremezclado con las cualidades narrativas del espíritu realista. Sus cuentos más conocidos son: "La Madre" y "Una Mujer Nerviosa".

c) La Poesía.— El influjo formalista del parnasianismo y el simbolismo europeos, (1) se dejó sentir en la producción de algunos poetas, aunque necesario es decir que el concepto romántico aún prevalecía dándonos mejores muestras a través de la introduc-

(1) El Parnasianismo propugnaba como supremo fundamento de la obra de arte a la forma poética, rechazando el lirismo sentimental del romanticismo. El Simbolismo buscaba las relaciones secretas u ocultas de las cosas con nuestras reacciones emotivas; esas relaciones se dan, para el poeta simbolista, a través de la musicalidad y el poder de sugestión de las palabras.

ción y la búsqueda estilística de nuevos cánones. Así, fueron apareciendo una serie de versificadores bastante capaces, pero faltos de originalidad. Otro aspecto que se debe señalar es el relativo a la aceptación de ciertos aspectos de la realidad que antes habían sido desdeñados; ello condujo a crear una poesía eminentemente descriptiva, donde la crítica a las costumbres y a la moralidad burguesa criolla es lo principal, tal como sucede en la obra de la Zamudio.

El realismo festivo en la poesía se expresa a través de los Versos de Luis Zales y Benjamín Blanco. Pero el principal poeta de este período es Rosendo Villalobos (1859-1940), en el cual todavía existe mucho del temperamento romántico, pero unido a un especial cuidado por lo formal debido influjo en él del simbolismo europeo; en sus versos priman los problemas técnicos y se puede afirmar que constituyen una transición entre el romanticismo del siglo pasado y el parnasianismo de principios de siglo. Sus versificaciones son correctas y no exentas de originales imágenes, pero carentes de un verdadero aliento poético.

En cambio la obra de Adela Zamudio (1854-1928), es una de las más originales, por ese patetismo romántico y realista a la vez por los temas que explora; descuidada en la forma, sabía expresar una problemática social con un vigor expositivo raro entre los poetas de su tiempo; por esto, lo principal en ella es esa preocupación por lo conceptual más que por lo artístico. La angustia de carácter psicológico, producto de una crisis emocional e intelectual en constante combate con la realidad, fue una peculiaridad en esta excelente escritora que ya pertenece al período realista de nuestra literatura.

LECTURAS RECOMENDADAS

- Marcos Beltrán Avila: "El tallo bolivariano".
 Gabriel Rané-Moreno: "Náuticas de Yañez".
 José Rosendo Gutiérrez: "La Revolución del 8 de Julio".
 Guillermo Francovich: "El pensamiento universitario de Chuarcas" "La filosofía en Bolivia".
 Carlos Montenegro: "Nacionalismo y coloniaje" (Precursores - Paréntesis - Epopeya - Drama).
 Jesús Lara: "La Literatura de los Quechuas" (páginas dedicadas a Wallparrimachi y a la época republicana).
 Gustavo Adolfo Otero: "Figuras de la cultura boliviana" (Casa de la Cultura — Quito).
 Augusto Guzmán: "Adela Zamudio" (Ed. Juventud).
 Walter Navin Romero: "Interpretación y análisis de "Juan de la Rosa".
 Nataníel Aguirre: "Juan de la Rosa".

Capítulo Cuarto

EL REALISMO Y MODERNISMO

1) Estructura Socio-económica del Período Liberal

El período denominado del liberalismo abarca más de treinta años, durante los cuales la burguesía industrial se cohesionó y, a la vez, va transformando sus cuadros con la incorporación de nuevos elementos. Se abandona así poco a poco, la vieja mentalidad romántico-colonialista que, sin embargo, sigue imperando entre las castas gobernantes. La estructuración institucional iniciada por el partido conservador que había estado compuesto por una élite social de vigorosas mentalidades y de amplio sentido progresista, fuera de sus resabios clasistas que les habían llevado a gobernar para una clase, logró que ciertos principios democráticos comenzaran a tener plena vigencia en algunos aspectos de la vida civil del país.

Cuando los principales representantes de esa burguesía se dieron cuenta de que la principal causa para la derrota del Pacífico y el constante enclaustramiento de Bolivia había sido el espíritu colonialista y la mentalidad cerrada y provinciana de los terratenientes (lo cual había favorecido el juego político de la burguesía capitalista chilena, portavoz de los intereses económicos angloamericanos en esa guerra), iniciaron una acción cohesionadora de las fuerzas nacionales para integrar a Bolivia en el concierto político sudamericano. Su principal empeño era lograr la industrialización y afianzar los postulados liberales de la libre empresa.

Para conservar el poder y unificar sus fuerzas, tuvieron que hacer serias concesiones a los capitales extranjeros, principalmente norteamericanos, que comienzan en esa época su penetración en nuestro país, entregando poco a poco las fuentes productivas nacionales. Las consecuencias sociales y económicas de la implantación de la libre empresa, si bien fueron favorables para las clases gobernantes que siguieron encontrando en la explotación agrícola y en la minería sus principales ingresos, contribuyeron a esa escisión perenne entre la burguesía industrial conservadora y liberal y las

clases mayoritarias mestizas. Sin embargo, desde el ascenso al poder del partido conservador, Bolivia entra en un período de transformaciones materiales lentas que sólo benefician a las élites y, después, continúan con un ritmo y orden impuestos por las circunstancias económicas e históricas que dirigían los intereses políticos extra nacionales..

La integración de Bolivia al progreso latinoamericano, era comprendida por la burguesía industrialista como una simple imitación a todo lo proveniente del extranjero; por eso existe ese desconocimiento y desdén con referencia a los problemas sociales y económicos nacionales por parte de las clases cultas, salvadas las excepciones de algunas individualidades que lucharon en el campo político y literario para hacer comprender a las minorías su errado concepto. La famosa obediencia a las leyes, punto principal de la acción de gobierno de los conservadores, no implicaba otra cosa que el total sometimiento de las mayorías a los intereses de la oligarquía gobernante. La creencia de que era preciso hacer coincidir el interés público con el privado, pensamiento rector del liberalismo, sustenta toda la política de conservadores y liberales en el poder, y perdura aún después de la Guerra del Chaco.

Habiéndose convertido la riqueza, originada en la explotación agrícola, en productora de riqueza también, por la creciente importancia de los minerales y su consecuente explotación libre y, principalmente, por su convertibilidad en capital bancario y comercial (lo que traía un mayor auge productivo y la circulación del dinero, a la vez que coincidencia de intereses con los capitales extranjeros que vinieron a tonificar la economía y las rentas fiscales), la estructura económica y financiera del país se transformó. Pero, como el Estado sólo tenía incumbencia como regulador de los intereses encontrados, ese progreso en el plano nacional fue de muy cortos alcances, originándose así un constante estado de crisis económicas que tenían que ser sufridas principalmente por las mayorías. De ahí que se hace patente un anacronismo entre la defensa de la institucionalidad y la defensa de las leyes (hechas sin contemplar la verdadera realidad social y económica) por parte del Estado y el creciente poder que la burguesía iba logrando por encima de aquellas, ya que sólo sustentaban la inviolabilidad de la libre empresa. Por eso es que el orden jurídico imperante y la ciega observancia de las normas institucionales dan lugar en algunos casos al hecho contradictorio de hacer prevalecer por sobre los verdaderos intereses nacionales. La defensa de nuestro territorio era menos importante que la obediencia a las leyes, por ejemplo.

Por otra parte, contrastando con la industrialización del país, el régimen económico de la explotación de las riquezas seguía siendo feudalista, tanto en las minas como en el campo; lo cual, desde luego, favorecía esa supremacía social por parte de las clases gobernantes, convertidas en oligarquías una vez que la explotación minera adquirió el primer plano en la economía nacional. La penetración de capitales extranjeros trajo como consecuencia una tecnificación en cuanto al trabajo productivo de los minerales, pero no en lo que se refiere a las normas sociales que debían regir ese trabajo. Tal el caso de cómo se dirigen las funciones de los ferrocarriles: estuvieron destinados principalmente a las labores puramente extractoras de materias primas que beneficiaban en una mínima medida al comercio nacional, pero muchísimo más a las compañías extranjeras y nacionales formadas con capitales foráneos que eran localizados fuera del país.

a) **Conservadores y Liberales.**— Pese a la aparente divergencia ideológico-política, conservadores y liberales gobiernan el país con los mismos fundamentos socio-económicos, y su alternabilidad en el poder no implicó ningún cambio básico de la estructura material de la nación. Los conservadores dominan en la escena política desde 1880 hasta 1889 y el partido liberal desde esta última fecha hasta 1920, pero su influencia dura hasta después de la Guerra del Chaco. La imitación de las ideologías jurídicas, económicas y culturales extranjeras es una forma del colonialismo burgués liberal, por encima de la defensa ideal y retórica de los postulados positivistas que contradecían los ideales conservadores. La suerte de las masas les era indiferente tanto a las clases pudientes que se encaramaron en el poder por las prerrogativas e imperativos económicos, como a los mismos gobernantes.

La libertad, el sufragio democrático y la constitución son los principios sacrosantos de ambos partidos, pero ellos regían sólo para refrendar la libertad de explotar a las mayorías ignorantes. La privación de los derechos políticos a las clases que no tuvieran suficientes rentas para hacerse acreedores a ellos, nos demuestra que existía entre conservadores y liberales un deseo patente de aristocratización que era necesario hacer valedero en el plano espiritual; cosa de la cual se encargaron la mayoría de los intelectuales. De ahí el valor dado a la religión, único punto en el cual no se pusieron de acuerdo liberales y conservadores. Los primeros lucharon retóricamente contra ese concepto, pero acabaron por aceptarlo al ver que ello convenía a sus intereses políticos y económicos.

Desde el liberalismo se creyó sinceramente que el progreso material sólo podía lográrselo siguiendo las directivas económicas extranjeras. La ingerencia del Estado en los asuntos públicos de la burguesía, fue la natural consecuencia de la noción referente a nuestra incapacidad administrativa para crear capitales propios. En lo político y cultural, tal noción condujo a los liberales a reprimir todo intento de formación de un real nacionalismo. Es por eso que las voces aisladas que llamaron la atención sobre este estado de cosas son desoídas y olvidadas, ya que las mayorías mestizas no gozaban de ningún derecho para culturizarse. El embrutecimiento de esas masas, utilizadas solamente como elementos electores, su inculturna y su degeneración alcohólica para lograr su servidumbre política, fueron hechos tan insostenibles que muchos trataron de remediarlos, pero siempre en base a idealismos que no contemplaban ni lograron comprender la realidad.

b) La Prensa Liberal.— Mientras la democracia representativa se dedica a discutir en los congresos cuestiones que afectan aquel estado de cosas en mínima forma, como ser los principios ideológicos de la libertad de cultos, el matrimonio civil, la enseñanza laica, etc., la prensa liberal se encargaba de esterilizar el pensamiento nacional reivindicacionista de las clases electoras. Su papel director de la conciencia pública se encaminó a encubrir los intereses económicos antinacionales de la naciente oligarquía minera, a la cual le importaba muy poco la culturización de las masas. Por eso el periodismo liberal es culpable de haber recrudecido ese complejo de inferioridad de las clases mestizas, creando consecuentemente entre ellos un sentido admirativo por las obras materiales que realizaron sus explotadores y aún por las mismas formas de vida que les son propias a las clases gobernantes. Estos aspectos de la realidad se encuentran, a veces, magníficamente descritos en algunas obras literarias de este período, pero sin concitar una crítica a la misma mentalidad que dio origen a esas actitudes.

La sugestión que la prensa realizaba entre la pequeña burguesía llegó a torcer los mismos acontecimientos políticos. No otra cosa demuestra el hecho de la completa ignorancia que tenía el pueblo sobre los móviles y orígenes de la Guerra del Acre y del Clacó por ejemplo. El maléfico empleo de la prensa como conductora de la mentalidad nacional, llegó a sus máximos extremos con la ingerencia del superestado minero que pudo servirse de ella como un medio ideal dirigido a adormecer la conciencia pública.

c) **La Farsa Democrática.**— Los ideales democráticos propugnados sólo se hacían efectivos entre la minoría letrada que gobernaba la nación. Las clases medias: artesanos, empleados públicos, etc., tenían una pequeña participación en los negocios públicos y generalmente eran las reservas electorales de los partidos políticos; mientras tanto los indios y obreros de las minas eran mantenidos en la más absoluta ignorancia y miseria. Como es natural, todos ellos desconocían que su existencia estaba manejada no por los intereses políticos nacionales, sino por aquellos pertenecientes al Superestado minero, formado desde principios de siglo a raíz de la importancia internacional de nuestros minerales.

La empresa minera de Simón Patiño era, por entonces, la principal fuerza económica dirigente de ese Superestado invisible a las mayorías. Es desde el año 1913 cuando esa influenciase hace efectiva. Patiño entonces comienza a manejar casi directamente los asuntos del Estado hasta mucho después de la Guerra del Chaco, en alianza con las demás grandes empresas mineras como las de Hochschild y Aramayo. Es sabido que todo cambio ministerial y presidencial se lo realizaba sólo con su aquiescencia. Esto implica que la constante balanza y los déficits presupuestarios fiscales tuvieron su origen en ese control absoluto ejercido sobre el Estado por Patiño y sus socios. Dicho control llegó incluso hasta las mismas labores culturales, ya que periodistas, catedráticos, profesores y hombres de letras estaban a su servicio.

No es asombroso que en esas condiciones la democracia proclamada por los idearios políticos de los diferentes partidos, que se alternaron en el servicio de ese Superestado minero, se administrara de acuerdo a las posibilidades del erario público. Cuando algunos gobiernos presididos por elementos con cierta sensibilidad que se hicieron eco de los acontecimientos políticos internos y por un elemental sentido de supervivencia, trataron de realizar algunas reformas económico-financieras, sociales y culturales, no pudieron durar en el mando, porque entonces la oligarquía minera se movilizaba con una rapidez asombrosa para derrocarlos. A partir de la segunda etapa del gobierno liberal, en la conciencia ciudadana comienzan a aparecer algunos brotes de radical crítica en el ámbito intelectual y algunos movimientos obreros que obligan a hacer algunas concesiones político-sociales, sobre todo desde que Bautista Saavedra subió al poder y se afianzó el Partido Republicano.

Tales cambios dentro de la estructura jurídica imperante, que no fueron más que un resultado previsible de los factores económicos derivados de la explotación del trabajo, sobrevinieron por

la fuerza de la evolución social y se reflejan en la misma producción cultural y en las nuevas directivas de la política educativa. Pero en cuanto a las teorías reformistas del trabajo agrícola, que empiezan a aparecer ya, sólo fueron considerados desde el punto de vista pedagógico y no con criterio realista que confrontara las bases del problema, puesto que el Superestado Minero no permitía ningún cambio en estas cuestiones. Sin embargo, la intelectualidad de aquel tiempo fue adoptando serias actitudes de crítica constructiva, aunque ellas no pasaron del marco de las especulaciones literarias y jurídicas que, más tarde, tendrán que imponerse por la fuerza de las circunstancias sociales e históricas.

2) La Cultura Liberal. - El Positivismo

La fundamentación ideológica dominante de ese período fue la filosofía Positivista, movimiento que al igual que en Europa tuvo vasta repercusión dentro del campo sociológico. (1) Pero, en términos generales, se puede afirmar que los postulados de esa filosofía que desdeñaba las ambigüedades metafísico-religiosas propias del romanticismo idealista, fueron convertidos en simples especulaciones de carácter más literario que realista y, lo que es peor, no encontraron una correcta aplicación a nuestros problemas. La mayoría de los intelectuales trató de conciliar el materialismo que se encontraba en la doctrina positivista con sus creencias espiritualistas de viejo caño, esterilizando en esa forma la incitación para una toma de conciencia sobre las circunstancias que vivía nuestro país.

Al principio se aceptó al Positivismo dentro de los círculos intelectuales y se adhirieron a él especialmente algunos industriales y hombres de acción que encontraron en la famosa ley de los tres estados una justificación para reformar el orden existente. Pero, co-

(1) El Positivismo de Comte admite otra realidad que no sea la de los hechos y se concreta a investigar sus relaciones. Rechaza el conocimiento metafísico y apriorístico; es hostil a la deducción y a la sistematización; reduce a la filosofía a los resultados de la ciencia, postulando un materialismo empírico. Según A. Comte el proceso del pensamiento humano se efectúa a través de tres etapas o estados: 1º Estado Teológico, en el cual el espíritu centra sus investigaciones en "la naturaleza interior de las cosas, en las primeras y últimas causas, — por eso hay un dogmatismo del fetichismo, del politeísmo y del monoteísmo respectivamente; 2º Estado Metafísico, que centra su atención en las fuerzas abstractas y en los conceptos; 3º Estado Positivo, en que se reconoce la inutilidad de llegar al conocimiento absoluto. Se emplea aquí la Razón, la lógica y la experimentación para toda conducta social.

no ya lo hemos mencionado, todo cambio operado sólo se lo hizo en vista a un beneficio de "los de arriba" o de los llamados "constructores de la sociedad". Las nociones sobre el altruismo y el amor universal a los semejantes, eran nada más que una afirmación de las doctrinas cristianas y en nada tocaban a los ideales abstractos que la burguesía católica mantenía. Lo único que se discutía era el papel relativo de la Iglesia dentro de la vida institucional y las relaciones de ésta con el Estado. Lo que combatían los positivistas bolivianos no eran los dogmas de la Iglesia, sino ciertas formas del culto religioso considerados como un obstáculo para la existencia de los poderes terrenales; se pretendía que la Iglesia redujera su campo de acción y no intervenga directamente en los asuntos del Estado ni en la reglamentación educativa. Pero, al final, estas divergencias se concretaron a una lucha verbal entre liberales y conservadores y dieron motivo a interminables sesiones del Congreso, como así a potémicas periodísticas, pero sin tocar en su esencia los problemas filosóficos, sociológicos e históricos que el Positivismo examinaba.

Uno de los difusores del positivismo en Bolivia, fue el catedrático de Derecho Público de la Universidad de San Francisco Javier Benjamín Fernández, que escribió algunos trabajos en los periódicos de la época. A través de su labor universitaria se encargó de hacer conocer esas doctrinas entre los estudiantes, las cuales fueron impugnadas con ardor por el famoso parlamentario y más tarde Presidente de la República Mariano Baptista, quien escribió una serie de artículos, en 1887, titulados "Correspondencia del Viernes", en los cuales criticaba la posición de los intelectuales que se adherían al positivismo, acusándolos de que vivían del plagio europeo en todos los órdenes. Católico empedernido, veía en toda doctrina contraria a esa religión un crimen contra la verdadera esencia conformativa del alma nacional. Monseñor Miguel de los Santos Talorga combatió al Positivismo con armas más profundas: en su libro "El Positivismo, sus errores y falsas doctrinas", afirmaba que ese movimiento filosófico era contradictorio y nada original puesto que provenía del materialismo griego determinista y por eso constituye un camino directo al fatalismo.

Una figura singular en esta polémica es la de Mamerto Oyola Cuéllar, liberal en su credo político, pero contrario a las concepciones positivistas. Aunque era un ferviente admirador de la filosofía cartesiana, no por ello dejaba de ser un espiritualista. Al respecto es muy sintomática su idea sobre el Estado, al que definía co-

mo "la idea divina realizada como mundo social". Es autor de un libro: "La Razón Universal" (1899).

a) **Las Ideas Filosófico-Jurídicas.**— El Positivismo al extremar su valorización de lo puramente material y biológico y por su objetividad casi primaria, dio origen a un fanatismo cerrado en cuanto a las especulaciones filosófico-literarias que tenían que chocar con el dogmatismo religioso. Aquellos intelectuales que se encontraban en medio de las dos creencias, hallaron en las ideas revolucionarias de Spencer una síntesis afín a su posición. Así, por ejemplo, el profesor de la Universidad de Sucre Luis Arce Lacaze, en su obra "Filosofía del Derecho" (1892), expone su pensamiento partiendo de las ideas sobre lo Incognoscible de Spencer.⁽¹⁾ Más tarde, Lacaze encontró en las ideas pragmáticas, que introdujo entre los estudiantes sucrenses, una fuente analítica decisiva.

Esta inconsistencia doctrinaria se nota aún en Daniel Sánchez Bustamante (1870-1933), considerado el patriarca de la intelectualidad liberal. Heredero del Positivismo y adherente al spencianismo, trató de aplicar tales doctrinas a un examen sociológico y pedagógico de nuestra realidad, en varios artículos de prensa. Fue autor de un texto sobre "Principios de Sociología" (1903). Sánchez Bustamante creía firmemente en la tolerancia, en que el progreso se lo iba a conseguir sólo cuando el pensamiento venciera las fuerzas de la ignorancia, ya que las "leyes naturales" de la historia evolucionarian hacia formas más perfectas de la sociedad humana. Consecuentemente la conciencia constituía el fundamento de lo social. El moralismo de Bustamante, se origina, ciertamente, en el concepto burgués de la ambivalencia entre pensamiento y acción. Como expositor de teoría, dentro de su labor pedagógica y universitaria, fue un concitador de ideas válidas solamente como especulaciones mentales, pero no existía en sus enseñanzas un solo soplo de rebeldía auténtica y fructífera encaminada a examinar nuestra realidad es.

b) **Las Ideas Pedagógicas.**— Esa fe en el predominio de las fuerzas racionales provenientes del Positivismo, tuvo un influjo benéfico en las nuevas ideas pedagógicas, al menos para dar un

(1) H. Spencer influido por Darwin y su teoría evolucionista, llega a defender un determinismo mecanicista. En tal determinismo había, según él, un poder rector sobrenatural: lo incognoscible, ajeno a toda explicación científica, porque el conocimiento sólo es capaz de llegar a la aprehensión de la materia en base a la experiencia sensorial. Spencer era un individualista contrario a todo colectivismo.

decisivo impulso a la enseñanza. Aunque más tarde, a partir del segundo período liberal, fuera detenido ese empeño al comprobarse algunas fallas en la aplicación a nuestras circunstancias de los métodos educativos importados de Europa, aspecto éste que hasta nuestros días pervive. La introducción de las ideas socialistas y la misma crisis cultural y económica europea después de la Primera Guerra Mundial, con el consecuente florecimiento del nacionalismo, fueron factores primordiales que incidieron en un examen más amplio de esos problemas, al hacerse evidente también la crisis del pensamiento y la acción del Positivismo liberal.

Uno de los educadores más preocupados porque Bolivia se colocara en el mismo nivel cultural de los demás países americanos, fue el Ministro de Educación de Montes, don Juan Misael Saracho, quien dio un generoso impulso a la enseñanza, dictando incluso un decreto relativo a la educación indígena, al mismo tiempo que fundaba las primeras escuelas de Minas, en Potosí y Oruro. En 1909 se fundó la Escuela Normal de Sucre, dirigida por Georges Rouma, conocido pedagogo belga, que escribió varias obras sobre los aymaras y quechuas. La Misión belga transformó el sistema memoralista introduciendo el método de reflexión. Pese a que se preparó maestros muy versados en las teorías educativas, éstos carecían del sentido elemental de cómo esas teorías podían ser puestas en práctica. Lo saludable de la enseñanza encomendada a Rouma y sus discípulos fue la sistematización educativa sobre una base científica, a la vez que introdujo la educación laica y experimental.

c) Los estudios Socio-Históricos y Pedagógicos y la Investigación Tradicionalista.— A los ensayos publicados en esta etapa del liberalismo, producidos bajo las consignas positivistas o combatiéndolas, hay que considerarlos como las bases más sólidas de la moderna investigación sociológica. Aún hoy, con todos sus defectos de perspectiva, con todas sus ideas más o menos contradictorias, concitan un interés y una vigencia que no tienen ya, por ejemplo, las obras propiamente literarias de aquellos años.

Sin duda alguna el primer ensayo de importancia escrito sobre la materia, no sólo en Bolivia sino en América, es "El Ayllu" de Bautista Saavedra (1869-1939). Por su documentación y por el examen bastante exhaustivo sobre la génesis, evolución y desarrollo de las comunidades indígenas de trabajo y por el análisis de la realidad económica agraria, por su estilo claro y preciso, sigue aún concitando un interés bien merecido. "La Democracia en Nuestra Historia", del mismo Saavedra, es un análisis del proceso democrá-

tico nacional y sólo sirvió para que se le impugnaran sus actitudes posteriores que contradecían lo preconizado en ese libro.

Un poco más tarde Alcides Arguedas (1879-1946) publicó su famoso "Pueblo Enfermo" (1899), que ocasionara tantas polémicas, a la vez que defensas y diatribas. Igual que los estudios de Bunge en la Argentina, y los de Picavea y Ganivet en España, el libro de Arguedas en su afán revisionista y destructivo y, más que eso, desconocedor de la realidad conformativa de nuestro pueblo al cual acusa de degeneración examinando superficialmente las causas para esa supuesta tara biológica, es culpable de haber introducido una curiosa moral crítica asentada en la mentalidad diferenciadora racial. Aunque hay que convenir en que tiene ciertos aciertos en la definición caracterológica, sobre todo con respecto a los estratos sociales medios del norte de la República.

La moralidad que se desprende de una serie de estudios de carácter sociológico e histórico está expresada en el ensayo literario de Isaac Tamayo "Habla Melgarejo" que examina algunos aspectos de la formación nacional en el siglo pasado, así como el problema del indio. Materia esta última que le sirve a Juan Francisco Bedregal para realizar algunos exámenes pseudo-filosófico-sociológicos que más tienen de crítica literaria, escritos con un estilo irónico un tanto superficial, en su obra "La Máscara de Estuco".

Pero, sin duda alguna, el ensayo pedagógico y sociológico más importante de aquella época es "La Creación de la Pedagogía Nacional", de Franz Tamayo (1879-1956), una de las personalidades sobresalientes de nuestras letras. En el libro mencionado se reúne una colección de editoriales periodísticos que Tamayo publicó en 1910, y en contraste con la obra de Arguedas "Pueblo Enfermo", constituyen los de Tamayo un dramático llamado impulsor a la formación de un nacionalismo de hondos raíces, ya que pide conocer y examinar primero nuestra raigambre cultural. Los editoriales de Tamayo fueron escritos con el evidente propósito de hacer una crítica a los métodos pedagógicos que trataba de implantar la misión belga, pero lo que más combatió fue la ideología sustentadora de esos sistemas. Por eso su "Creación de la Pedagogía" es un análisis profundo del liberalismo, el cientificismo y el intelectualismo importados de Europa en los cuales no vio sino que una burda justificación que iba conformando un obstáculo para el nacimiento de un nacionalismo cultural en base a la férrea educación del carácter y la voluntad, ideas éstas que poseen mucho de las prédicas de Nietzsche, Fichte, Goethe y demás ideólogos precursores del Nacionalismo germano.

La exaltación de los valores autóctonos físicos y étnicos es el fundamento básico de sus escritos. Para solucionar esos problemas Tamayo planteaba que la esencial es una instrucción científicamente dirigida contemplando los rasgos esenciales y diferenciadores del carácter de los diferentes pobladores de nuestro territorio, especialmente aprovechando las grandes virtudes morales que tiene la raza indígena. Sin embargo, ahí mismo radica la debilidad de su análisis, puesto que no examina ni menciona las causas primordiales que se oponían y se oponen a la consecución de ese ideal pedagógico que no es ciertamente de carácter educativo de las mayorías, sino de orden económico-social. Por eso Tamayo no se evadió de ese espíritu aristocrático idealista propio del liberalismo abstracto. Ningún otro ensayo de la época posee tal fuerza expositiva ni la brillante oratoria y, menos, el bagaje filosófico y la originalidad de que hace gala Tamayo.

Un libro que sin pertenecer a los estudios sociológicos o históricos interesa por igual al artista, al filósofo o al ensayista e historiador, es "Mitos, supersticiones y supervivencias populares en Bolivia" (1920) de Rigoberto Paredes (1871-1939), autor de varios estudios folklóricos y de un interesante estudio sobre "El Arte en la Altiplanicie" (1913). Paredes en sus "Mitos y Supersticiones" fue el primer autor que examinó con detenimiento la conformación místico-ideológica del indígena. Como material de estudio el libro es de una gran significación y ninguna aportación sería sobre estos problemas culturales podrá dejar de ignorarlo, pese a ciertos defectos de orden literario.

d) La Historia.— La investigación histórica en esta etapa se caracteriza por un mayor cuidado en dilucidar los documentos y por los serios intentos de interpretación, en base a un concepto más científico de lo que la historia implica. Las monografías, incluso, adquieren un carácter menos superficial que la de realizar la simple anotación de las circunstancias y testimonios del pasado. La objetividad y el realismo en cuanto a la conformación interpretativa se imponen por encima de algunos exámenes en los que prevalecen ciertos criterios que quieren hacer de las labores históricas meras especulaciones de tipo literario al falsear los documentos y llenar algunas lagunas con la fantasía parcializada por intereses políticos y de acuerdo a las tendencias socio-históricas importadas de Europa y, lo que es peor, mal expuestas.

El acumular datos sin un cabal sentido de la sistematización historiográfica, dando preponderancia a los materiales anecdóticos,

son las causas de que muchos de los libros publicados en esta etapa carezcan de vigencia actual, a no ser para los eruditos que se ocupan de examinar la veracidad de esos datos, siempre con una noción equívoca proveniente de la creencia de que los hechos históricos son el producto de las acciones individuales. Entre los acumuladores, recolectores y perennizadores de documentos referentes a nuestro quehacer histórico, hay que mencionar a los autores de varias monografías, estudios dispersos circunstanciales y algunos textos, como Luis Paz, quien escribió una conocida "Historia del Alto Perú" (1); a Nicanor Aranzas, sacerdote cuya obra "Diccionario Histórico y Bibliográfico de La Paz", es importante desde el punto de vista documental; a Moisés Ascaranz que publicó varios estudios sobre el partido liberal y una monografía de "Hombres Célebres de Bolivia"; a Ismael Vázquez dedicado a la rectificación de las interesadas interpretaciones pasadas y a Luis S. Crespo cuya obra "Episodios Históricos de Bolivia" sigue interesando a los escolares. (2)

La "Historia de Bolivia bajo la administración de Santa Cruz", continúa siendo una de las interpretaciones mejor documentadas que se hayan escrito sobre la República y sus orígenes, aunque contenga algunos prejuicios contra la Colonia que se derivan de una perspectiva no muy realista; sin embargo, Agustín Iturricha (1863-1927), el autor de esta obra, demostró poseer las grandes cualidades que acompañan a un historiador y, sobre todo, saber aplicarlas al estudio del pasado. Su método es claro, objetivo y encaminado a lograr no sólo el conocimiento de los hechos, sino su interpretación de acuerdo a un análisis documental riguroso. Su libro es aún hoy en día fuente de estudios y referencias.

Ese mismo cuidado en el rigor expositivo, desde el punto de vista de un pensamiento doctrinario bien definido, se encuentra en la obra de Alberto Gutiérrez (1862-1927), considerado además, con

(1) El libro de Paz contiene datos de valor sobre el período de la lucha guerrillera de la Independencia; además de realizar una significativa labor cultural en esta etapa de nuestra historia Paz escribió también una obra sobre la producción histórica de Monseñor Tabora y una "Historia de la Universidad de Sucre".

(2) Es necesario mencionar también a Luis Mariano Guzmán, autor del primer texto sobre historia nacional; a José Vicente Ochoa que escribió una crónica sobre la guerra del Pacífico; a Miguel Ramallo cuya obra "Guerrilleros de la Independencia" dio a conocer datos de importancia sobre los esposos Padilla; a José María Achá de proficua labor y cuya "La antigua provincia de Chiquitos" tiene gran valor para los eruditos, y a José Macedonio Urquidí que tuvo el mérito de ser uno de los primeros en rectificar a Arguedas.

justicia, uno de los mejores prosistas de aquella época. El interés por las individualidades hace de Gutiérrez un estudioso de la psicología, aspecto que muchas veces ha sido la causa para que realice estudios socio-literarios más que históricos, aunque no pierda de vista las normas consagradas sobre el género. Ello mismo dio motivo para que derivara en los peligrosos senderos de la desfiguración de los sucesos que pretende examinar, sin llegar a las exageraciones de tipo idealista. Sus principales obras son: "La Guerra del 1879" (1914); "La Muerte de Abel" (1915), ensayo crítico sobre el asesinato del Mariscal Sucre, y "El Melgarejismo antes y después de Melgarejo" (1916), una especie de estudio político-social de las luchas entre la democracia y el militarismo del siglo pasado.

Entre los historiadores que sobresalen por su labor íntegramente dedicada a la investigación de nuestro pasado, y en cuyas obras se pueden encontrar valiosas referencias no contempladas en los demás estudios, se puede mencionar a José María Camacho, autor de varios estudios sobre el período precolombino, en los cuales existen valiosas sugerencias de carácter sociológico, como en "El Mito del Licaca" y otros; a Eufonio Viscarra, de vasta actuación política, autor de las biografías de "Don Esteban Arce", "Nataníel Aguirre" y un "Estudio Histórico de la Guerra del Pacífico", que contienen penetrantes análisis sobre la era republicana, así como unas crónicas intituladas "Casos históricos y tradiciones de la ciudad de Mizque".

La obra histórica más difundida, discutida y exaltada es la "Historia General de Bolivia" (1922) de Alcides Arguedas (1879-1946). Partiendo de las premisas del positivismo histórico constituye una de las críticas más agudas sobre el proceso de nuestra nacionalidad. Sus requisitorias morales son de un negro pesimismo y han hecho escuela entre nuestros historiadores que partieron de una falsa perspectiva denigratoria de nuestro quehacer histórico. Ese examen concienzudo y miope de las realidades sociales, que desconoce e ignora las verdaderas causas conformativas para que ellas fueran la expresión de un destino adverso que se empeñaron en ahondar, precisamente, algunos de nuestros gobernantes, obedeciendo a sus egoísmos idealismos abstractos y burgueses, quería nada más que exteriorizar la protesta individualista de un espíritu en crisis. Porque, en efecto, Arguedas es el máximo exponente de la burguesía intelectual que comenzaba a reflejar sus crisis mentales y su incapacidad moral en sus obras y a través de un idealismo racionalista que se originaba en la creencia de la superioridad racial y en la noción providencial del historicismo romántico. Per eso existe en

su obra una valorización constante de lo anecdótico, del influjo caracteriológico individual sobre la acción colectiva, y, lo que es peor, un desdén patente y un desconocimiento de la estructura material que conforma los hechos y circunstancias que viven los pueblos. Con todo, la obra de Arguedas representa un intento serio de interpretación que hasta entonces no se había llevado a cabo y tiene algunos datos de sumo interés referentes a la personalidad de los gobernantes republicanos. (1)

e) La Novela y el Cuento.— Los esbozos realizados desde el Post-romanticismo para crear una novela realista nacional, se desarrollaron con un vigor inusitado. La creación literaria en este período del liberalismo es fecunda en búsquedas y en hallazgos, sobre todo en el campo de la poesía y la novela. En este último género recién se logró comprender y aprovechar las enseñanzas de la gran novela europea, de manera especial del realismo francés y ruso, lo cual no quiere decir que todas las obras producidas alcancen las virtudes de sus modelos. Existen en ellas mucho de la visión romántica; incluso en la estructura misma de las novelas costumbristas hay una superficialidad colorista que se emparenta con las nociones románticas sobre la pintura de ambientes, desde un punto de vista puramente literario que está por encima de la realidad.

La extravagancia ramplona y el lirismo exagerado, la falta de espontaneidad y un desconocimiento en el manejo de los elementos que conforman la novela, persistieron todavía en varias obras; muy pocas logran, por ejemplo, vencer el obstáculo de los diálogos irreales, forzados y pesados. Pero, por encima de ello, lo valioso es el deseo y la paciente y esforzada búsqueda de una expresión propia. El realismo poco a poco va a dar sus frutos y hay que considerar a estas novelas como prefiguraciones de las cuales van a nacer las obras realizadas a partir de la Guerra del Chaco. Y, aún más, los aciertos aislados, muchas veces inigualables por su originalidad conceptiva y por las virtudes estilísticas, las visiones fugaces mag-

(1) En la investigación tradicionalista e histórica sobresalen en este período José Armando Méndez (1855-1923) que escribió algunas poesías y a quienes se deben importantes aportaciones a nuestras letras; Joaquín Lemone (1857-1924); Benjamín Blanco (1880-1912); Benjamín Révas (1851-1910); Casto Rojas (1870-1871) de relevante actuación pública, autor de una "Historia financiera de Bolivia" y periodista acucioso; Mercedes Anaya de Urquidí (1888), una de las más importantes folkloristas; Armando Montenegro (1900) gran impulsor de la cultura y la música en Cochabamba; Daniel Zambrana; Alberto Saavedra Nogales, Luis E. Heredia, Góvber Zárate, y Ricardo Boborguez que contribuyeron y contribuyen con empeño y loable dedicación a la difusión cultural en Potosí.

níficamente logradas, constituyen ya el camino seguro por el cual los novelistas bolivianos contemporáneos tuvieron que transitar para producir sus obras. El romanticismo patente en lo formal a través de las visiones realistas, se ha tornado acusativamente irónico y desdénso de las formas de vida burguesas colonialistas. Se expresa de esa forma la desilusión juvenil de la burguesía criolla al comprobar que los ideales suyos, nacidos con la aceptación de los postulados positivistas; progreso, humanitarismo, orden, igualdad, libertad, democracia, etc., no fueron más que vanas esperanzas y sueños que el orden material imperante se encargó de desfigurar. El individualismo hevido y muy romántico de esa intelectualidad, se refleja en la forma cómo encaran la problemática social en la creación novelística. Por eso mismo, y consecuentemente con el viraje intelectual que casi todos ellos terminan por dar, al adherirse a un espiritualismo resacaído, amargo y pesimista que critica rudamente la posición materialista de aquellos verdaderos años del país, estos escritores nos dan una visión determinista de esa realidad examinada con pasión y a la vez con desengaño. Esta actitud les condujo a la introducción del análisis psicológico que en el romanticismo no era más que un elemento exterior de la novela. Pero tampoco hay grandes aciertos en su empleo dentro del plano estructurador novelístico.

El iniciador de este período es Alcides Arguedas. Desde sus primeros intentos dentro del realismo, que más que eso son todavía difusos esbozos, ya se nota en él esa capacidad para captar la realidad con agudo sentido de los valores descriptivos. "Pisagua" (1903), "WaraWara" (1904) que más tarde se convertiría en "Raza de Bronce", y "Vida Criolla" (1905), así lo demuestran; esta última novela sobresale pese a la forma rebuscada y desigual; en ella se hace una crítica pesimista y disgregadora de la vida social de la pequeña burguesía provinciana. Una vez realizado su aprendizaje literario, Arguedas nos da "Raza de Bronce" (1910); una de las grandes novelas americanas precursoras del movimiento naturalista denominado Indigenismo, ya que la acusación al feudalismo agrario y la explotación inhumana a la raza indígena se realiza por primera vez en esta obra.

Si se exceptúan los defectos: rebuscamiento lingüístico, pitoresquismo superficial en algunos momentos, y la prédica social no bien definida, se tiene que convenir en que los méritos sobrepasan a todo aquello. El realismo descarnado tiene sin embargo una emotividad poética que se traduce en lo des-

criptivo, en donde Arguedas es un verdadero maestro; la narración siempre está para servir como fundamento creativo del ambiente real y vivo. Porque es en "Raza de Bronce", por primera vez, exceptuando algunas páginas de "Juan de la Rosa" de Aguirre, donde se siente palpar la vida, la cual está expresada con un vigor pocas veces alcanzado en la novela americana. Si la descripción de la naturaleza es lo más alabadamente logrado, los estudios psicológicos también contienen numerosos aciertos. La estructura de la novela —por eso— posee el gran valor de la imprescindible unidad. El estilo y la temática de Arguedas tuvo y tiene todavía algunos continuadores que, sin embargo, no alcanzan a superar esa profunda inmersión en un clima donde la realidad es vivida expresión y no calco burdo.

En esta misma época Adela Zamudio publicó sus cuentos que, si bien no obtuvieron una resonancia vasta, son lo mejor de su producción literaria. En ella existía ciertamente una hábil descriptora de las pasiones humanas y especialmente una crítica realista de la vida social de una determinada clase. Su novela "Íntimas" (1913), la valentía de sus observaciones merece colocarse entre lo mejor que se haya publicado por aquella época. Al lado de la Zamudio, tiene méritos la novela "Renovarse o Morir" (1914) de Walter Carvajal (1885-1937), uno de los primeros difusores y ardiente defensor de las ideas socialistas, que realizara una labor periodística de amplia resonancia. Su obra, pese al título romántico, es un descarnado examen de la sociedad liberal conservadora y plantea un tema que luego fue muy explotado; es evidente que Carvajal todavía no había logrado el completo dominio de sus medios expresivos, sin embargo su novela concita interés. De la serie de novelistas que aparecen con sus ensayos en las dos primeras décadas del siglo, se destaca Tristán Marof, el ensayista y precursor de la novela social de la ciudad.

Pero después de Arguedas, los dos novelistas más originales de este período fueron Armando Chirveches (1881-1926) y José Eduardo Guerra (1893-1943). Chirveches a no mediar su temprana desaparición pudo haber sido uno de los mejores escritores americanos. Las obras que nos quedan de él demuestran que poseía un cabal sentido de la técnica y que estaba buscando un estilo propio dentro del realismo descriptivo, al cual contribuyó con sus cuatro obras de manera positiva, ya que en ellas se encuentran valiosos antecedentes de la auténtica narrativa boliviana, no solamente por los temas sino por la misma expresión formal. Seguramente porque presentía que la novela no sólo es un testimonio, una obra con de-

terminados acentos, sino que tiene sus problemas y leyes específicas por medios de las cuales el creador hace valdero un mundo experimentado y remitido a un plano más trascendente que las circunstancias complejas que le dieron vida.

Desde "Celeste" (1905), pasando por "La Candidatura de Rojas" (1906), sin duda su mejor obra por el realismo pintoresco y espontáneo, "Casa Solariega" (1916), la de mayor aliento y de grandes aciertos descriptivos, "La Virgen del Lago" (1920), la menos lograda pese al tema, hasta "Flor Silvestre" (1926), se nota ese combate por integrar dos visiones disimiles: la que parte de un romanticismo simbolista y poético y aquella que nace de un realismo impresionista, caricaturesco y lirico-esquemático. La obra de Chirveches, es cierto, ha perdido ya mucho de su vigencia, al igual que la de Arguedas, pero importa porque es uno de los intentos más serios y valiosos por hacer del realismo una expresión integral de nuestra sociedad y junto con "Raza de Bronce" constituye lo más positivo dentro de la creación novelística precursora del naturalismo contemporáneo.

Como antecedente de la novela que tiene como tema la exteriorización de lo social, las dos obras de Jaime Mendoza (1874-1939), "En las Tierras del Potosí" (1911), y "Páginas Bárbaras" (1914), han contribuido para que naciera entre nuestros intelectuales el interés por conocer de cerca el suelo patrio y la problemática existencia de sus moradores. Perocarece de una elemental construcción, pese a los aislados aciertos descriptivos, por su primario realismo informativo; por eso pueden considerarse documentos en los que la ficción no alcanza a estructurarse para dar cimiento a una creación literaria.

Una de las primeras novelas donde prima el psicologismo individualista es "El Alto de las Animas" (1919), de José Eduardo Guerra. En la prosa de Guerra lo poético da un nuevo relieve al realismo introspectivo impresionista, contribuyendo a la ambientación psicológica en el que están sumergidos los actos del protagonista. El personaje central de su novela es una especie de inadaptado e hipersensible que tiene que sufrir las actitudes mentales de una sociedad sosa, pequeño-burguesa, que está descrita esquemáticamente. Lo principal ahí es esa preocupación por los problemas específicamente literarios de la novela, aunque sea más que todo un boceto que no fue desarrollado.

f) La Poesía: El Modernismo.— Desde fines del siglo XIX la poesía americana comienza a mostrar algunos caracteres que la van diferenciando del romanticismo imperante, al influjo de las pro-

ducciones parnasianas y simbolistas francesas. Leconte de Lisle, Banville, Gautier, Baudelaire, se estudian apasionadamente y, junto con Heredia, Sully Prudhomme, Verlaine y Mallarmé, constituyense en los guías de la creación poética; aunque Hugo sea el que más influyó sobre los versificadores bolivianos. Poco después, con el Modernismo y las enseñanzas de Darío, creando sus poemas primero en base a las búsquedas de Casal, Martí, Silva y Gutiérrez Nájera, aparecen una serie de poetas con deseos de elaborar una auténtica poesía americanista.

El espíritu aristocrático de estos poetas proviene de una refinada educación en el gusto esteticista desdeñoso de las realidades materiales. (1) A pesar de que casi la totalidad de ellos intervienen en la política de su tiempo y pretenden ser los reformadores del antiguo sentido romántico, el casi inconsciente deseo de crear un sentimiento nacionalista con la contradictoria introducción de un exotismo verbal y conceptual que combatía el espíritu burgués conservador, esconden aún un romanticismo idealista que a todos caracteriza. En sus mismas actitudes oratorias que quieren proclamar un desprecio por las costumbres y la incultura de los pequeños burgueses gobernantes, había que ver también una inquieta desaprobación aristocrática por todo lo vulgar que contemplaban en la vida real. Por ello el Modernismo inaugura la etapa introspectiva poética que, más tarde, encontrará su antítesis en la desahogada y demagógica preocupación por lo nacional.

Lo principal del modernismo es aquella noción de que la poesía sólo puede ser realizada a través de múltiples fatigas, con una constante vigilancia sensible de la esencia que es necesario contemplar y aprehender en la realidad que se vive. Existía una apasionada tendencia a valorizar el quehacer artístico en sí y un sustancial empeño por resolver los problemas formales. Sin embargo, esa delectación pura referente a lo artístico les llevó a los poetas a mirar la realidad que vivían con ojos miopes y por lo tanto desfiguradores. En los poemas modernistas, las exquisiteces e idealidades demuestran el concepto antiburgués y romántico de la vida y, al mismo tiempo, expresan el sentimiento de esa tendencia hacia la evasión espiritual y abstracta.

Sin embargo, entre algunos versificadores y poetas del período modernista se nota una preocupación constante por llevar a

(1) Aspecto este que ya fue puesto de relieve por un magnífico prosista y crítico Francisco Izáizos que desgraciadamente dejó su producción dispersa en diarios y revistas, especialmente en "La Revista de Bolivia". Izáizos indagó la artificialidad de ciertos productos modernistas bolivianos.

la poesía un acento propio nuestro, aunque esto sólo esté evidenciado por la declamación externa de un pintoresquismo verbalista que también se dirige a la creación de mundos semiautónomos de belleza ideal, a través de las especulaciones pseudoliterarias e histórico-folkloricas, en las que se hallan introspecciones místicas traducidas en formas que quieren, ante todo, la expresión oratoria válida en sí misma. Burgueses de sentimiento y políticamente —pese a ello— inician la rebelión contra esa forma de vida chata, cerrada y egoísta y primeramente materialista para sentar las bases de las posteriores búsquedas poéticas.

Sin duda el primer creador poético en la literatura boliviana contemporánea es Ricardo James Freyre (1868-1933), autor de dos libros fundamentales en la Poesía modernista americana: "Castalia Bárbara" (1899) y "Los Sueños son Vida" (1917), aparte del primer tratado sobre la estructura técnica de la poesía: "Las Leyes de la Versificación Castellana" (1912), que constituye esencialmente una sistematización de orden gramatical. Lo fundamental de las teorías de Freyre sobre la versificación radica en su creencia de que todo verso es una especie de pieza musical que se realiza a través del conocimiento del lenguaje, el cual está gobernado por el ritmo que es "la marcha del verso". Esta noción se encuentra ampliamente expresada en toda su obra poética en la que, ciertamente, lo dominante es la musicalidad y el sentido místico religioso que no está exento de una desazón rebelde en cuanto a las consecuencias existenciales de esa posición espiritualista, noción que le condujo al descubrimiento de la realidad social desdeñada por casi todos los modernistas.

El valor cultural preponderante que proclamaba Freyre, era la búsqueda de nuestra nacionalidad a partir de la colonia, porque pensaba que nuestra verdadera raigambre estaba en el tronco hispánico y que, por lo tanto, el cristianismo, como núcleo de esa cultura, era la sustancia sobre la cual había que emprender la creación de una cultura americana. Esto se echa de ver en el examen de toda su obra: es el que mejor ha expresado, entre nosotros, ese espíritu medievalista místico e ideal, en el cual se encuentra a gusto su poesía y su mismo credo modernista por el valor concedido a lo vaporoso y lo musical indefinido que contiene el misterio. Las grandes cualidades estilísticas de su poesía no son suficientes para apagar esa oratoria que se hace a veces obsesiva en su alarde musical, y que también es un forma de gusto puramente estético por la sonoridad de las palabras por encima de su significación. Hoy en

dia lo que se sigue admirando en su obra es ese patetismo lírico y la extraordinaria musicalidad expresiva.

La elocuencia romántica, el placer modernista por lo formal, y el deseo por encontrarle a la poesía un sentido "nacional" a través de lo descriptivo del nativismo, a la vez que su imaginativo patetismo, son las principales características de la obra de Sixto López Ballesteros (1860-1907), introductor del Modernismo en Bolivia y excelente traductor de los poetas parnasianos franceses. Sus poemas se hallan dispersos en varias publicaciones de la época. Esas mismas tendencias, especialmente la exteriorización lírica de lo autóctono, pero al servicio de una expresión estilística original que buscaba sobre todo el colorido plástico, se hallan en "Acuarelas" (1892), "Palabras" (1898) y "Viridiario" (1909), de Manuel María Pinto (1872-1942). El sugestivo simbolismo de sus versos, en los que predominan los valores estéticos parnasianos, se resiente por el afán verbalista exótico y el amaneramiento. A medio camino entre el Simbolismo y el Modernismo, se encontraba la obra poética de Emma Pérez del Castillo, con aciertos indudables que hasta ahora no han sido valorizados; como tampoco lo fueron los de Adhemar O'Connor D'Arlach, muerto prematuramente; en ambos un romanticismo otoñal se unía a un culto por la forma de indudable resonancia simbólica francesa.

La conetliación a medias del sentimiento romántico y el intelectualismo formal del modernismo se advierten en "Liricus" (1907) y "Cancionero Vivido" (1919), de Claudio Peñaranda (1884-1924), que también expresaba un conceptualismo simbolista agudo. En cambio el romanticismo de Gregorio Reynolds (1882-1948), sólo se exterioriza en la constante preocupación por los problemas metafísico-líricos y en ese sentimiento agonista de la vida donde los valores del cristianismo tienen una fundamental importancia. Desde "Quimeras" (1915), a través de "El Coirede Psíquis" (1918), hasta "Horas Turlías" (1922) y "Prisma" (1937) el estetismo expresionista de Reynolds se va ahondando en su patética sentimentalidad.

El patetismo oratorio, alimentado de elementos eruditos, a veces excesivos, al lado de una alquimia del verso que busca y encuentra una asombrosa subjetivización de las posibilidades expresivas puras de la palabra, y el sentido sintético y justo que siempre triunfa a través del rigor alambicado de los versos, pueden considerarse características de una de las poesías más originales en el plano de la creación americana: la de Franz Tamayo; pese a estar

conformada por ciertos cánones que pertenecen a una estética superada de la poesía. Las audacias técnicas, las búsquedas estilísticas, el conceptualismo simbólico y ese sentido extraordinario por la belleza musical del verso, sólo parangonable con la de Freyre, aunque distante de ella por la forma expositiva, muy intelectualizada, están siempre presentes en toda su obra, desde "Odas" (1898), de claras tendencias simbólico-parnasianas, en "Proverbios" exposición de un conceptualismo idealista y barroco, en "La Prometeida o las Oceánidas" (1917) con nociones metafísicas exhumadas en un formalismo netamente clásico y apolíneo, en "Scherzos" (1932) que tiene algunos versos interpretativos de visiones de nuestra tierra, y en "Scopas" (1939), donde la preocupación estilística el ahondamiento de los conceptos existenciales de la vida y la muerte, a través de metáforas que están desarrolladas como motivos musicales.

El individualismo exacerbado de la poesía tamayana y su brillo retórico, tanto como sus abstracciones librescas, han contribuido para que su valorización literaria haya sido evitada por la incapacidad crítica de la que hacen gala nuestros intelectuales. Cosa que ha contribuido para que en el resto de América se la desconozca. Lo hermético y gongorino y el excesivo uso diomático, no impiden que se descubra en sus versos grandes cualidades líricas y un profundo examen de una problemática universal del ser, expresada por medio de una imaginación poética pocas veces superada.

LECTURAS RECOMENDADAS

- Carlos Montenegro: "Nacionalismo y coloniaje" (parte quinta: "Comedia")
 Augusto Céspedes: "El Dictador suicida" (Partes primera y segunda)
 Gustavo Adolfo Otero: "Figuras de la cultura Boliviana" (Baptista — MV. B. Divián — R. Villalobos — D. S. Bustamante — A. Gutiérrez — R. James Freyre — A. Arguedas).
 Guillermo Francovich: "El pensamiento boliviano del siglo XX" (F.C.E. México) "Tres poetas modernistas de Bolivia".
 Valentín Abecía Baldivieso: "Historiografía Boliviana" (El Positivismo — El Realismo).
 Fernando Diez de Medina: "Literatura boliviana" (Aguilar — España).
 José Eduardo Guerra: "Itinerario espiritual de Bolivia", "El Año de las Animas".
 Franz Tamayo: "La Creación de la Pedagogía Boliviana", "La Prometeida o las oceánidas", "Scherzos" — "Scopas".

Nicolás Fernández Narváez: "Conceptión del mundo e ideas filosóficas de Franz Tamayo".

Dora Gómez de Fernández: "La poesía lírica de Franz Tamayo".

Ricardo Jaimes Freyre: "Castalia Bárbara". "Los sueños sin vida".

Eduardo Ocampo Moscoso: "Personalidad y obra poética de Ricardo Jaimes Freyre".

Ramiro Condarco Morales: "Zéate, el temible Wilca".

Jaime Mendoza: "El Mucizo boliviano".

Alcides Arguedas: "Pueblo Enfermo" — "Raza de Bronce".

Armando Chirveches: "La Candidatura de Rojas".

Capítulo Quinto

LA PRODUCCION LITERARIA CONTEMPORANEA:

(LA MISTICA DE LA TIERRA—
LA HISTORIA Y EL ENSAYO)

Nicolás Fernández Naranjo: "Conceptión del mundo e ideas filosóficas de Franz Tamayo".

Dora Gómez de Fernández: "La poesía lírica de Franz Tamayo".

Ricardo Jaime Freyre: "Castaña Bárbara". "Los sueños son vida".

Eduardo Ocampo Moscoso: "Personalidad y obra poética de Ricardo Jaime Freyre".

Ramiro Condarco Morales: "Zaratú el temible Willca".

Jaime Mandoza: "El Muerto boliviano".

Aldes Arguedas: "Pueblo Enfermo" -- "Raza de Bronce".

Armando Chirveches: "La Candadura de Rojas".

Capítulo Quinto

LA PRODUCCION LITERARIA
CONTEMPORANEA:

(LA MISTICA DE LA TIERRA —
LA HISTORIA Y EL ENSAYO)

1) Las Ideas Filosófico-Políticas antes de la Guerra del Chaco

En la década del 20 al 30 se produce la decadencia y crisis de las doctrinas liberales, ante el avance de las teorías nacionalistas europeas en las que se encuentran entremezclados ciertos postulados marxistas. Es sabido que este nacionalismo se apoya en el examen historicista hecho por Hegel (1) y su escuela filosófica. La idealización de la fuerza, por ejemplo, y la distinción entre el Estado y la sociedad civil, constituyen una herencia del pensamiento hegeliano, el cual llenó el vacío dejado por la desintegración del sistema del Derecho Natural. El concepto hegeliano de la historia universal y su método dialéctico que encontró una continuidad de los acontecimientos que el análisis de Hume había desechado, fue desarrollado por las ideas nacionalistas en múltiples escritos filosófico-literarios, que en América causaron una verdadera fiebre revolucionaria intelectual. Del historicismo alemán y, de manera especial, de la fundamentación del "principio vital o espíritu de síntesis" que se da en las comunidades más que en los individuos, y que es la manifestación de una suprema fuerza espiritual que forma el núcleo ori-

(1) La corriente "historicista" subraya el papel decisivo del carácter histórico del hombre y de la misma naturaleza, propugnando que todo lo debido al hombre es expresado sólo a través de la historia. Según Hegel la última causa de los móviles está en el desarrollo del Espíritu Absoluto o de la Idea; porque existe una especie de alma en la historia, manifestada de diversas formas en cada etapa de su desarrollo y esta alma constituye la unidad interna de todos los elementos que conforman el orden concreto del mundo; por lo tanto dicha unidad es de tipo espiritual. Hegel sostenía —además— que la evolución es la manifestación de Dios en la historia; por eso la evolución dialéctica o lucha de dos opuestos, conducía a una meta beneficiosa: en el desarrollo social al Estado, en el cual los intereses de los ciudadanos se funden con los de la sociedad. "El Estado es la Idea divina tal como se encuentra en la tierra", afirmaba Hegel. Estos conceptos fueron determinantes para el nacimiento y desarrollo del fascismo europeo.

ginario de la realidad, nacieron una serie de conceptos histórico-filosóficos que más son elucubraciones literarias que serios exámenes sustentados en cuerpos doctrinarios sólidos. Lo que más les atrajo a nuestros estudiosos en la teoría del filósofo alemán era la noción de que aquella espiritualidad o fuerza espiritual, al tornarse en acción dentro de las cosas, engendraba una evolución cósmica y una especie de plan rector que regia el desarrollo de la cultura, en el cual las diferentes naciones representaban un papel exigido por sus relaciones naturales con el todo.

Esa amalgama de relativismo, absolutismo, dogmatismo romántico y positivismo histórico, fue la base de las teorías políticas nacionales para justificar su fraseología ideológica. En efecto, la defensa de lo Absoluto, de lo Eterno de los Valores que conforman la Historia, convertidos en manifestaciones parciales y transitorias a través del tiempo en las sociedades, dio motivo para hacer prevalecer en el espíritu colectivo una conformidad inmanente originada en un determinismo al cual había que sujetarse. La teoría geopolítica (1), tan en boga en los años posteriores a la Guerra del Chaco, tiene ahí sus bases, puesto que la famosa Razón del Mundo y sus procesos dialécticos y consecuentes formaciones objetivas, desechan las voluntades concretas de los humanos y convierten al hombre en una mera abstracción. Es por eso que los ideólogos de derecha, que han dominado el campo intelectual boliviano, encuentran en esas ideas la cúspide suprema de sus abstracciones de lo Espiritual.

La idea relativa a que el Estado es la encarnación de los intereses ideales nacionales y que por eso tiene el derecho a organizar y controlar toda la vida institucional de los pueblos, es otro de los puntos fundamentales de que se sirvieron esos ideólogos para pretender realizar sus postulados políticos, a partir de la Guerra del Chaco, especialmente cuando las doctrinas sociales fueron adquiriendo una importancia imprevista entre la juventud de ex-combatientes. Los intelectuales herederos de la burguesía liberal, adictos a los actos de mutuas concesiones con los monopolios económicos extranjeros para perennizarse en el poder, rechazaron el materialismo dialéctico, definiéndolo como una fuerza disgregatoria del

(1) La geopolítica concede preeminencia total a la determinación geográfica en la evolución social-histórica de los pueblos. Dicha idea ya se encontraba en muchos escritos de Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Montesquieu, Hume, Herder y Hegel, — pero como sistematizadores teóricos se proclaman el sueco Kjellen y el alemán Ratzel. Estos dos sociólogos definían a los Estados como "organismos espaciales" y sus opiniones fueron ardientemente defendidas por el nacional-socialismo alemán.

verdadero "espíritu nacional": Esto en cuanto a los combates verbales entre los literatos: en el plano de la acción política, la lucha contra todo materialismo, fue derivada hacia la crítica y la constante oposición a toda reforma progresista de tipo económico-social que partiera de las masas.

El confusionismo ideológico, sobre todo, en cuanto a los métodos políticos a seguirse, y la acción del socialismo verbalista y muchas veces anarquizante, postulado por la mayoría de los intelectuales, a la vez que la prédica nacionalista sustentada por las ideas conservadoras, fueron las causas para que triunfaran las fuerzas políticas de derecha que, por aquel entonces, se dedicaron a desarrollar una labor disgregatoria de los conceptos sustentados por los socialistas, vacilantes entre sus creencias idealistas y la ya fuerte imposición de las reivindicaciones propugnadas por las masas. La glorificación demagógica y lírica del nacionalismo-socializante, referente a "las adormecidas fuerzas nacionales" que precisaban de una voluntad de poderío para crear los medios sociales y políticos imprescindibles a un país que carecía de los recursos económicos para explotar sus fuentes productivas, y el peligro que implicaba una posible rebelión de las mayorías ignorantes, a las cuales más bien había que "culturar", determinaron que el papel de los intelectuales se redujera a hacer el juego a los intereses de las castas que gobernaban el país.

El aislamiento de los intelectuales con respecto a las demás clases, de forma especial con los obreros, y las especiales circunstancias de que estuvo siempre rodeada la labor cultural en Bolivia: (el desdén y la ignorancia por parte de los gobiernos a sus tareas y la falta absoluta de medios para difundir sus pensamientos, a la vez que la incultura reinante entre la clase pequeña burguesa a la cual pretendían dirigir sus obras), condicionaron el desarrollo de ese orgullo patético y anarquizante que se refleja en sus escritos. Es notorio que la mayoría de los novelistas, poetas y ensayistas, que deseaban examinar nuestra realidad social, lo hacen con un sentido demasiado literario, de acuerdo a sus creencias idealistas que desfiguran a esa realidad, y no con un primordial concepto dirigido a aprehender sus causas conformativas y el desarrollo que éstas han sufrido.

Tal pensamiento, que ha guiado las tareas culturales, se ha constituido también en la causa determinante de la desfiguración sufrida entre nosotros por las teorías filosófico-políticas que comenzaron a ser estudiadas desde los años precedentes a la Guerra del Chaco. Así, el materialismo dialéctico, el nacional-socialismo y,

más tarde, el positivismo espiritualista, el Idealismo crítico, el pragmatismo (1) y las modernas tendencias existencialistas, (2) no sólo que no han tenido entre nosotros hábiles expositores sino que fueron mal interpretadas. (3) Sin embargo, entre algunos ensayistas y escritores esas teorías fueron el punto de partida para el nacimiento de un interés real y verídico por la dignificación de las clases explotadas, una vez que éstos abandonaron su cómoda actitud intelectual abstraccionista y conservadora. Esto se puede comprobarlo, más que en ninguna otra actividad, en la creación novelística contemporánea.

De ahí que las requisitorias morales sean abundantes en la literatura y en el ensayo filosófico. Ello nos demuestra que ya entre los intelectuales, a partir del impacto que en ellos hiciera la Guerra del Chaco y, sobre todo, al desentrañarse las causas que la determinaron, existía un especial espíritu de crítica muy fuerte, reflejo y expresión de lo que estaba ocurriendo en la estructura material de nuestra nacionalidad.

2) El Ensayo Socio-Cultural

La mentalidad conservadora y colonialista de la oligarquía y la pequeña burguesía criolla, y el individualismo exacerbado de ese pensamiento, condicionaron un clima poco propicio para las ta-

(1) El Pragmatismo, especialmente el elaborado por los filósofos pedagógos norteamericanos *Williams James* y *John Dewey*, reaccionó contra el materialismo mecanicista del positivismo, postulando el "conocimiento pragmático", o sea aquel que da sólo resultados prácticos de acuerdo a la experiencia; toda creencia que de paz y satisfacción el ansia cognoscible de los humanos es verdadera; así la creencia en Dios o en varios dioses, según los pragmáticos. — Por eso desechaban toda verdad absoluta y consideraban al conocimiento como un instrumento, no como un fin, rechazando todo determinismo.

(2) El existencialismo da preeminencia a la existencia antes que a la esencia del Ser. Como sistema filosófico se propone el análisis de toda existencia concreta. Su fundamento primordial es aquel que afirma que en toda existencia se encuentra la Libertad que es la única entidad que define y da personalidad al individuo.

(3) En cuanto al existencialismo y al idealismo crítico, *Roberto Prudencio* y *Guljermo Francovich* expusieron en varios escritos sus principales postulados. Nosotros recomendamos la excelente exposición teórica sobre el existencialismo obediendo a *Arturo Orias*, uno de los pensadores bolivianos más serios, cuya labor pedagógica organizativa en la Universidad de La Paz ha sido fecunda y admirable. El mencionado ensayo, que en su origen fue una conferencia, ha sido editado en el folleto "Tres conceptos sobre el hombre" (1968).

reas literarias; el aislamiento en que tenían que desarrollarse esas tareas y la falta de resonancia que obtuvieron, así como la preeminencia dada a cualquier manifestación que examinara la realidad nuestra superficialmente, han sido los factores conformativos para que las denuncias hechas por los intelectuales progresistas se perdieran en el vacío de los reducidos círculos literarios.

Pero las apasionadas búsquedas de las verdades hasta entonces soslayadas o apenas entrevistas, por debajo del interés puramente especulativo y a través de ciertas interpretaciones idealistas existentes en la mayoría de las obras que vamos a examinar, terminaron por crear entre los intelectuales contemporáneos un espíritu acucioso que quiere, ante todo, declinar las causas y determinaciones de nuestro quehacer nacional desde sus orígenes. Por eso, a pesar de sus errores de perspectiva, naturales al confusionismo ideológico de aquellos años, del verbalismo retórico y de las exageradas conclusiones espirituales, esas obras constituyen las bases para el actual estudio de nuestro desarrollo socio-cultural. Lo importante en ellas está en los planteamientos relativos a la integración de las masas a la vida institucional, sobre todo lo referente al problema del indio, así como la autonomía del país con respecto a la explotación de sus fuentes productivas y el estudio y las posibilidades futuras que devienen de las reformas sociales en plena gestación dentro del plano económico y cultural; la dilucidación de las causas materiales que han dado origen a las especiales circunstancias histórico-políticas que estamos viviendo; la morfología de las creaciones artísticas y el papel cultural de Bolivia en el concierto americano, la influencia del medio, etc., son los principales temas que se examinan en los ensayos escritos en estas tres últimas décadas.

a) Ignacio Prudencio Bustillo (1895-1928).— En las obras de este escritor es donde se puede estudiar una de las primeras interpretaciones de carácter jurídico-sociológico de los problemas antes mencionados. En su "Ensayo de la Filosofía Jurídica" (1928) hay un acertado examen de los postulados positivistas y de las especulaciones idealizantes pertenecientes a la moral retardatoria burguesa. Prudencio, sin ser un revolucionario era un espíritu abierto a las tendencias modernas en cuanto a la ciencia, la religión, la filosofía y la moral; es decir, estaba preocupado por toda la problemática existencial contemporánea. Por eso puede considerársele un intelectual humanista que creía, sobre todo, en el papel director que era necesario darle a la filosofía como interpretación de los problemas concretos de los hombres. Así, él se sirvió, aunque muy

someramente, de los verdaderos principios positivistas, en los cuales existe también un real espiritualismo, para realizar un análisis de nuestras realidades.

b) **Tristán Marof (1898).**— Considerado como uno de los primeros introductores del marxismo, su labor literaria ha sido en muchos aspectos precursora de posteriores estudios realizados de acuerdo a una sistematización y rigor analíticos más severos. En su libro "La Tragedia del Altiplano" (1934), existen varios planteamientos —enunciados antes en algunos artículos—, que propugnaban soluciones para nuestros problemas sociales y económicos que fueron más tarde incluidos en varios programas partidistas políticos. Marof es uno de los primeros intelectuales en señalar y hacer justicia al papel desempeñado por las masas en el proceso histórico nacional. Desde sus primeros ensayos ha manejado un estilo ágil, amargo y claro, de una objetividad nerviosa y apasionada que, en sus novelas se dirige a realizar la disección irónica de la sociedad pequeño-burguesa de las ciudades provinciales. Sin embargo, Marof estuvo errado en muchos análisis histórico-sociales, ya que partió de una falsa interpretación del materialismo, del cual se alejó posteriormente debido a su miopía política. La idealización de las formas de vida que regían en el Incaico y el retorno no menos ideal hacia ellas, está en contradicción con lo fundamental de todo examen materialista dialéctico.

c) **Jaime Mendoza (1874-1938).**— Las obras de carácter sociológico-histórico de Mendoza son sin lugar a dudas, las que mayor influencia han tenido entre la generación de la Guerra del Chaco de manera especial entre aquellos que se encuentran de acuerdo en sostener una especie de Mística de la Tierra. Fue el difusor de las ideas socio-geopolíticas sustentadoras del racismo nacional socialista germano, justificado por las prédicas idealistas de la cultura de Spengler, aunque Jaime Mendoza, pese al sustanciat determinismo de sus ideas, arribe a conclusiones muy diferentes de las propugnadas por los teóricos del nacional socialismo europeo. En sus libros "La Tesis Andinista" (1933) y "El Mito Andino" (1935), por ejemplo, hay un esencial optimismo y una idealización mesiánica de las fuerzas espirituales que nacen de lo telúrico, consideradas como fuentes inagotables de la potencialidad del "Alma Nacional". La filosofía de la Historia de Mendoza, tiene un sentido revisionista constructivo que ha sido ahondado por los análisis realizados por Federico Avila, Carlos Montenegro, Fernando Díez de Medina, Carlos Medinaceli y otros. Otra obra importante de Mendoza, que re-

quiere ser conocida, es "La Universidad de Charcas y la idea revolucionaria (1924).

d) **Gustavo Adolfo Otero (1896-1956).**— Los ensayos de tipo sociológico de G. A. Otero, contienen excelentes definiciones de nuestro quehacer histórico-cultural. Escribió sus obras desde el punto de vista de un positivismo de genuinas raíces y de certeras bases científicas, las cuales aplicadas al estudio de nuestras circunstancias, fueron desfigurándose por la influencia excesiva que prestaba a un psicologismo caracteriológico, desdenando muchas veces las verdaderas causas materiales de los problemas examinados en sus libros. De su vasta obra, especialmente dedicada a difundir los valores culturales bolivianos, hay que destacar por su vigencia actual "Figura y Carácter del Indio" (1936) y "La Vida Social del Coloniaje" (1942), libros que poseen datos y aspectos que más tarde han servido para varias especulaciones temáticas. En el primero de los nombrados, Otero realiza un examen de las diferentes concepciones psicológicas, jurídicas y literarias que desde la Conquista se han expuesto sobre el problema indígena y, en el segundo, ha escrito uno de los mejores estudios sobre esa etapa histórica, sobre todo por la excelente utilización de los documentos, y por su lenguaje claro y bien construido.

e) **La Mística de la Tierra.**— La principal característica puesta en evidencia por los escritores que han formado este movimiento cultural, denominado así por Guillermo Francovich, es esa idealización referente al influjo que ejerce el medio físico sobre el pensamiento y las acciones colectivas nacionales. Ello se explica si se comprenden las especiales circunstancias históricas que vivieron y la influencia decisiva que en ellos ejercieron las doctrinas trascendentalistas europeas. La derrota sufrida en la Guerra del Chaco, dio nacimiento a dos tendencias historicistas: la abstracta idealización nacionalista cultural y el realismo materialista. En muchos de los escritores de la Mística de la Tierra, estas dos posiciones se ven no muy claramente y son valorizadas en igual forma, pero en la mayoría prevalece siempre la primera.

El desarrollo que han realizado de las ideas de Jaime Mendoza, se trocó a veces en una mistificación de los orígenes que conformaron algunas particularidades sociales vividas por el pueblo boliviano, cosa —después de todo— natural en quienes no lograron sistematizar sus especulaciones con un estricto carácter científico que estuviera asentado en sólidas bases filosóficas; lo cual se puede advertir aún en los ensayos de quienes pretenden ob-

servar esos problemas desde las alturas de una posición filosófica idealista. El concepto primordialmente desarrollado por esos autores es aquel que afirma que los actos del hombre, tanto como las acciones colectivas, están determinados por el espíritu telúrico, puesto que la misma Naturaleza "posee" una vida secreta reglamentada por místicos fluidos invisibles a los ojos mortales. De ahí que el hombre depende esencialmente de su medio físico en el cual se encuentran los verdaderos poderes que le confieren una sabiduría de la vida y lo impelen a realizar determinados trabajos. Hay que deducir de todo eso que, según ese criterio, el hombre no está determinado por las acciones o el pensamiento de otros hombres, sino por el "Espíritu Telúrico", por esa irreductible sabiduría que se manifiesta a través de las "Voces Secretas de la Tierra". Estas ideas han tenido una influencia decisiva sobre todo en la creación artística, ya que valorizan en forma preponderante el influjo emotivo que ejerce la Naturaleza. Así que en muchos aspectos lo que más interesa en los estudios que siguen esa tendencia son las especulaciones literario-estéticas, las cuales se encuentran, a su vez, ya superadas, pero contienen sin embargo algunos análisis bastante certeros en cuanto a la psicología y la moral comunes de los pobladores del Altiplano, a la vez que nos explican muy bien la potencialidad adormecida que en ellos se mantiene. El idealismo nacionalista está expuesto con patetismo lírico muy sugerente, tal como sucede en las obras de **Fernando Diez de Medina**, pero en el fondo carece de fundamentaciones comprobables, sobre todo en el campo de la ciencia histórica.

f) **Roberto Prudencio (1904).** — **Humberto Palza (1904).** —

Estos dos escritores alcanzaron, en cierto momento, una influencia muy fuerte no sólo sobre la clase universitaria, dadas sus respectivas labores dentro de la Universidad boliviana, sino entre algunos artistas y ensayistas que se adherían por entonces a ese idealismo social-nacionalista que, después de la muerte del Presidente Germán Busch, se convirtió en sustentador ideológico del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Los dos tienen un denominador común: su posición filosófica en la que se observa una amalgama del positivismo idealista y del humanismo trascendental y, en cuanto a sus postulados políticos, del nacional socialismo europeo.

Roberto Prudencio fue, por ejemplo, uno de los intelectuales fundadores del grupo "La Estrella de Hierro", de netas tendencias nazifascistas y luego se adhirió al Movimiento Nacionalista Revo-

lucionario pero, más tarde, llevado por sus ideas filosóficas espiritualistas, se apartó de la política. Ha desarrollado una labor intelectual vasta desde las páginas de la Revista de Cultura "Kollasuyo" (fundada y dirigida por él mismo), donde publicó valiosos estudios sobre la literatura boliviana, así como exámenes que desarrollaban las especulaciones filosófico-literarias de los escritores nacionales contemporáneos. La Revista fue publicada desde 1939 hasta 1952, y nuevamente a partir de 1965, con el mismo ideario.

Humberto Palza ha querido hacer un análisis de la crisis espiritual por la que atraviesa el Hombre Americano, y el boliviano en especial, partiendo de una perspectiva filosófica, con algunas incursiones en el campo literario-sociológico. El influjo del medio físico es para él un factor fundamental. Es autor de un libro "El Hombre como Método" (1939), donde expone sus conceptos provenientes del racionalismo idealista.

g) **Federico Avila (1904).** — El vitalismo historicista de la abundante producción de tipo sociológico-histórico de Federico Avila, ahonda y desarrolla los problemas planteados por Jaime Mendoza, desechando, pero, su misticismo e incidiendo en la dilucidación de la problemática histórico-social que dio origen al proceso de nuestra nacionalidad y la influencia de la geografía en la formación del hombre. Desde "La Revisión de Nuestro Pasado" (1936), "Bolivia en el Concierto del Plata" (1941), hasta "Tierra y Alma Bolivianas" (1942) y "El Drama de la Sangre" (1944), refuta las opiniones pesimistas de Arguedas. Sus teorías, repetidas en todos estos estudios y en otros de carácter internacionalista, implicaban un conocimiento apasionado sobre nuestras raíces como colectividad y propugnaban algunas soluciones para alcanzar una síntesis espiritual de nuestros complejos sociales y culturales que aún hoy interesan por su vigencia. Si bien les falta una clarificación de los postulados filosóficos y los esquemas históricos en los cuales se apoya, han marcado una etapa de la investigación histórica y sociológica que se propuso el nacionalismo idealista, aspecto este no comprendido por sus críticos que, sin embargo, tampoco pudieron superar sus generalizaciones.

h) **Fernando Diez de Medina (1908).** — Siendo el escritor más conocido en el extranjero, junto con Céspedes y Arguedas no ha logrado alcanzar una decisiva influencia entre las nuevas corrientes literarias, pese a su constante labor en el desentrañamien-

to de algunos problemas de la realidad nacional. Quizá ello haya ocurrido porque en Díez de Medina prima, sobre todo, el verbalismo abstracto que esconde cierta vaciedad conceptual a tal vez, porque las nuevas generaciones rechazan todo examen puramente idealizante de las causas materiales que originaron aquellos problemas, y que el autor de "El Hechicero del Ande" (1950), no ha sabido evidenciar con justeza, debido a sus ideas metafísico-líricas que no se avienen a la aceptación de la realidad tal como ésta se presenta; la cual el escritor tiene ahora el deber no sólo de expresarla sino de combatir para reformarla. Si se aparta todo lo puramente verbalista de su obra, la preocupación sustancial por la originalidad estilística en donde prevalece una oratoria proféticamente lírica, se pueden encontrar ciertas exposiciones sobre nuestra problemática cultural muy valiosas, así como es de rigor aprofundir su preocupación por difundir nuestros valores culturales. Por otra parte, su "Literatura Boliviana" de original estructuración interpretativa, continúa siendo de imprescindible consulta.

3) El Ensayo Literario o Histórico

La segunda etapa de este nacionalismo cultural, se caracteriza por haber producido estudios más objetivos de nuestros problemas que, desde entonces, son vistos con perspectiva menos abstracta, con un sentido crítico más científico. Sin embargo en muchos estudios, escritos entre los años de 1940 al 1960, todavía sigue imperando la concepción trascendentalista de la historia que ve en los hechos individuales el principal motor de la vida toda de un pueblo. El conservadorismo desfigurador de la realidad que, en lo político, logró detener el proceso nacionalista iniciado desde la Guerra del Chaco, la confusión ideológica de las mayorías electoras y la vacilante actitud de las clases cultas, se refleja en algunas obras; pero existen otras que combaten ese pensamiento conservando siempre una posición a medio camino entre el idealismo y el materialismo. Ahí se encuentran muchos de los mejores análisis que se hayan escrito, ya en el campo propiamente literario como en el sociológico e histórico.

a) Carlos Medinaceli (1899-1949).— Pocos escritores nacionales pudieron igualar a Carlos Medinaceli en originalidad conceptual y en erudición. Más que las ideas expuestas en sus dos libros de ensayos "Estudios Críticos" (1938) y "La Educación del Gusto Estético" (1942), el espíritu alerta, incisivo y renovador de sus artículos periodísticos, ha sido el conformador de muchas de

las nuevas tendencias literario-artísticas e históricas actuales. Medinaceli no propuso una teoría sistemática sobre pedagogía y estética, a no ser en forma esquemática y muy ligera, pero su autopsia crítica no ha perdido vigencia. Fue, por ejemplo, uno de los primeros en afirmar que el problema del nacionalismo como movimiento social se expresa en una forma espontánea en las manifestaciones indigenistas, las cuales debían ser estudiadas con un carácter más realista que contemplara, ante todo, la solución de la problemática material del indio.

A Medinaceli le preocupó ese profundo divorcio entre el intelectual y su medio, consecuencia de la mentalidad de las sociedades coloniales que ven en los intelectuales a seres "aparte". Estudió también el dualismo espiritual que se formó a raíz del encuentro de dos sensibilidades y mundos antagónicos y de dos conceptos diversos que encarnaban la realidad de diversa manera, esto es, el choque producido en la sensibilidad indígena por las formas de vida hispano europeas; ya que la cultura y la dominación española sólo habían producido vanos esfuerzos tendientes a cambiar la estructura social y económica de América. Por eso el indigenismo es, por esencia, la expresión conceptual emotiva de todo aquello que aún no ha muerto entre nuestros países. De ahí que pensara que la influencia del medio geográfico tenía que constituirse en un elemento vitalista que iba a robustecer la personalidad de los hombres bolivianos. Hoy, lo desechable en los asuntos de Medinaceli, es su utilización de ciertas expresiones y su excesivo afán literario por las generalizaciones eclécticas y pseudo eruditas.

b) Jesús Lara (1898).— Este escritor ha producido uno de los mejores ensayos interpretativos de la literatura precolombina, y de la pervivencia de los módulos creativos del incario a través de la Colonia y parte de la era republicana: "La Poesía Quechua" (1947), libro en el que se fundamenta una reivindicación de nuestros orígenes culturales, poco menos que menospreciados hasta entonces. Sin embargo, Lara enuncia algunos conceptos con respecto a nuestra historia desmerecidos de sus brillantes análisis de la producción cultural del Incario. Esta falsa perspectiva y un melodramatismo antidialéctico es el que predomina también en sus novelas, aunque en sus últimos ensayos ha enriquecido sus materias de estudio, además de profundizar sus análisis en base a una madura asimilación de lo verdaderamente creador del materialismo dialéctico.

c) Carlos Montenegro (1898-1953).— La denuncia más valiente contra el colonialismo en base a una irrevocable sistematización de los postulados ya enunciados, es la perteneciente a "Nacionalismo y Coloniaje" (1946), del periodista Carlos Montenegro, uno de los fundadores e ideólogos del Movimiento Nacionalista Revolucionario. En ese estudio Montenegro se dedica al análisis de las verdaderas causas materiales que impulsaron el quehacer histórico, con conceptos muy afines a las tesis de Carlos Mariátegui y de la escuela revisionista de la sociología americana, desarrollando y clarificando aún más el papel de las masas y haciendo hincapié en la falsificación de los hechos realizada por los historiadores que siguieron a Arguedas en sus enunciados. La acusación a los mantenedores de un orden falsamente democrático que ahogó siempre toda rebelión auténticamente nacionalista, desde la creación de la República, como así también a los gobiernos entreguistas y las clases mediadoras, es quizá lo más importante del libro. Pese a que lo que se propone es hacer una historia crítica del periodismo en Bolivia, rebasa los marcos de ese estudio para convertirlo en el examen más severo de la acción anticolonial de las clases cultas y de las castas gobernantes que obedecían a otros intereses, a la vez que historia del proceso de las reivindicaciones nacionales que realizaron los gobiernos con auténtica sensibilidad social. Es por eso que "Nacionalismo y Coloniaje" es una obra fundamental para quienes se dedican a escribir sobre nuestros problemas sociales.

d) Guillermo Francovich (1901).— Toda su vida ha estado dedicada a la difusión y al esclarecimiento de los problemas culturales y sus relaciones con el pensamiento filosófico, pero eludiendo la dilucidación de aquellas causas que los han condicionado; en el plano ideológico su labor es ciertamente respetable, ya que pocos escritores nuestros se han dedicado con su paciencia benedictina a la búsqueda y al estudio de las obras más representativas que en todos los órdenes de la cultura ha producido Bolivia, valorizando especialmente aquellas que contienen afinidades con sus postulados y conceptos filosóficos que, en sustancia, son casi los mismos que se advierten en Prudencio y Palza. Aunque el nacionalismo idealista de Francovich pretende asentar sus bases en una necesaria relación con los valores de la cultura occidental, defendiendo así el trascendentalismo contemporáneo, no ha sido todavía sistematizado con bases firmes. Desde las especulaciones que parten de "Supay" (1939) y "Pachamama" (1942), en donde hace una exposición de sus ideas muy emparentadas con las expuestas en la "Mística de la Tierra", hasta sus últimos libros: "La Filosofía en Boli-

via" (1945), "El Pensamiento Universitario de Charcas" (1948), y "El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX" (1956), la definición de conceptos sobre nuestra problemática social e histórica, si bien no ha sido soslayada tampoco le merece la enunciación de soluciones fuera de aquellas de tipo puramente literario. Lo más valioso de su obra es, pues, la amplia difusión que ha dado a las realizaciones culturales bolivianas.

En el campo del ensayo literario y la difusión cultural, son destacables las nobles tareas de los polígrafos Armando Alba y Eduardo Ocampo Moscoso, que continúan su labor con benedictino empeño ejemplar.

4) Las Ideologías Materialistas

Desde la introducción en Bolivia de las doctrinas socialistas, a través de folletos expositivos y, más tarde, en algunos ensayos de interpretación sociológica, se puede afirmar que el materialismo dialéctico sólo ha producido entre nosotros expositores de tipo académico que no han rebasado el marco estrecho de las especulaciones universitarias y literarias. Si bien sus teorías se encuentran sosteniendo el andamiaje de varios estudios jurídico-sociales, en el campo de la acción ideológica política las más de las veces han sufrido una desfiguración, al ser mal aplicadas al examen de nuestra realidad social y cultural, debido a la poca seriedad analítica y teórica de los intelectuales izquierdistas y a la labor mistificadora que las teorías de derecha y aquellas pseudosocialistas han desarrollado entre obreros y universitarios.

Sin embargo ya existen algunos ensayos que desarrollan con eficacia esas doctrinas y que han sido encuadrados al examen de nuestra historia y cultura, aunque sólo en forma esquemática. Como es natural, considerándose las particularidades del proceso cultural boliviano y la acción del pensamiento idealizante, ellos no han tenido la difusión alcanzada por las obras que sostienen la tendencia retrógrada del historicismo idealista.

a) José Antonio Arze (1904-1955).— El primer sistematizador de nuestra sociología y fundador del "Instituto de Sociología Boliviana" (además de fundador del Partido de la Izquierda Revolucionaria, que tuvo entre los años de 1941 al 1950 una influencia política muy fuerte), supo desarrollar las teorías marxistas con una claridad admirable, pero no así aplicarlas en el terreno de las luchas políticas nacionales. Su labor dentro de la Universidad boliviana es de suma importancia y sus consecuencias peda-

gógicas han sido valoradas aun por los intelectuales contrarios a sus credos. Su producción periodística también merecer ser estudiada, ya que ella está dedicada al examen de muchos problemas que ahora siguen concitando un interés siempre creciente, tal como ocurre con algunas intervenciones parlamentarias que todavía constituyen lecciones de civismo auténtico. Publicó un "Cuadro Sinóptico de la Problemática General de las Ciencias, de la Sociología y del Marxismo" (1949) muy útil para el estudio de las ideas marxistas.

b) **Ricardo Anaya** (1907).— Fue uno de los teóricos más originales del materialismo dialéctico, y fundador con José Antonio Arze del P.I.R. Tiene varios ensayos publicados en periódicos y revistas especializadas que son poco conocidos. En su libro "La Nacionalización de las Minas" (1952), realiza uno de los más severos análisis sobre el real origen de nuestras miserias sociales o históricas, y en él se puede encontrar el cuadro más completo sobre la explotación de las minas, a la vez que plantea soluciones pre-visibles para el posible fracaso de la nacionalización hecha por el M. N. R., y que entonces aún no se consideraba. El ensayo sobre "El Derecho Penal y Marxismo" (1949), es otro libro fundamental para alcanzar un conocimiento preciso de las cuestiones jurídico-sociológicas de nuestra patria. Posteriormente Anaya abandonó su ideario con una desgraciada actuación política.

e) **Rafael Reyeros**.— Sin seguir las premisas marxistas en el enfoque de estos problemas, pero siempre muy cercano a las conclusiones que la ciencia materialista señala como bases de interpretación y estudio, "El Pongueaje" (1944), de Rafael Reyeros, (1908) es uno de los estudios capitales que sobre el indigenismo se ha escrito en sudamérica, por la admirable utilización de un sistema clarificador, por el empleo de la copiosa documentación y la objetividad formal y crítica. Lo que sobresale en este ensayo es la importancia concedida no sólo a la problemática social-económica del Altiplano, sino el análisis de las formas de trabajo y servidumbre de los valles y los llanos. Por eso todavía sigue siendo una de las obras más completas escritas sobre el tema. Aparte de este libro, Reyeros posee otra obra, publicada ya hace algunos años, y que también se refiere a estos problemas: "Caquiaviri" (1937), además de una buena monografía sobre la "Historia de la Educación en Bolivia" (1952).⁽¹⁾

(1) Un estudio crítico de importancia, pese a ciertos esquematismos ya superados, es "Bolivia: Prometo de los Andes" (1961) de Raúl Rutz Gonzales.

d) Arturo Urquidí y otros.— Otro de los expositores del marxismo como ciencia sociológica, a través de una larga trayectoria en las aulas universitarias, y en las páginas de sus libros "La Comunidad Indígena" (1941), y "Etnografía Boliviana" donde se hacen extensas reseñas de las transformaciones históricas del régimen de trabajo agrario boliviano, especialmente del Altiplano. Urquidí ha publicado numerosos trabajos sobre la materia en revistas y periódicos y su versación sobre el tema, así como las soluciones que propugna para esos problemas han sido reconocidos por la juventud estudiosa del país. El materialismo dialéctico adquiere en esos esquemas una vigencia difucidadora que ha de servir para el desarrollo sistemático de los problemas por él evidenciados. Dentro de esa sistematización, son de importancia, por ejemplo, los trabajos de Luis Carranza Siles sobre el "Derecho Agrario Indígena en Bolivia"; "La Cuestión del Indio", de Miguel Bonifaz, así como varios estudios de Alberto Vilalpando, publicados en revistas universitarias. En materia educacional, "La Historia de la Educación en Bolivia" (1963) de Faustino Suárez (1898-1962), es de consulta imprescindible por su estructuración y sus datos.

5) La Historia

La investigación histórica en estos últimos años (1919-1960) no ha tenido ninguna aportación que pueda considerarse realmente excepcional. Hay sí importantes monografías e, incluso, varios ensayos que examinan determinados períodos a los cuales se los puede considerar de suma importancia por el método expositivo así como por la misma sustancia de las tesis planteadas. La mayoría de los esquemas que tratan de describir los diferentes períodos históricos nacionales, fueron escritos con evidentes intenciones de divulgación pedagógica y no hay en ellos una real interpretación de los sucesos que son generalmente consignados muy a la rápida. Es por ello que domina una ambigüedad muy sintomática en ellos, ya que en el fondo se trata de ocultar una insuficiencia doctrinal o una posición filosófica firme.

La falsa noción de objetividad que se evidencia en varios estudios, refleja un sentido ambivalente de la crítica que, sobre todo, se basa en el no compromiso con las ideas expuestas por los agentes individuales de todo proceso histórico. Cuando hay una dirección, en seguida se ve que se origina en una curiosa amalgama de las corrientes positivismo racionalista y del idealismo historicista; cuando no ocurre simple y llanamente que continúa las huellas de la esquematización arguediana. Esto quizá se deba, en gran parte, a que hasta el día de hoy no existen las impres-

cindibles facilidades para poder compulsar los documentos dispersos de nuestra historia y la poca ayuda por parte del Estado referente a la formación de escritores que se dediquen a las tareas de la investigación. De ahí que esta labor es una de las más sacrificadas y obliga a los que se entregan a ella realizar sus estudios sin poseer los medios propicios para escribir la obra que todos sueñan.

a) Enrique Finot y Marcos Beltrán Avila.— Estos son los historiadores que representan las dos tendencias predominantes en cuanto a la realización de la obra histórica. Enrique Finot (1891-1952) ha dado preeminencia en su obra a la exposición pedagógica y esquemática de los sucesos históricos nacionales, desde el punto de vista de una objetividad que, como ya lo hemos dicho, rehuye un compromiso con las consecuencias ideológicas que traería su interpretación veraz. Su obra se caracteriza por la claridad estilística y por el hábil manejo de la documentación, de acuerdo con las directivas intelectuales dadas a cada uno de sus libros. Creemos que entre ellos el más importante es su libro "La Historia de la Conquista del Oriente Boliviano" (1939) donde sí existe una constatación con el tema tratado y un sentido interpretativo. En cambio en su popular esquema "Nueva Historia de Bolivia" (1947), se trata de hacer una exposición eminentemente pedagógica dedicada a universitarios y estudiantes.

En cambio las investigaciones de Marcos Beltrán Avila (1881) evidencian un espíritu rector que pretende ante todo, el análisis exhaustivo de los documentos desde el punto de vista de su vigencia actual. Le importa, por ello, deslindar las consecuencias morales, sociales y materiales que los sucesos históricos del pasado han causado. De manera especial en sus libros "La Pequeña Gran Logia que Independizó al Alto Perú" (1948) y "El Tabú Bolivariata" (1960), esas cualidades se demuestran en una forma rigurosa y en el planeamiento lógico de sus análisis. La valentía de las conclusiones a las que llega, después de un exhaustivo examen de la documentación, es una característica suya que muy pocos historiadores poseen.

Entre las monografías que merecen estudiarse y que se refieren a glosar documentos poco conocidos, hay que citar "Blasfemias Históricas" y "Tres Ensayos Históricos" de Humberto Vázquez Machicado (1). La "Historia de Bolivia" de Porfirio Díaz Ma-

(1) Así como las monografías de su hermano José Vázquez Machicado: "Monteagudo" y "Catálogo descriptivo del material de Archivo de Indias referente a la Historia de Bolivia".

chico, de la cual han aparecido ya "Saavedra" (1953), "Guzmán - Siles- Blanco Galindo" (1955) y "Salamanca - La Guerra del Chaco - Tejada Sorzano" (1959), prosigue las directivas históricas de Alcides Arguedas, ya que carece de una interpretación bien fundada de los hechos, concretándose a exponerlos en su exterioridad, es decir, dando importancia capital a lo anecdótico y superficial.

En estas tareas dilucidatorias de nuestra historia es preciso mencionar como de importancia para los estudiosos, así como para los mismos estudiantes y universitarios, los libros y monografías de Tomás O'Connor D'Artach, especialmente su "Bosquejo histórico de Tarija" (1933) que consigna datos no siempre tomados en cuenta y revela valiosos aportes socio-económicos y culturales de Tarija a Bolivia que aún se pretenden ignorar; en este sentido las obras de Heriberto Trigo Paz: "Los Paz y el dogma socialista" (1960) y "Santa Cruz y Tarija", así como su biografía "Don Tomás" poseen datos no estudiados hasta hoy con la seriedad que se merecen. Trigo Paz ha contribuido al campo historiográfico y la difusión de los valores poéticos tarijeños con valiosas aportaciones que merecen destacarse.

Hay también otros trabajos que es preciso valorar, como, por ejemplo, "Reflexiones para una interpretación de la historia" (1960) de Gonzalo Romero, aunque no se compartan sus interpretaciones ideológicas; "Viento huracanado" de Rodolfo Salamanca Lafuente que expone los problemas de la postergación ciudadana indígena; "Crónicas parlamentarias" y "Sangre en la historia" de Moisés Alcázar que maneja con corrección los documentos históricos en sus amenos relatos; "La Guerra entre Vicuñas y Vascongados" e "Historia de la ciudad de La Paz - Siglo XVII" de Alberto Crespo Rodas, y las obras pedagógicas de Antonio Díaz Villami, excelentes iniciaciones para el estudio de nuestra historia.

b) Augusto Céspedes (1904).— Si bien el libro de Céspedes "El Dictador Suicida" (1956) pertenece al ensayo socio-histórico, es la única obra que contiene una interpretación de los últimos sucesos nacionales desde la subida al poder del partido liberal hasta la Revolución Nacional del 9 de abril de 1952. Profundiza en el análisis de las causas político-económicas que han originado el proceso de la nacionalidad, que ya iniciara Montenegro y algunos de los autores de la "Mística de la Tierra", realizando una crítica demolidora de la farsa democrática por medio de la cual se han mistificado y desviado los móviles del proceso dialéctico que aquellos sucesos hacían preveer. Si bien es cierto que en este libro existe una complacencia por la narración anecdótica, ello se explica por-

que Céspedes se ha propuesto mostrarnos plástica y objetivamente, en toda su exteriorización, la forma en que fue realizada esa desfiguración de nuestros anhelos nacionales y de las realidades más palpables de la vida pública.

LECTURAS RECOMENDADAS

- Carlos Montenegro: "Nacionalismo y Coloniaje" (última parte del libro: "Novela")
- Augusto Céspedes: "El Dictador Suicida" (cuarta y quinta partes del libro).
- Valentín Abecía Baldivieso: "Historiografía Boliviana" (populismo, nativismo y revisión del pasado).
- Faustino Suárez: "Historia de la educación en Bolivia"
- Arturo Urquidí: "La comunidad indígena"
- Raquel Regeros: "El pongueaje"
- Enrique Finot: "Historia de la conquista del Oriente Boliviano"
- Hériderto Trigo Paz: "Santa Cruz y Tarija"
- Federico Avila: "Tierra y alma boliviana"
- Guillermo Francovich: "Pachamama"
- Fernando Dez de Medina: "Tumupa" - "El Hechicero del Ande"
- Carlos Medina Celi: "Estudios Críticos"

Capítulo Sexto

LA PRODUCCION LITERARIA CONTEMPORANEA: LA NOVELA, LA BIOGRAFIA Y EL CUENTO

1) Influencias de las Escuelas Literarias Europeas y Americanas

El Naturalismo francés y el Realismo Ruso, han sido las influencias más importantes para la creación de una novela americana. Entre los primeros años del siglo hasta poco después de la Guerra del Chaco, ese influjo perduraba con una vitalidad asombrosa, pero había tomado diferentes características formales que se convirtieron en los primeros intentos encaminados a crear lo que se ha dado en llamar el Realismo Americano o, más propiamente, el Indigenismo, cuyos antecedentes se los encuentra en algunas obras del siglo pasado, especialmente en "Raza de Bronce" de Arguedas. Los temas explotados y la manera de enfocarlos, corresponden a la visión realista de la novela, pero también adquirieron otros medios expresivos provenientes de la cinematografía y de la novela norteamericana, así como de las enseñanzas profundas de la moderna narrativa europea, aunque esta última recién está siendo asimilada por los escritores que vienen publicando sus obras a partir de 1960.

Un influjo que hasta ahora no ha sido bien determinado es el de las obras sociológicas del cientificismo liberal que, en Europa, había sustentado toda la escuela Naturalista. Las mismas teorías socialistas y su esquematización de la realidad material, fueron puntos de partida que los novichistas adquirieron para expresar un ámbito especial donde esa realidad se trasmutaba en la obra de arte. En las novelas bolivianas el socialismo se reviste de un pensamiento netamente idealista. Esto quizá sea debido a que la mayoría de los escritores no estaban comprometidos con la acción que implicaban esas teorías, y como precisamente esa acción es la fuente primordial del pensamiento hecho arte, allí nace la injustificación idealizante de los hechos.

Es natural que así sucediera. El cambio que se operó entonces en la actitud de los escritores con respecto a sus antiguas creencias, aún no es el fondo radical que explicaría sus reacciones

intelectivas porque todavía conservan los resabios emotivos de la concepción estática del mundo sustentada por valores morales ya caducos, en los cuales tan a gusto se habían encontrado. La Guerra les confirmó, con una potencia desgarradora y con una violencia jamás esperada, aquello que tenía su origen en la asimilación inconciente de las teorías que venían estudiando.

La característica sobresaliente de la novela Indigenista es la denuncia de la absurda discriminación social imperante. Y, en segundo término, la transformación formal que sufre la narrativa americana encaminada a expresar una nueva realidad. Lo primero está reflejando el estado de descomposición moral de la mentalidad burguesa colonialista, convertida en una de las causas para que la intelectualidad buscara en los sistemas filosóficos vitalistas lo que sus mentes deseaban y que la acción política pedía para cambiar la vieja estructura material de la sociedad. Ahí mismo nace ese sentido objetivo y documental que prima en casi todas las obras que vamos a mencionar. No menor importancia adquiere, desde ese punto de vista, el análisis que se realiza de los problemas ético-sociales, a través de un examen y crítica de los valores culturales, patente en toda la creación literaria de estos últimos tiempos. La subjetividad psicologista va a adquirir, por eso, una vitalidad expresiva jamás experimentada.

a) El Realismo y el Indigenismo.— La principal aportación del indigenismo fue su preocupación sustantiva por crear una novela americana de contenido y forma. Pero, al mismo tiempo, cayó en el pintoresquismo barato, en el folklorismo turístico y en la documentación superficial, donde lo temático se trasunta a través de una oratoria demagógica y primaria. El sacrificio del estilo, en vistas a la exteriorización de lo que se ha dado en llamar colorido local y los resabios estéticos románticos que ya no son válidos en la estructuración peculiar del género, son las principales causas para que el indigenismo y el realismo hayan terminado en la tendenciosa y cansadora repetición de lugares comunes que, además, están desfigurando la realidad y su continua evolución. La adopción de la tesis relativa a que la realidad debe ser tomada como un medio para ilustrar determinado pensamiento, ha causado muchos estragos en la creación artística, porque lo que siempre ha proclamado toda verdadera creación es que el pensamiento debe ser expresado a partir de una confrontación correcta con la realidad concreta, una vez lograda esa unidad entre lo subjetivo y la objetivización en términos de arte.

Esta premisa, que la moderna literatura demuestra a través de la experiencia vital del creador con la realidad que se quiere evidenciar, desde que se comenzara a comprender y desarrollar las enseñanzas de Dostoiewsky, Joyce, Kafka, Tomás Mann y Faulkner, todavía no es suficientemente valorada por nuestros creadores. Pese a ello, y por encima de toda crítica posible a las realizaciones en el campo literario, los novelistas bolivianos pueden ufanarse de haber creado muchas de las mejores novelas y cuentos del realismo americano. Abi están, para refrendar esta afirmación, fuera de "Raza de Bronce" precursora del realismo indigenista, "Sangre de Mestizos", "La Chescashui", "Socavones de Angustia" y otras.

2) El Tema de la Guerra del Chaco

La producción novelística que tiene como fondo preferencial este tema es pródiga en extensión, pero no así en calidad. Se puede considerar esas obras simplemente como intentos o ensayos narrativos que parten del punto de vista documental. Allí lo descriptivo en función de la exteriorización individualista sobresale en detrimento de la verdadera estructura de los relatos. La trascendencia de lo vivido muy pocas veces se evidencia, ya que está sacrificada al interés meramente experimental. Es por eso que el problema de la técnica no está resuelto y a veces, ni siquiera es propuesto. Las que sobrepasan los moldes meramente narrativos y periodísticos se convierten en una especie de crónicas que pretenden mostrarnos una vivencia moralizante que muy poco tiene que ver con la creación artística.

Entre estas últimas es cierto que se pueden encontrar algunos pasajes bien logrados, por las sugerencias descriptivas y las acciones narradas, pero después no alcanzan a conseguir una primordial unidad de fondo y forma que debe primar en toda novela, aún a través de la misma disgregación de los cánones clásicos. Podemos mencionar, como representativas de las novelas-crónicas, "Prisionero de Guerra" (1937), de Augusto Guzmán (1903), quien recién estaba haciendo sus primeras experiencias en el campo narrativo; "El Martirio de un Civilizado" (1935), de título folletinesco, pero de profundo contenido naturalista, única novela de Eduardo Anze Matienzo (1902); "Chaco" (1936) de Luis Toro Ramallo (1898-1950) y "Repente" (1937) de Jesús Lara, la más lograda por su riqueza documental.

a) Oscar Cerruto (1912).— La obra de este período que sobresale por sus especiales méritos literarios es "Aluvión de Fuego"

(1935), de Oscar Cerruto. Lo dominante en toda su estructura temática y estilística es ese realismo poético que conforma sabiamente un ámbito especial y trascendente de la simple narración experimental. Si a ello se unen los aislados aciertos de los exámenes psicológicos y, por encima de todo, las descripciones, hay que convenir que sus cualidades son grandes. Pese a que se ha criticado a esta obra de ser un esbozo novelístico, ella posee en alto grado los ingredientes indispensables para toda buena novela, aunque el desarrollo del tema es, quizá, algo fragmentario y no conserva una unidad expositiva sustancial. La subjetividad que se expresa por medio de la interposición concienzuda de los diferentes planos narrativos, hace nacer ese conflicto, más que falta de unidad, entre la expresión y la vivencia conceptual de los sucesos relatados por el protagonista, quien parece vivir en un estado vago de aplastamiento físico, reflejo precisamente de esa desorientación emotiva causada en los intelectuales por la súbita confrontación de un mundo nuevo y terrible.

b) Augusto Céspedes.— Pero, sin duda alguna, la obra maestra de este período, es la colección de narraciones sobre la Guerra "Sangre de Mestizos" (1936). Lo admirable en ella es la unidad continua entre fondo y forma, lenguaje y descripción, y la potética economía de medios con que están escritos. El realismo de Céspedes alcanza también una expresiva sobriedad poética que no ha sido superada, pero sí desarrollada en un tono más emotivo en "Socavones de Angustia" de Ramírez Velarde. Ese ámbito poético, nacido en la correcta utilización del lenguaje común y hasta la visión también común y profunda que tienen los hombres cuando están conviviendo con la muerte, y tienen conciencia de ello a cada instante, se trasunta a través de la percepción sensorial que está expresada en la creación de ese otro ámbito que es el dominante: la vivencia de lo turbio, lo espeso y viscoso, que refleja una toma de conciencia de la realidad en la cual hay un dramático llamado a las raíces mismas del Ser.

El exteriorizar, a través de los episodios relatados: primarios, simples y reales, una constante obsesión de los sentidos lastimados por la implacable e ineludible confrontación con la naturaleza, refleja además la profunda crisis de la mentalidad romántica que veía en ella sólo melosos estados de ánimo. Esto nos lleva a afirmar que, por el contenido social dominante en esta serie de relatos abandonada la insistencia premeditada de "reflejar" actitudes y pensamientos, esta obra se ha convertido en un punto de par-

tida del realismo contemporáneo que sería deseable primara entre nuestros novelistas.

Las cualidades anotadas en "Sangre de Mestizos" de Céspedes fueron desarrolladas sólo en algunos aspectos en su posterior novela "Metal del Diablo" (1946), donde el realismo se torna caricaturesco y la creación del ámbito poético realista se traduce en metáforas dislocantes que atraviesan e iluminan lo real con el propósito de darle determinados relieves que se desea poner en evidencia. Existe en ella un racionalismo expresivo que denota una constante preocupación por lo conceptual y por una despiadada disección de los personajes principales, en franco contraste con la descripción de la naturaleza. La cinematográfica exposición de las acciones fue novedosa en aquella época y está muy bien utilizada en función de lo puramente narrativo y sirve al plan que da especial preponderancia a los conceptos vertidos.

3) La Biografía

Las reconstrucciones del pasado, hechas con un criterio crítico-revisionista y laudatorio del quehacer individual político es la principal característica que se expresa en estas obras, aparte de un saludable deseo de reconstruir nuestras raíces culturales para otorgarles una vigencia que muy pocas veces había sido encarada, afirmando, existe una noción moralizante que supervaloriza la personalidad de todo biografiado. En términos generales, esa noción tiene preeminencia en las crónicas biográficas publicadas en estos últimos treinta años. Las más sobresalientes por sus méritos literarios y por los aciertos en cuanto al examen de las circunstancias históricas condicionantes son "Aniceto Arze" (1928) de Ignacio Prudencio Bustillo, quien en esta obra demuestra sus relevantes cualidades de narrador y de conocedor experto de sus elementos expresivos; "El Precursor" (1941), de Manuel Frontaura Argandoña (1906), que más corresponde a la novela, pero que posee valiosas reconstrucciones de nuestra colonia, aparte del contenido social no muy explícito; "Linares", del mismo autor, adaptándose más a los cánones formales de la biografía, no supera su anterior obra; por la pobreza del examen psicológico y la esquemática continuidad expositiva de los hechos; "Juana Azurduy de Padilla" de Joaquín Ganlier; que también escribió algunas piezas de teatro meritorias; "Natañel Aguirre" de Porfirio Díaz Machicao, donde supera sus trabajos históricos.

El autor que mayores aciertos ha logrado en el género es Augusto Guzmán, ya sea por el amplio dominio y versación sobre

los temas tratados, como por la correcta utilización de un estilo claro, sugerente y plástico, sin grandes efusiones. Sin embargo, poca también en lo esquemático, ya que las vidas de sus biografiados se prestaban más bien a las grandes reconstrucciones interpretativas de varias etapas de nuestra historia. El "Kolla Mitrado" (1942), narra la vida de Fray Bernardino de Cárdenas y las luchas entre franciscanos y jesuitas; "Tupac Katari" (1944), es una sintética exposición de una gesta nacional de vastas proporciones: la del indio aymara Julián Apasa; y "Baptista" (1949), sobre la vida pública del famoso orador y Presidente de la República.

Al lado de las obras de Guzmán, existen dos biografías que pueden considerarse modelos en sus géneros por la serenidad de juicios y la objetividad que reina en ellas, aunque las interpretaciones de algunas circunstancias histórico-sociales reconstruidas no siempre se ajusten a una realidad conocida más ampliamente ahora; ellas son "Murillo" (1947) de Manuel Carrasco y "Santa Cruz" (1949), de Alfonso Crespo. En estas obras el examen psicológico de los protagonistas es realmente valioso. "Esteban Arze" (1948), de Humberto Guzmán Arce (1907), por sus específicas cualidades literarias y la narración objetiva de los hechos, constituye sin duda una buena biografía de aquellas épocas, tan poco conocidas ahora. El "Tupac Katari" (1952), de Alipio Valencia Vega, ya incide en el campo sociológico-interpretativo; ahí lo conceptual está por encima de lo puramente estilístico. Valencia Vega con una pasión reivindicacionista, asentada en sólidas fundamentaciones documentales, nos ha dado un cuadro exacto de lo que fue aquel memorable suceso, por eso merece ser considerado el suyo uno de los mejores ensayos socio-históricos publicados hasta hoy sobre el particular.

4) La Novela

Después de la Guerra del Chaco, se inicia una febril actividad literaria, periodística y política en la que los intelectuales intervienen apasionadamente. Defendiendo unos las nuevas doctrinas e ideas del socialismo, actuando otros directamente en las luchas sociales, formando grupos políticos de izquierda y de derecha, y no una cantidad menor tratando aún de justificar viejos valores a los cuales —todos en ello convenían—, había que encauzar de acuerdo a las circunstancias de la evolución histórica. El nacionalismo-socialista era la doctrina imperante, la que más aceptación tenía entre los jóvenes escritores. Pero, ya lo hemos visto, las producciones literarias de esa tendencia se convirtieron en un idealismo no muy lejano de aquel que sustentaba las primeras obras del realismo de

principios de siglo y aún del que alentaba en muchas de las obras pertenecientes al romanticismo.

Si bien la creación literaria se dedica a la autopsia de la sociedad colonialista de las provincias, ciudades y aldeas, y se comienza a contemplar con un sentido realista la miserable vida de los campesinos, y muchas obras poseen un tono polémico, no hay una clara fundamentación en esas denuncias; todo parte del espíritu jesucristiano e idealista que muchas veces se detiene sólo en la superficie de los hechos. El potente impulso y la espontaneidad que se advierten en las obras que hemos mencionado anteriormente se va perdiendo porque los intelectuales serenanaron sus espíritus y creyeron ingenuamente que lo principal es la reconstrucción del país con los moldes imperantes de una política entreguista a intereses internacionales, ya que era la única forma de conseguir los capitales necesarios para el desarrollo económico. De ahí que tanto el periodismo como la exposición ideológica de estos intelectuales se encarguen de justificar ese estado de cosas.

Por ello es que resucitan aquellas novelas, cuentos y ensayos, donde todavía se evidencian valientes denuncias de la realidad imperante, aún con sus equívocas tendencias idealistas y sus erradas perspectivas históricas. En cuanto a lo puramente literario, es cierto que existe una mayor preocupación por las cuestiones expresivas y se va comprendiendo que el acto de crear está condicionado por una esencial confrontación con los medios técnicos que capacitan al escritor para que pueda manifestar todo lo que tiene que decir. Pero, son muy pocas las novelas que pueden considerarse como tales. La desorientación ideológica y el consiguiente desconcierto referente a las tendencias y caminos que el realismo actual va tomando, son en gran parte los culpables de ello; pero no justifican la pobreza conceptual que se evidencia en la mayoría de las novelas publicadas desde 1940 a nuestros días.

Las directivas artísticas que la moderna novela evidencia, no han sido todavía suficientemente asimiladas por nuestros escritores. Se encuentran como desamparados ante la abrumadora originalidad y el profundo y sabio manejo de lo formal que existe en el realismo norteamericano y europeo actual, y se han deslumbrado con las búsquedas apasionadas del expresionismo alemán, del subjetivismo francés y de la disgregación del romántico concepto de lo real que realizó Joyce; así como sienten una admiración sin límites por el fácil psicologismo de la novela europea de entreguerra, y el deslumbrante pintoresquismo que sigue predominando en la sudamericana. Les llena de pavor ese hundirse en las mismas raíces del ser para descubrir el absurdo uso y orden de las cosas del mun-

do burgués contemporáneo, que se halla en Kafka. Y no saben entonces cómo adaptar esas realizaciones artísticas al examen de nuestras circunstancias, porque evidentemente se sienten incapaces para manejar los elementos expresivos de las nuevas realidades que temen confrontar.

Pero no liay que culparlos. Cuando se comprenden las especiales condiciones en las que han tenido que crear la mayoría de nuestros escritores, se hace necesario más bien reconocer el gran esfuerzo y muchas veces el denodado sacrificio que realizaron para dedicarse a sus tareas literarias; y cuando a ello se unen los evidentes deseos de buscarse un estilo acorde con aquello que desean expresar, además de los esporádicos aciertos descriptivos y meramente artísticos que no son, en verdad, raros, debemos pues convenir en que las cualidades muchas veces terminan por oscurecer los defectos. Pero, a excepción de las novelas y cuentos de Costa Du Rels, Medinaceli, Ramírez Velarde y algo de la producción de Bothelo Gosalvez, son pocas las obras que pueden considerarse totalmente realizadas desde el estricto plano literario, en el período comprendido entre los años de 1940 a 1960.

a) Adolfo Costa Du Rels (1891).— La correcta y discreta utilización de los elementos dramáticos, —que a veces se convierten en un melodramatismo—, y la pulcritud formal, así como un profundo conocimiento de la estructura técnica de la novela y, de modo especial, del cuento, hacen que las obras de Adolfo Costa Du Rels sean modelos en su género. El sugerente estilo plástico, no exento de vigor expositivo y con tenues acentos poéticos descubre la realidad a través de una valorización que siempre está al servicio de la acentuación del ámbito subjetivo, en donde los análisis psicológicos definitorios son, por términos generales, lo mejor que existe tanto en sus cuentos como en las novelas. Estas virtudes se dan plenamente en cuentos como "La Misqui-Simi", de plástico vigor narrativo, en "Dos Jinetes" y "Plata del Diablo", valiosos por la sugerencia del diálogo y las descripciones, y en su novela "Tierras Hechizadas" (1940).

Costa Du Rels es, por educación y por lierencia, un discípulo aventajado del psicologismo romántico moralista que liay sabido traducir esa actitud mental a través del realismo temático; de ahí su interés patente por lo anecdótico. Pero en su obra no se trata de la fácil "pintura" de lo exterior de todo suceso. Sin embargo, en esencia, existe en ella una actitud algo alejada de sus temas; liay mucho del turista intelectual en Costa Du Rels que ve las cosas con penetración y que sabe expresarlas, pero las abandona a medio ca-

mino sin llegar a profundizarlas. Pero su lección en cuanto al valor prestado a la técnica debe ser seguida. Sin poseer el apasionado y caústico vigor de Céspedes, ni la sugerente poesía descriptiva de Ramírez Velarde. Du Reis sobresale por la tersura de la forma y la claridad siempre vigilante. Méritos éstos que han desaparecido en su novela "Laguna H—3".

b) Raúl Botelho Gosálvez (1917).— La sugerencia plástica y la destreza espontánea para la narración, se habían insinuado ya con originales trazos en los bocetos melodramáticos "Borrachera Verde" (1938), relato sobre las selvas del Beni, y en "Coca" (1941), que transcurre en Yungas. Pero en "Altiplano" (1945), que se refiere al tema del indigenismo y que en muchos aspectos obliga a la memorización de "Raza de Bronce", esas cualidades se han convertido en excelencias que contribuyen a que esta novela sea una de las mejores obras que se han escrito sobre la vida de los indios del Altiplano. Sin duda alguna pertenece al realismo documental y la estructura novelística evidencia un lirismo plástico muy sugerente. El juego exuberante de las imágenes y las magníficas descripciones, así como el estudio caracteriológico de los personajes están siempre en función de la trama, de un profundo vigor. Lo principal es ese sentido agonista de la lucha entre hombre y naturaleza. Gosálvez, pese al amargo final, preconiza un triunfo de lo humano contra las fuerzas ciegas de la naturaleza, lo cual implica una transcendencia realista. El naturalismo de Gosálvez se nutre de una exposición fría, despiadada, de los sucesos narrados objetivamente, que no está exento de un soplo lírico algo forzado por la inclusión de metáforas que contribuyen a hacer del estilo un juego verbal encaminado a la iluminación patética de la realidad evidenciada. Ciertamente el tema se presta para un amplio desarrollo naturalista, pero el autor se detuvo en la exteriorización plástica del drama. La novela no sólo nos muestra la inhumana explotación y las miserias de la vida de los campesinos en una comunidad del Altiplano, sino que narra algunos aspectos de los pueblos de provincia, en un tono caústico, como un necesario contrafondo del ámbito en donde se desarrolla la mayor parte de la trama.

c) Carlos Medinaceli.— Profundo conocedor de la vida pueblerina, de la que nos ha dejado notas documentales extraordinarias por su lírica causticidad, donde todo se hunde en la monótona parsimonia que llevan esas vidas vencidas, cuya única salida se la encuentra siempre en el alcohol o la primaria servidumbre del sexo, Medinaceli nos ha dado en "La Chascañabui" una de las novelas

mejor logradas de estos últimos tiempos, pese al forzado final. Pocas obras contemporáneas pueden parangonarse en el estudio psicológico de los personajes y poquísimas son las que crearon tipos característicos que ya han quedado como figuras literarias inmortales de la vida nacional. Aunque ahora la crítica ha demostrado que esas figuras no son de exclusiva creación de Medinacefi. El examen del proceso psíquico y biológico del "encholamiento", es aquí el tema principal pero a través de éste, en "La Chascañahuí", se insinúa y desarrollan otros problemas nacidos de la amarga confrontación de la crisis mental y física de aquellos blancoides herederos de los terratenientes venidos a menos. Por eso la temática social adquiere un valor primordial. Y lo que la hace más valedora aún es que ella no ha sido buscada y expresada con premeditación, sino que surge a través del análisis de la realidad que fue trascendida en términos artísticos. Si el valor documental de esta novela es grande, porque nos muestra una etapa de la vida nacional que aún no ha sido del todo superada y se mantiene en muchos aspectos tal como la describió Medinacefi, su vigencia artística no lo es menos. El realismo de buena ley, sin las exageraciones melodramáticas que todavía persisten en varias novelas actuales, y la unidad entre los diferentes planos estructurales de la novela, así como las descripciones psicológicas que explican a los personajes como seres que obedecen a sus propias determinaciones circunstanciales y no a los caprichos del autor, son elementos que contribuyen a que consideramos esta obra como uno de los mejores estudios novelísticos de la época.

d) Otras Novelas.— Al lado de las novelas mencionadas, en las que predomina el enfoque realista, que ciertamente culminan en "Socavones de Angustia" y "El Precio del Estaño", las obras mencionadas a continuación desarrollan muchos aspectos de la vida nacional que también se encuentran en las obras antes mencionadas; aunque estas últimas descubran circunstancias vivenciales colectivas que no han sido hasta hoy sino esbozadas, todas parten de una perspectiva no muy bien definida del concepto artístico de la novela, puesto que, en términos generales, sus análisis están realizados ya con un sentido romántico de la realidad, ya con la intención de dar al realismo un nuevo rumbo aún no precisado que encubre una cierta incapacidad técnica. En cuanto a lo formal, se advierte que todavía no ha sido superada la noción romántico-realista, y en lo que respecta al examen de algunas particularidades del proceso histórico nacional, se nota ciertas acciones deformadoras que son vistas, es cierto, con un sentido realista, pero faltas de una pers-

pectiva lógica a través de una forma expositiva ambigua. Pero por algunos logros artísticos, generalmente excelentes descripciones, estas novelas merecen una mención especial.

Como experimentos temáticos formales sobresalen "Horizontes Incendiados" (1933), de Gustavo Adolfo Otero; "Era una vez..." (1940), de Abel Alarcón, magnífica reconstrucción colonial; "Titeres de la Meseta" (1953), de Hugo Blym, excelentes cuadros costumbristas; "La Virgen de las Siete Calles" (1941), de Alfredo Flores, pintoricismo fácil y buenas cualidades narrativas; "La Niña de sus Ojos" (1948), de Antonio Díaz Villamil, de vasta producción literaria-pedagógica, es de una forzada melodramaticidad; "Surumi" (1943), de Jesús Lara, que no logra estructurarse como novela por su melodramatismo insustancial; en cambio en "Yanacuna" (1952), del mismo autor, ya se está en presencia de una obra mejor lograda; pertenece a la llamada novela realista social, con evidentes logros en cuanto al relato, sin dejar algunas exageraciones de su anterior libro; "Mina" (1953), de Alfredo Guillen Pinto, contiene un valiente alegato y buenas descripciones; "Tierra de Sol y de Miseria" (1946), de José Unzueta, testimonio de escenas naturalistas sin que logren, a veces, cohesionarse en un relato firme.

"El Experimento" (1947) y "La Ilustre Ciudad" (1950) de Tristán Maroff, constituyen dos relatos jocosos con intentos de crítica de algunos aspectos de la vida nacional, pero no pueden ser considerados como novelas, a pesar de la unidad formal y el desarrollo sistemático de la trama; "Cuando Vibraba la Entraña de Plata" (1948), de José Enrique Viana, enjundiosa novela evocativa de un mundo, aunque faltada de unidad; "Chuño Palma" (1948), de Víctor Hugo Villegas, humorístico relato, ágil pero superficial; "Trópico del Norte" (1949), de Nazario Pardo Valle, con valiosos aciertos descriptivos, sencilla y sin grandes pretensiones, además de excelentes bocetos característicos; virtudes éstas que continúa desarrollando en sus posteriores novelas, como por ejemplo, en "Cien Años Atrás"; "Cuando el Viento Agita las Banderas" (1950), de Rafael Ullis Peleáz, con buenas narraciones, pero de insustancial forma expositiva; "Una Baña en el Viento" (1952), y "La Montaña de los Angeles" (1960), de José Fellman Velarde, revelan un nuevo valor de la narrativa nacional que aún no ha logrado crearse su propio estilo y se encuentra en el período de la búsqueda fecunda y de la capacitación y dominio técnico; "Luzes y Sombras" (1953), "Montañas Adentro" (1953) y "La Prima Elvira" (1955), de Federico Avila, contienen excelentes estudios psicológicos, planteamientos críticos y descripciones de un lirismo realista fuerte que se resienten por

una cierta discursividad verbal que recuerda la exposición romántica de la novela; "Sol de Justicia" de Max Mendoza López, de vigorosas descripciones; "Siringa" de Juan B. Coimbra, una de las mejores novelas testimoniales de esa época, especialmente por su rica plasticidad; "El precio del Estaño" de Néstor Taboada Terán que sin poseer la plasticidad poética y la unidad formal de "Socabones de Angustia", posee un bien logrado vigor documental y un contenido social que a veces cae en una oratoria discursiva, aspecto éste que predomina en su posterior novela "Indios en Rebelión".

e) Fernando Ramírez Velarde (1913-1948).— La admirable sencillez, hondura dramática, y un conocimiento fecundo de los problemas formales y técnicos de la novela, la plasticidad poética y el colorismo bien utilizado, la universalidad de la visión realista, hacen de "Socabones de Angustia" (1947), una verdadera obra de creación que por encima de la trama ya tratada y bastante explotada, nos da una nueva expresión original en todo concepto. El tenue lirismo de sus páginas está sustentado por un dramatismo vigoroso y directo en la narración de los sucesos. Y si hay un poco de discontinuidad en la serie de cuadros sobre la vida en las minas, ello obedece a la especial técnica impresionista que no es un obstáculo para los estudios psicológicos que conducen a la creación de tipos inolvidables por su cálida humanidad.

La unidad de los planos estructurales, el objetivismo a veces impresionista por el enfoque dado a la realidad descrita, y la correcta utilización de los diálogos siempre encaminados a reforzar los términos escuetos de la narración, expresaban un alto concepto de la madurez conceptiva sobre la novela que poseía Ramírez Velarde. Si bien la trama se prestaba para un desarrollo más amplio y un ahondamiento en la caracteriología de los protagonistas, la novela cumple con su objetivo: la denuncia social y la objetividad de los elementos documentales, sirven para estructurar la creación de un mundo amargo y cruel. Con la muerte de Ramírez Velarde la literatura boliviana perdió a uno de sus grandes creadores, pero su novela ya es una pieza clásica de este período y merece colocarse al lado de las mejores producciones del género escritas en estos últimos años.

5) El Cuento

Un apasionado rechazo de la retórica realista, tanto en la exploración temática como en la manifestación técnica, y el deseo de mostrar realidades sólo entrevistadas con un estilo nuevo que las

expresé cabalmente; el total compromiso con los términos conceptuales que se exponen, lo que implica una sumersión absoluta en la realidad, a través de la exploración subjetiva del subconsciente, que está demostrando una toma de conciencia, son las principales directivas que se han propuesto las nuevas generaciones de escritores que quieren darnos un testimonio de su razón de ser.

En ese empeño existe también el ferviente deseo de captar lo social en una forma que no sólo sea un testimonio documental válido para determinado tiempo, sino que busca el sentido conformativo de las acciones colectivas a la vez que anhela superar las circunstancias que se oponen para un libre examen subjetivo encaminado a expresar una problemática universal, sin perder —por ello—, la necesaria incidencia en las particularidades que nos definen como colectividad y como pueblo. De ahí que sise de paso a lo puramente exterior, a la exacta descripción de lo llamado folklórico, es para encontrarle una nueva dimensión espiritual y un significado estructurado al ámbito determinativo, del cual no es posible escapar y que es la base de lo universal, además. Los experimentos que hasta ahora conocemos en esta dirección, no han logrado todavía ser las muestras exactas del mundo que reflejan, porque no ha habido aún el común hallazgo de un lenguaje que exprese toda la singularidad de las realidades examinadas. De ahí que predomine en muchos de los cuentos recién publicados, la visión realista que a veces se contrapone al excesivo psicologismo y a la noción individualizante de la realidad. Sin embargo en otros ya se puede advertir la poderosa voz expresiva de quienes van dominando sus medios comunicativos, tal como ocurre en "Cuentos de dos Climas" de Porfirio Díaz Machicao; en "Once cuentos" de Walter Montenegro; "Selva" de Humberto Guzmán Arce; "Ronquera de Viento" de Rafael Ulises Peláez; "Gente de Santa Cruz", de Enrique Kempf Mercado; Chihuanyayus y achankaras" de Vicente Terán. En el cuento tradicionalista folklórico se destaca la sencilla emotividad de Franz Avila del Carpio, Oscar Alfaro y Alberto Sánchez Rossel.

En varios de los cuentos publicados por Sergio Suárez Figueroa (1924-1968) especialmente en el "Boletín de Cultura" de la ya desaparecida Subsecretaría de Prensa, Propaganda y Cultura, el expresionismo naturalista y el valor dado a la visión onírica, que se dirigen a la aprehensión de una totalidad, y el despiadado y patético examen del mundo pequeño-burgués criollo, adquieren un relieve nunca entrevisto en la narrativa boliviana. En cambio el realismo que se halla en la visión subjetivista de la realidad, expresada generalmente por el predominio de los diálogos, y un examen más direc-

to de ella, dominan en los cuentos de Fernando Medina Ferrada (1924), y de Eduardo Olmedo López (1926). Opuesto a ese subjetivismo, Oscar Soria Gamarra (1922), prosigue en la exploración temática del realismo social y del folclorismo pictórico que no dejan de mostrar hallazgos felices en sus narraciones. Aunque aún no tiene publicado ningún volumen de su producción, ésta se encuentra diseminada en varias revistas y publicaciones periódicas. Actualmente se dedica a la cinematografía donde ha logrado encomiables aciertos.

LECTURAS RECOMENDADAS

Jorge Siles Salinas: "La Literatura boliviana de la Guerra del Chaco".

Jesús Lara: "Repete".

Oscar Cerruto: "Aluvión de Fuego"

Augusto Céspedes: "Sangre de Mestizos"

Adolfo Costa Du Rels: "Tierras hechizadas"

Rafel Boñelo Gozávez: "Altiplano"

Carlos Medina Celis: "La Chascañahu"

Fernando Ramírez Velarde: "Socabones de Angustia"

Nazario Pardo Valle: "Cien años atrás"

Juan B. Colmbra: "Siringa".

Colección del "Boletín de Cultura" de la Subsecretaría de Prensa, Propaganda y Cultura (años 1952-53), ver cuentos de Sergio Suárez Figueroa, Eduardo Olmedo López y Oscar Soria).

Porfirio Díaz Machicao: "Nataníel Aguirre"

Ignacio Prudencio Bustillo: "Aniceto Arce".

Manuel Frontaura Argandoña: "El Precursor"

Augusto Gatzmán: "El Kolla Mitrado"

Afonso Crespo: "Santa Cruz el condor indio"

Alipio Valencia Vega: "Tupac Katari".

Capítulo Séptimo

LA PRODUCCION LITERARIA CONTEMPORANEA (LA POESIA)

1) Las Concepciones Poéticas Europeas y Americanas

Es indudable que desde el Modernismo la poesía americana ha adquirido una madurez que se fue profundizando en la búsqueda y expresión de realidades que antes fueron consideradas antipoéticas. En lo referente a las experimentaciones de lo formal, éstas aún persisten y son pocos los poetas en los cuales no se note todavía algunas influencias del Modernismo, ya sea por el culto exagerado y artificioso de la forma o por el valor dado al verbalismo retórico; principalmente en aquellos que forman la escuela de la Poesía Social y en muchos de los que hallaron en el folklorismo una fuente de inspiración. Por otra parte, el influjo profundo de la sensibilidad romántica ha persistido e incluso se metamorfoseó en las formas expresionistas e impresionistas que, con la importancia concedida al simbolismo, están creando una nueva estética poética. La cual, si bien no ha tenido admirables manifestaciones y representantes muy originales, continúa manteniendo vivo el espíritu idealista que deformó la realidad por la supervaloración concedida a lo individual. Sin embargo, de estas dos tendencias, más bien dichas de estas expresiones neo-románticas de la poesía, han surgido las experiencias más valiosas dentro de la creación poética contemporánea en América, como ya había sucedido en Europa, tal como lo demostraron en sus obras Vicente Huidobro, César Vallejo y Pablo Neruda.

A través de las realizaciones del neo-romanticismo y el Modernismo, es donde recién comienzan a anunciarse los postulados artísticos de la poesía americanista. Porque en esas tendencias se capacitaron los poetas en la utilización libre de la palabra como el vehículo representativo poético, lo cual permitió ahondar aquello que la poesía europea venía evidenciando desde el Renacimiento (en la obra artístico-literaria de ciertos creadores): la fundamental comprensión de la realidad ya no a partir de su exteriorización racional

y discursiva. La ciencia y algunos hallizgos de la filosofía y la estética románticas, fueron poco a poco anunciando la destrucción de las estructuras lógicas del pensamiento, del principio lógico de identidad, y de las formas prefiguradas por los esquemas racionales del mundo.

Todo lo cual puede comprobarse en la dislocada y sentimental desracionalización de los dadaístas y luego en el romántico racionalismo estético-alógico del surrealismo. Tendencias estéticas que fueron poco asimiladas en Bolivia y recién adquirieron cierta vigencia a partir de la Guerra del Chaco, y sólo asimiladas y profundizadas por Jaime Saenz, como se anota más adelante. El concepto de que lo real debe ser aprehendido desde la subjetividad y la importancia concedida al descubrimiento del Yo, avizorado ya en las visiones poéticas de William Blake, Novalis, Hördelin, Nerval, Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Lautremont, etc., cambiaron radicalmente la visión poética e hicieron decaer lo discursivo del Modernismo, al cual sin embargo se aferraban aún los poetas americanos. Pero el principal hallazgo de esas experiencias, consecuentemente con las nuevas concepciones filosóficas, ha sido el del descubrimiento del Tiempo que constituye sustancialmente la vivencia subjetiva siempre movible. El famoso flujo temporal o monólogo interior de la novela, fue la exteriorización de todo esto. Ello implicaba un ahondamiento en lo subterráneo sub-conciencial donde la razón carece de vista.

Ese intento por llegar a la total comprensión del sentido mismo de la existencia, a través del conocimiento intuitivo del fenómeno artístico, ha llevado a ciertos poetas a la racionalización de una verdadera ontología contrapuesta a toda metafísica que pretenda desgajar la existencia de la realidad humana concreta como sucede en el existencialismo católico. Se trata ahora de expresar en la poesía, por medio de esa relación vital entre subjetivismo y exterioridad, una nueva iluminación cognocitiva de las cosas del mundo en su ordenamiento actual y su significación. Lo cual puede comprobárselo en las experiencias más recientes de la poesía nacional, como —por ejemplo— en las obras de Jaime Saenz, Avila Jiménez, Oscar Cerruto, y en la de los poetas que comenzaron a conocerse desde 1960.

Es por eso que se está comprendiendo que la palabra debe expresar toda la problemática del Ser, de los seres concretos sobre todo y alcanzar esa trascendencia fundamental que se dirige a la conciliación armónica entre subjetivismo y objetivismo. Los esquemas que cercaron al hombre en las rejas de un objetivismo miope, patente aún en las idealizaciones verbales del Modernismo y en muchas muestras de la poesía nativista y social, expresaban una nocón

de la realidad humana desfiguradamente idealista, pero están siendo rechazados muy sintomáticamente por los representantes más progresistas del pensamiento burgués contemporáneo, que han terminado por darse cuenta de que los valores culturales ya no son capaces para traducir esa inquietud psíquica y moral de los hombres actuales y, necesariamente, tienen que ser criticados y condenados a desaparecer, tal como se evidencia, por ejemplo, en la poesía de Pedro Shimose y en la de sus compañeros de generación.

La poesía como una de las manifestaciones artísticas que expresa ese espíritu crítico, es también lo que mejor nos muestra esa profunda crisis conciencial, a la vez que prefigura las transformaciones que se vienen sucediendo en el campo cultural contemporáneo. Y esto no es casual, porque no en vano se ha reconocido siempre a la tarea del poeta la exteriorización de las vivencias subjetivas que reflejan los anhelos colectivos. Si bien aquél se mueve casi siempre entre abstracciones, éstos no representan otra cosa que una piedra y un manantial que precisan adquirir una voz, ya que la palabra contiene un sentido de las acciones existenciales, relativas a la comunicación entre hombre y hombre y entre hombre y naturaleza y, aún, entre hombre y sus propias creaciones heredadas, la poesía no puede dejar de referirse a un examen de la realidad, de aquella más profunda y también de la más circunstancial. Las vivencias que no muestra no son, por eso simples abstracciones oratorias; constituyen experiencias que tocan a todos los humanos.

De ahí que el Dadaísmo y el Expresionismo; el Simbolismo y el humanismo poético con la preeminencia dada a un racionalismo exterior que no desecha el explorar y manifestar lo irracional, pero siempre desde un punto de vista lógico; todas estas escuelas, se atribuyen la prioridad en cuanto a esa nueva búsqueda de los valores culturales que son los que combaten y reflejan, a la vez, la crisis del pensamiento burgués actual. Dichos influjos en nuestra patria, pueden encontrarse en varias obras poéticas, desde aquellas que desarrollan las nociones estilísticas del Modernismo, en una forma más o menos original, aunque no todavía con toda la potencia expresiva y con la misma calidad formal que en los demás países americanos, lo cual se explica por aquellos factores materiales que han contribuido a que toda creación artística sea diferida, obstaculizada y desvirtuada sistemáticamente. Pese a ello, ya se pueden encontrar valiosos poemas que, en mayor o menor grado, nos demuestran cierta originalidad que expresa también los valores evidenciados desde nuestros más lejanos antecedentes culturales. La significación preponderante dada al sentimiento colectivo y racial, por ejemplo, es una de sus ca-

racterísticas más salientes, que se expone a veces de una forma inconsciente a través de la peculiar utilización del lenguaje y de los planos estructurales de la forma.

2) El Simbolismo Modernista

Bajo esta tendencia estética se pueden agrupar a aquellos poetas que, iniciándose en el Modernismo, desarrollaron ciertos postulados estilísticos de esa escuela. Así, por ejemplo, la preocupación por la forma, que en ellos supera a la misma comunicación conceptual, sin que por ello la desechen, y la visión romántica de la realidad, son características de casi todas sus producciones. Al mismo tiempo, en algunos de estos poetas se avizora el descubrimiento de otros rumbos estéticos, en los cuales el de la valorización puramente artística del folklorismo va a ser la causa para que en sus poemas se introduzcan nuevos planteamientos temáticos, más tarde explotados por sus herederos.

La mayoría evidencia en sus versos un misticismo agónico contrapuesto al vitalismo del maestro Rubén Darío, al cual veneran por igual y trataa todavía de seguir, aunque, al mismo tiempo, haciéndose eco de las nuevas tendencias de la poesía americana, se dedican a explorar el llamado versolibrismo. Pero sin alcanzar la espontaneidad abrumadora de las posteriores producciones líricas, y conservando siempre ciertas normas estilísticas que no les permiten llegar a los derroteros señalados por las modernas tendencias. La aceptación de la influencia española y del simbolismo y parnasianismo francés, es ineludible en ellos.

a) José Eduardo Guerra.— La angustia metafísica y la introspección escéptica y agonista condujeron a este poeta a un peligroso juego solipsista con los problemas morales subjetivos, los cuales se expresan a través de un romanticismo hondo en formas modernistas que no evaden las búsquedas del versolibrismo. Todo ello se lo puede comprobar en sus dos libros "Del Fondo del Silencio" (1915) y "Estancias" (1924), que contienen lo mejor de su producción lírica. El auténtico realismo trascendente de sus poemase vierte en versos pulcros y sugerentes, donde existe una unidad conceptual y de forma bien lograda. El patetismo oratorio no está ausente en ellos, pero siempre sin grandes rebuscamientos, porque hay una sustancial espontaneidad en sus exámenes concienaciales. La poesía de Guerra, es considerada, con justicia, una de las voces más originales de la lírica moderna nacional, pero las consecuencias de su posición filosófica-estética han sido superadas por el abandono de lo

exclusivamente subjetivo en la creación. El mundo cerrado y vaporoso de sus versos tienen muchas reminiscencias de la estética modernista.

b) **Abel Alarcón y Nicolás Ortiz Pacheco.**— Pesea la disimilitud estilística de estos dos poetas, ambos se hermanan por el concepto romántico de la existencia y por el valor concedido a los cánones poéticos clásicos; lo cual en Abel Alarcón (1881-1954) constituye su característica más sobresaliente. Es autor de "A los Genios del Siglo de Oro" (1946) donde se da exclusiva importancia al alambicamiento formalista y conceptual. Tradujo el "Gitanjali" de Tagore magníficamente. **Nicolás Ortiz Pacheco** (1893-1953), tiene su producción poética dispersa en periódicos y revistas especializadas. Ella trasunta las concepciones poético-románticas pasadas, en las que, sin embargo, hay una nota original por la causticidad y el ironismo individualista.

c) **José Antonio de Sainz** (1898-1959).— En la poesía de José Antonio de Sainz alienta un idealismo romántico que se expresa en el rechazo formal de lo declamatorio y en el estudio lingüístico. El intimismo sutil, la tersura de los versos y un elevado misticismo de tintes muy originales, hacen de "Camino sin Retorno" (1940) uno de los libros de poemas más bellos que se deben a la estética modernista. Quizá su mayor mérito ha sido el de haber conciliado los términos románticos y modernistas en un estilo propio e inconfundible, en el cual lo subjetivo jamás está en lucha con la realidad exterior y más bien tiende a asimilarla en un acto de comunicación y de profundo amor. La espontánea expresión de los estados de ánimo no son motivo para un rechazo con las circunstancias que debe vivir el poeta, sino más bien representan un conflicto emotivo que a través de la obra de arte es trascendido fuera de su fiera particularidad. La revalorización de su obra ciertamente que nos demostraría los positivos méritos de este poeta, los cuales no han sido suficientemente examinados por la crítica.

d) **Man Céspedes** (1879-1932).— "Símbolos Profanos" (1924) y "Sol y Horizontes" (1930), de Man Céspedes, son dos muestras de lo que la prosa poética modernista podía alcanzar dentro del terreno conceptual. Pocos escritores en Bolivia han logrado esa unión dichosa entre fondo y forma, donde un romántico y profundo amor por la naturaleza se expresa a través de las imágenes ricas en sugerencias líricas, en un tono objetivo que trasciende al personalismo sentimental. El panteísmo idealista se atenúa en esas dos obras con un

vitalismo tierno y expansivo que se reviste de una moralidad altamente jesucristiana.

e) Antonio Avila Jiménez. (1898-1965). — En la obra de Antonio Avila Jiménez, la realidad poética adquiere una categoría esencial y dolorosamente subjetiva, expresada a través de una forma simple y cristalina, a la cual hay que acercarse con cuidado. El abandono y rechazo de toda artificiosidad y de los términos retóricos expresionistas, se ha logrado en su poesía por medio de una suave alquimia del verso, de la palabra núcleo de expresión que no sólo es válida en sí, sino que contiene una sustancia conceptiva encarnada a la esencial comunicación individualista. El dolor que se manifiesta en "Cronos" (1939), "Signo" (1942) y "Las Almas" (1950), es ciertamente una categoría del pensamiento y un camino cognoscitivo que se manifiesta por medio de una metafísica que relaciona la existencia individual con su trascendencia. Lo puramente anecdótico que existe en la poesía de Avila Jiménez, se revierte a un plano en donde individuo y soledad constitutiva son los dos polos antagónicos de una lucha jamás resuelta. El concepto burgués del idealismo trascendente es, por eso, superado en esta poesía, por un elemental sentido de comunicación con la problemática temporal humana.

f) Primo Castriello. — El expresionismo romántico y las búsquedas nacidas del modernismo, se unen en una expresión donde la ensañación herida del subjetivismo lírico y el tímido presentimiento de los caminos que conducen a la total disociación del idealismo se dan, aunque no todavía plenamente, en una forma que está buscando su maduro vocabulario expresivo, en la poesía de Primo Castriello, autor de "Valle y Mundo" y "Hombre y Tierra" (1958), poemarios en los que también existe una evocativa valorización afina a los postulados estéticos de los ensayistas de la Mística de la Tierra.

g) Juan Capriles (1890-1953). — Pertenece por la forma a la escuela modernista, pero por las exploraciones temáticas anuncia ya el nuevo espíritu de la poesía actual. Lo que más sobresale en sus versos es la versificación perfecta que está, pero, al servicio de una plasticidad y colorido intelectualista que vaga todavía dentro del impresionismo y el expresionismo y que expresa un deseo patente por liberarse de los antiguos moldes a los que, sin embargo, le es difícil abandonar, para adentrarse en las aventuras del nuevo idealismo romántico y humanista. La objetividad permanece en función de guía rectora de todo posible desborde imaginativo y de toda efusión sentimental. Sólo publicó un libro de poemas: "Evento" (1936). El res-

to de sus producciones se encuentra en varias revistas literarias y periódicos.

h) Yolanda Bedregal (1916).—El esteticismo de Yolanda Bedregal, responde a una noción romántico-expresionista, porque en su poesía lo subjetivo no ha abandonado la oratoria y el individualismo exacerbado. Sin embargo, en muchas de sus poesías de "Naufragio" (1936), "Poemas" (1937), "Almadía" (1942) y "Del Mar y la Ceniza" (1957), se advierte un auténtico misticismo muy femenino, que está traducido en un lenguaje patético de metáforas deslumbrantes.

Milena Estrada S.

Para escribir sobre la poesía de Milena Estrada Saáez habría que remitirse a la poesía china y, quizá a ciertas percepciones de la sensibilidad impresionista de Virginia Woolf, aunque estas referencias sólo constituyen aproximaciones a su mundo de increíble lucidez y ternura, de apasionado y etéreo transitar en la experiencia decantada por la palabra. Su libro "Corola de agua" (1946), aún hoy, es uno de los más hermosos poemarios por su lirismo de profundas resonancias musicales.

De singular dedicación a la obra poética, en cuyas obras se encuentran muchas veces algunos significativos aciertos, son los casos de Alina Ballón, Paz Nery Nava, Beatriz Schulze Arana, Ada Carvajal, Olga Bruzzone de Bloch y María Quiroga Vargas.

3) La Poesía Social y Folklórica

El simbolismo neomodernista y la alegoría romántica, han condicionado la visión estética revolucionaria o "social", que pese al vigor expositivo de sus producciones aún no ha alcanzado a expresar toda la problemática del hombre contemporáneo; ya que sólo se dedicó a la exteriorización, muchas veces superficial y oratoria, de un lirismo que ve la realidad a través de sus términos circunstanciales sin llegar a su trascendencia. La desfiguración idealizante de la realidad y la insistencia en términos conformativos que pueden y deben ser superados por el abandono, precisamente, de ese racionalismo superficial que no sabe captar la esencia constitutiva que rige su desarrollo o que informa su desenvolvimiento, además de cierta complacencia en la moralidad ambigua que confronta esa realidad por medio de un pensamiento estático, han impedido que la llamada poesía social se convierta en una auténtica expresión de las luchas concretas de los hombres.

vitalismo tierno y expansivo que se reviste de una moralidad altamente jesucristiana.

e) **Antonio Avila Jiménez.** (1898-1965).— En la obra de Antonio Avila Jiménez, la realidad poética adquiere una categoría esencial y dolorosamente subjetiva, expresada a través de una forma simple y cristalina, a la cual hay que acercarse con cuidado. El abandono y rechazo de toda artificiosidad y de los términos retóricos expresionistas, se ha logrado en su poesía por medio de una suave alquimia del verso, de la palabra módulo de expresión que no sólo es válida en sí, sino que contiene una sustancia conceptual encaminada a la esencial comunicación individualista. El dolor que se manifiesta en "Cronos" (1939), "Signo" (1942) y "Las Almas" (1950), esciertamente una categoría del pensamiento y un camino cognocitivo que se manifiesta por medio de una metafísica que relaciona la existencia individual con su trascendencia. Lo puramente anecdótico, que existe en la poesía de Avila Jiménez, se revierte a un plano en donde individuo y soledad constitutiva son los dos polos antagónicos de una lucha jamás resuelta. El concepto burgués del idealismo trascendente es, por eso superado en esta poesía, por un elemental sentido de comunicación con la problemática temporal humana.

f) **Primo Castrillo.**— El expresionismo romántico y las búsquedas nacidas del modernismo, se unen en una expresión donde la ensoñación herida del subjetivismo lírico y el tímido presentimiento de los caminos que conducen a la total disociación del idealismo se dan, aunque no todavía plenamente, en una forma que está buscando su maduro vocabulario expresivo, en la poesía de Primo Castrillo, autor de "Valle y Mundo" y "Hombre y Tierra" (1958), poemarios en los que también existe una evocativa valorización afín a los postulados estéticos de los ensayistas de la Mística de la Tierra.

g) **Juan Capriles** (1890-1953).— Pertenece por la forma a la escuela modernista, pero por las exploraciones temáticas anuncia ya el nuevo espíritu de la poesía actual. Lo que más sobresale en sus versos es la versificación perfecta que está, pero, al servicio de una plasticidad y colorido intelectualista que vaga todavía dentro del impresionismo y el expresionismo y que expresa un deseo patente por liberarse de los antiguos moldes a los que, sin embargo, le es difícil abandonar, para adentrarse en las aventuras del nuevo idealismo romántico y humanista. La objetividad permanece en función de guía rectora de todo posible desborde imaginativo y de toda efusión sentimental. Sólo publicó un libro de poemas: "Evento" (1936). El res-

to de sus producciones se encuentra en varias revistas literarias y periódicos.

h) Yolanda Bedregal (1916). — El esteticismo de Yolanda Bedregal, responde a una noción romántico-expresionista; porque en su poesía lo subjetivo no ha abandonado la oratoria y el individualismo exacerbado. Sin embargo, en muchas de sus poesías de "Naufragio" (1936), "Poemas" (1937), "Almadía" (1942) y "Del Mar y la Ceniza" (1957), se advierte un auténtico misticismo muy femenino, que está traducido en un lenguaje patético de metáforas deslumbrantes.

Milena Estrada S.

Para escribir sobre la poesía de Milena Estrada Sainz habría que remitirse a la poesía china y, quizá a ciertas percepciones de la sensibilidad impresionista de Virginia Woolf, aunque estas referencias sólo constituyen aproximaciones a su mundo de increíble lucidez y ternura, de apasionado y etereo transitar en la experiencia decantada por la palabra. Su libro "Corola de agua" (1946), aún hoy, es uno de los más hermosos poemarios por su lirismo de profundas resonancias musicales.

De singular dedicación a la obra poética, en cuyas obras se encuentran muchas veces algunos significativos aciertos, son los casos de Alina Ballón, Paz Nery Nava, Beatriz Schulze Arana, Ada Carvajal, Olga Bruzzone de Bloch y María Quiroga Vargas.

3) La Poesía Social y Folkórica

El simbolismo neomodernista y la alegoría romántica, han condicionado la visión estética revolucionaria o "social", que pese al vigor expositivo de sus producciones aún no ha alcanzado a expresar toda la problemática del hombre contemporáneo; ya que sólo se dedicó a la exteriorización, muchas veces superficial y oratoria, de un lirismo que ve la realidad a través de sus términos circunstanciales sin llegar a su trascendencia. La desfiguración idealizante de la realidad y la insistencia en términos conformativos que pueden y deben ser superados por el abandono, precisamente, de ese racionalismo superficial que no sabe captarla esencia constitutiva que rige su desarrollo o que informa su desenvolvimiento, además de cierta complacencia en la moralidad ambigua que confronta esa realidad por medio de un pensamiento estático, han impedido que la llamada poesía social se convierta en una auténtica expresión de las luchas concretas de los hombres.

Entre nosotros, como ha sucedido también en el resto de la producción cultural americana, ese socialismo poético no es más que la manifestación de una oratoria demagógica. La exteriorización literaria del melodramatismo socializante, no traduce fielmente, ni siquiera refleja, las especiales situaciones colectivas que son expresadas en forma mucho más espontánea en la música popular y en la caústica crítica social que realizan los romanceros anónimos, los cuales se encuentran muy alejados de ese intelectualismo personalista. Si en la poesía boliviana se ha dado cabida a la exteriorización de esa problemática, ha sido porque los módulos expresivos colectivos llevaron su potente voz al aire viciado en el cual creaban sus obras los representantes del idealismo neomodernista puramente formal; pero, desgraciadamente, no existe todavía el creador que sepa manifestar con espontaneidad lo que las voces populares proclamaban. A pesar de ello, en una que otra poesía de esta escuela, se advierte un auténtico deseo por acercarse a esas verdades, las cuales están exteriorizadas con un rebuscamiento metafórico que, a veces, alcanza visos originales, nada despreciables, aunque momentáneos.

Así, en parte de la obra de Felipe Lira Girón, se dieron esas cualidades cuando rechazó algunos de los postulados modernistas; también en la de Raúl Otero Reich, no exenta de dramatismo, pero pobre en lo formal. Dentro de la moderna producción, merecen citarse las experiencias en este campo de Luis Luksic, autor de "Cantos de la Ciudad y el Mundo"; Carlos Gómez Cornejo, autor de "Cantos de Amor, de Dolor y de Lucha" (1922), "Romancero Kolla" y una "Antología de poetas de Izquierda" (1930); Gómez Cornejo fue uno de los primeros poetas vanguardistas, de ahí que su obra acuse influencias disímiles, pero contiene una originalidad que no fue profundizada. El tránsito inseguro del vanguardismo al nativismo y a un pseudoclasismo se insinúa en Lucio Díez de Medina, que dedicó su vida a la exaltación de Simón Bolívar, publicando dos biografías suyas; precisamente antes de su muerte venía trabajando en un largo poema sobre el Libertador. En Eduardo Calderón Lugones se da un lirismo emotivo cálidamente humano, el cual está expresado con sencillez asombrosa, en toda su producción dispersa en diarios y revistas.

En Luis Felipe Vilela, el romanticismo se vierte a través de moldes que todavía conservan el formalismo modernista. Pero lo que resume en su obra esta tendencia propiamente social de la moderna poesía, es Alcira Cardona Torrico, autora de "Carcajada de Estaño" (1949), "Rayo y Simiente" y "Tormenta en el Ande", qui-

zá porque el patetismo lírico declamatorio siempre ha tenido algo de femenino en su exteriorización verbal.

a) **La Poesía Folklórica.**— El sentido panteísta muy romántico por sus reacciones emotivas que se traducen en el verso a través de conceptos idealizantes de la realidad, coloreada según una tendencia esteticista que es afín al miniaturismo impresionista o, también, a la declamación naturalista de la pintura del siglo pasado; la sensual preeminencia de los sentidos y el vitalismo, que ve en la naturaleza una fuente de energía, de belleza y de amor, al mismo tiempo que la reverencia como la sustentadora de efluvios inmanentes que manifiestan su ineludible determinismo ciego; la exaltación mística de esas fuerzas, así como de la sabiduría popular, o del sentido común, a la vez que el sentimiento burgués refinado que abstrae de la realidad campesina una prefigurada imagen de la vida, se constituyen en los elementos conformativos de la poesía folklórica, rama lírica del romanticismo.

Entre nosotros, hay que hallar sus raíces no solamente en la influencia del Romancero español, —puesto en vigencia una vez descubierta la poesía de García Lorca—, sino en ese renacer del sentimiento nacionalista literario que fue difundido por los autores de *La Mística de la Tierra*, y por la consiguiente valorización de nuestras raíces culturales. La musicalidad y el auténtico patetismo lírico quechua, son entonces comprendidos y se comienzan a crear partiendo de esas enseñanzas. Pero hay que decir que las primeras producciones no contienen una trascendencia de ese espíritu, porque hay una evidente desorientación estética y los tanteos y experiencias formales no trasuntan todavía lo que se quiere expresar.

Ilustrativas de estas búsquedas son las obras de Jesús Lara "*Harahuiy, harahaicu*" (1927), que refleja en sí todas las tendencias auténticamente nacionalistas; las de Julio Ameller Ramallo, Rafael García Rosquellas y Luis Mendizábal Santa Cruz, posiblemente el que posea mayores cualidades para una espontánea expresión poética. Los poemas de Humberto Viscarra Monje (1898) se encontraban próximos a un abandono de lo meramente colorista y retórico del folklorismo impresionista, tal como nos lo demuestra en su libro "*Tierra Amarga*" (1926); en Guillermo Viscara Fañe (1901) alienta también un humanismo expresionista muy original, es autor de "*Aroma*", "*Clina*" (1938), "*Criatura del Alba*", lo mejor de su producción. A medio camino entre la declamación social y el pintoresquismo folklórico, se encontraban las obras de Oscar Gonzales Alfaro (1922-1963) y Moisés Fuentes Ibáñez. En cambio la de Guido Villagómez, se mantiene dentro de un folklorismo intelectualiza-

do, pero muy plástico y de felices hallizgos metafóricos. También debemos mencionar y destacar, dentro de estos últimos lineamientos estéticos, las poesías de Franz Avila del Carpio y Edmundo Torrejón.

b) Octavio Campero Echazú (1900-1970) — la obra de Campero Echazú resume todas las virtudes estilísticas y la oratoria colorista del folklorismo, en su primera etapa, pero acusa también la auténtica expresión de una original imaginación conceptiva y de un maduro conocimiento de las posibilidades del verso. El influjo de la poesía lorquiana se mostró en "Amancayas" (1942), pero su visión de la realidad no era la misma en todos los temas que allí se iluminaban. En "Voces", todas las influencias recibidas son decantadas en una mayor pureza expresiva de los elementos retóricos de la palabra y las imágenes, para convertirse en un lenguaje más universal, sin que por ello abandonara el impresionismo temático folklórico. El rechazo de todo rebuscamiento conceptual o estilístico, así como una noción más estética y de una vitalidad que nace de la espontánea constatación con la realidad que expresa, constituyen las características principales que hacen de la poesía de Campero Echazú una de las más originales de la actualidad, como se evidencia en su madura y conmovedora cosecha de "Al Borde de la Sombra" (1968) y en su obra póstuma "Aroma de otro tiempo" (1972).

4) La Poesía Actual

La conciliación de lo social, lo folklórico auténtico y no el pintoresquismo de almanaque, y la profundización conceptual, así como un abandono de la proteccion verbalista que deviene de la estética surrealista, son las características esenciales que confluyen y condicionan las búsquedas poéticas actuales. Dentro de éstas se puede ya constatar la presencia de voces originales que están contribuyendo a la creación de una poesía de resonancia universal.

Entre esa especie de integración de la experiencia social y el acto artístico, existe un recorrido pleno de experiencias fundamentales que no solamente tocan al creador, sino que de manera esencial a conocimiento de las acciones humanas ante ciertas circunstancias heredadas o que ellas van conformando. Por eso toda vivencia circunstancial que el poeta trasmuta en una forma estética, es una de las preocupaciones principales de esta moderna poesía que se nutre de la materia viva de la realidad y que no esquiva las verdades, el hecho de que estas verdades, que recién se están descubrien-

do y constituyen un elemento especial de la creación literaria, no estén manifestadas con la claridad con que se puede hablar de otras acciones que vive el hombre, se debe a que, para expresarlas correctamente, es necesario inventar un nuevo lenguaje también, el que se crea a través de las contribuciones colectivas e individuales en todos los campos de la actividad humana.

Además hay que considerar que en ese valor que se entrega al análisis de lo irracional y a su libre expresión, —y que consiste en descubrir, por medio de esa liberación psíquica, lo que responde al gobierno racional de las imposiciones morales, sociales y culturales de los viejos esquemas de vida que los poetas contemporáneos examinan con una nueva valorización ontológica—, la poesía tiene un gran papel. Puesto que las abstracciones con las que juega y la misma esencia del proceso creador son demostrativas de ese fundamental encuentro con lo humano hasta ahora soslayado. La vital aventura del espíritu poético, por ello, no está regida por los módulos conformativos del azar y de aquello que no tiene más fin que su eventual exteriorización, sino que ha devenido en una confrontación entre hombre y realidad, entre hombre y sus procesos psíquico-biológicos, entre hombre y finitud, entre lo humano y el Tiempo. Es por eso que el lenguaje poético actual ya no posee la confiada seguridad en las palabras que eran suficientes para nombrar y escribir al mundo de nuestros abuelos.

En la posición destructiva y caótica en la que se mueven los creadores de la poesía moderna, lo principal —además de evidenciar el descubrimiento de un nuevo orden moral que va transformando las relaciones humanas—, es encontrar los términos expresivos que les son necesarios para manifestar sus descubrimientos. En Bolivia, los poetas están también empeñados en este quehacer. La posición estética universalista, pero, no implica un desconocimiento de las especiales circunstancias que vive nuestro pueblo, por eso es que la poesía nacional da cabida a toda esa multiplicidad temática y formalista que se refiere a la valorización individual y colectiva de lo humano.

a) Oscar Cerruto.— El humanismo idealista que alienta en los versos de Cerruto, se inclina al examen de la realidad histórica y de sus determinaciones culturales que todavía tienen vigencia en el espíritu creador contemporáneo; además de expresar los estados psíquicos colectivos e individuales que confluyen a la conformación de un ámbito poético y reflejan el estado de crisis propio del trascendentalismo. De allí que en "Cifra de las Rosas" (1957), y "Patria de Sal Cautiva" (1958), el simbolismo, el romanticismo y el

expresionismo modernista se revistan con un nuevo lenguaje en el que la valorización de las imágenes representa un deseo de comunión colectiva directa. El profundo, agónico y a la vez, trascendente lirismo de Cerruto, es una lección que merece ser considerada.

b) Fernando Ortiz Sanz (1914).—En cambio el subjetivismo de este poeta se descubre a través de una sostenida preocupación por los valores espirituales puros, en los que la realidad sólo obtiene resonancias, que antes han sido decantadas por un examen conciencial. Su estilo está hecho de una economía de medios expresivos a veces rebuscados, pero que se encaminan a la expresión de la emotividad más esencial.

c) Jaime Saenz (1922).— El rechazo del emocionalismo metafórico, del individualismo exacerbado que se preocupa especialmente de lo puramente estético y de la abstracción sin contactos con la vivencia colectiva; el marginamiento radical del discursivo alarde conceptual que todavía se descubre en las experiencias poéticas actuales, al lado de un decadente influjo, en cuanto a lo formal, de las experiencias poéticas europeas modernas, constituían las características principales de "El Escalpo" (1955), de Jaime Saenz. Más tarde, en "Muerte por el Tacto" (1957) y "Aniversario de una Visión" (1960), la exploración del mundo onírico, pavorosamente real, donde la irracionalidad emotiva y conciencial se contraponen a toda interpretación lógica primaria; así como la dramática búsqueda de una nueva valorización dada al lenguaje, como vehículo comunicativo que se rige por sus propias leyes, se unieron a una percepción ontológica de lo humano sin precedentes en nuestras letras (1).

d) Sergio Suárez Figueroa (1929-1968) y otros poetas.— El deseo de vislumbrar, por medio de las relaciones y correspondencias entre lo concreto y lo abstracto, una vivencia más amplia de la realidad, y un furioso antiromanticismo, convertido en un irracionalismo idealista, patético y desolador, se muestran en la poesía de Sergio Suárez Figueroa, especialmente en la angustia con que se

(1) De haber publicado sus obras en el extranjero, es seguro que Saenz sería considerado por la crítica latinoamericana y europea como uno de los más altos valores poéticos de América, — significación y valorización que está siendo proclamada hoy hasta en su propia patria. De ahí que su obra merezca un estudio crítico más detallado, imposible de efectuar en estas páginas meramente informativas. Los dos últimos poemarios de Jaime Saenz se intitulan "El Frio" y "Al pasar un cometa", donde culminan sus hallazgos iniciados en "Muerte por el tacto".

desfigura toda razón estática patente en "Los Rostros Mecánicos" (1958), "Siete umbrales descienden hasta Job" (1962) y "El Tránsito infernal y el peregrino" (1967), poemarios que, como los de Saenz, es preciso desentrañar con pasión crítica para descubrir a través de su patética testimonianza sus valores estéticos universales.

Junto a la poesía de Suárez debemos mencionar la de Julio de la Vega, sin duda el mayor poeta del grupo "Gesta Bárbara" por haber trascendido los juegos verbalistas y los, sin embargo, valiosas búsquedas de sus compañeros Gustavo Medinaceli y Jacobo Liberman. "Temporada de líquenes" de la Vega posee un profundo lirismo desgarrado por los problemas concretos de la existencia colectiva, tal como también se evidencian los poemas de Jorge Suárez, al igual que en los de Gonzalo Vásquez Méndez, extraordinario lírico, o en la obra de Alberto Guerra y Edmundo Camargo, muerto cuando estaba encontrando una muy honda originalidad. En los poemas de Félix Rospigliosi, Héctor Cossio Salinas, Jaime Canelas y Héctor Borda, se hermanan las búsquedas formales con un vigoroso y tierno expresionismo. En cambio en Roberto Echazú Navajas, Pedro Shimose, Jesús Urzagasti, Oscar Rivera Rodas, Mery Flores y Mercedes Avila Jiménez el lirismo de sus predecesores, así como sus búsquedas formales, adquieren mayor patetismo por el acento en la expresión de vivencias decantadas en una constante confrontación agonista de la existencia y, otras, de un romántico vitalismo que, desde luego, no desdeña la exteriorización coloquial cotidiana, cuando no busca una rigurosa elaboración formal por medio de una nueva valorización de los elementos lingüísticos.

LECTURAS RECOMENDADAS

José Eduardo Guerra: "Del fondo del silencio"; "Eslancias".

José Antonio de Saenz: "Camino sin retorno".

Miguel Céspedes: "Símbolos profanos".

Antonio Avila Jiménez: "Signo"; "Cronos"; "Las Almas".

Yolanda Bedregal: "Del mar y la ceniza".

Guillermo Viscarra Fabre: "Nublas nupcias".

Octavio Campero Echazú: "Voces"; "Al borde del silencio"; "Aroma de otro tiempo".

Oscar Cerruto: "Patria de sal cautiva".

Jaime Saenz: "Muerte por el tacto"; "Aniversario de una visión"; "Visitante profundo"; "El frío".

Sergio Suárez Figueroa: "El tránsito infernal y el peregrino".

APÉNDICE I

LA PRODUCCIÓN LITERARIA CONTEMPORÁNEA (1960-1972)

1) Antecedentes: Política cultural oficial.— La Prensa.— Las Universidades.

Las luchas políticas, sindicales (a partir de 1920 las reivindicaciones obreras tienen una decisiva influencia en el proceso histórico nacional) y económicas que liderizaban los partidos nacionalistas y socialistas, luego de la formación de éstos a principios de la década de 1940, culminaron con la Revolución Popular del 9 de abril de 1952. Los intelectuales que tuvieron activa participación en ese proceso —especialmente aquellos que apoyaron al gobierno de Búsch y tuvieron relevante actuación en la Convención de 1938 y en los congresos posteriores, tanto como miembros del MNR, que tomó el poder después de la victoria de abril, como por que adherían a los postulados revolucionarios nacionalistas, colaboraron a las tareas gubernamentales en diferentes funciones y abandonaron por estas circunstancias sus labores literarias, aunque empeñáronse en desarrollar, con ayuda estatal, las imposterables tareas educativas en base a planes que beneficiaban primordialmente a las mayorías que hasta entonces no habían tenido acceso a la instrucción, de igual forma que procuraron alentar e impulsar todas las actividades culturales. Merecen destacarse —en este sentido— las gestiones ministeriales que contribuyeron efectivamente a esa política cultural, especialmente las de José Fellmann Velarde y Fernando Diez de Medina, y, en nuestros días, la de Mariano Baptista Gumucio.

Pese a estos auspicios, las contradicciones doctrinales y los imperativos de la agudización de las luchas políticas, —entre los sectores de la izquierda, los representantes de la todavía coerciti-